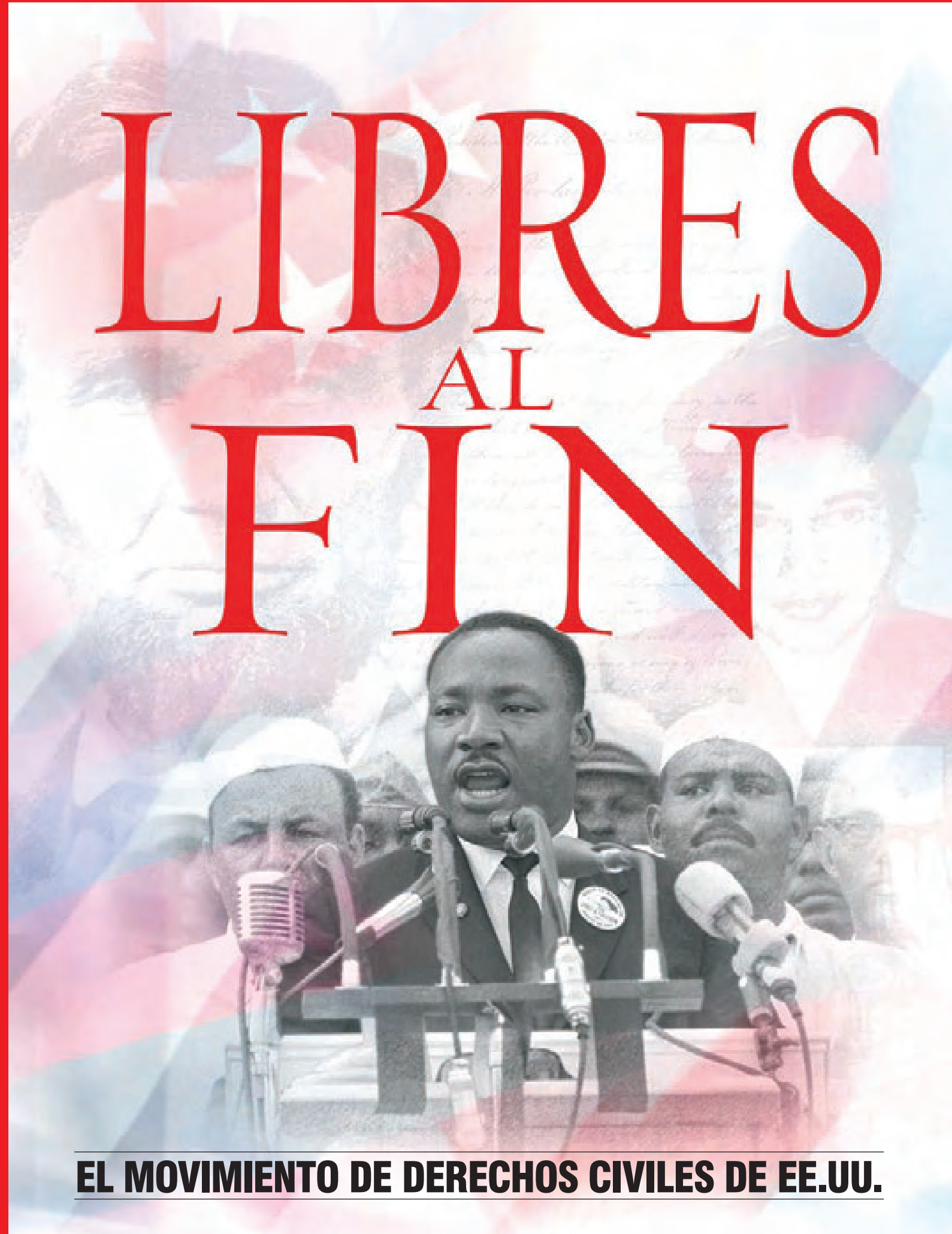


Oficina de Programas de Información Internacional
DEPARTAMENTO DE ESTADO DE EE.UU.
<http://www.america.gov>

LIBRES AL FIN: EL MOVIMIENTO DE DERECHOS CIVILES DE EE.UU.



LIBRES AL FIN

EL MOVIMIENTO DE DERECHOS CIVILES DE EE.UU.



"Tengo un sueño": La marcha en Washington por el empleo y la libertad, en agosto de 1963, fue la manifestación más grande jamás realizada en este país. La multitud reunida frente al Monumento a Lincoln y alrededor del espejo de agua del Monumento a Washington escuchó de labios del Dr. Martin Luther King Jr. lo que fue quizá la mejor alocución que haya pronunciado un estadounidense.

DEPARTAMENTO DE ESTADO DE EE.UU.
Oficina de Programas de Información Internacional
2008
<http://www.america.gov>

Créditos de las fotografías:

Los créditos de arriba abajo están separados por guiones largos y los de izquierda a derecha por punto y coma.

Portada: AP Images (4). Reverso de la portada: AP Images. Pág. 3: Schomburg Center/Art Resource, NY. 4: British Library/London/Great Britain/HIP/Art Resource, NY. 6: Hulton Archive/Getty Images. 8: The Bridgeman Art Library/Getty Images. 9: Biblioteca del Congreso de EE.UU. 10: Hulton Archive/Getty Images. 11: Pintura por Jerry Pinkney, National Geographic Society. 12: MPI/Getty Images. 13: Hulton Archive/Getty Images — Biblioteca del Congreso de EE.UU., División de grabados y fotografías. 14: Biblioteca del Congreso de EE.UU., División de grabados y fotografías. 16: Biblioteca del Congreso de EE.UU., División de grabados y fotografías. 17: Louie Psihoyos/Science Faction. 18: Biblioteca del Congreso de EE.UU., División de grabados y fotografías. 19: © CORBIS. 20: Biblioteca del Congreso de EE.UU., División de grabados y fotografías. 21: AP Images. 22: Marie Hansen/Time Life Pictures/Getty Images. 24: Biblioteca del Congreso de EE.UU., División de grabados y fotografías. 25: © David J. & Janice L. Frenet Collection/CORBIS. 26: Scurlock Studio Records, Archives Center, Museo Nacional de Historia Estadounidense, Behring Center, Smithsonian Institution. 27: Biblioteca del

Congreso de EE.UU., División de grabados y fotografías; AP Images. 28: Sociedad Histórica de Virginia, con autorización del Centro de Investigación y Archivo, Afro-American Newspaper. 29: © Bettmann/CORBIS — © Jack Moebe/CORBIS; AP Images. 31: AP Images. 33: © Bettmann/CORBIS — AP Images. 35: Don Cravens/Time Life Pictures/Getty Images — Oficina del sheriff del condado de Montgomery/AP Images. 36: © Bettmann/CORBIS. 37: Sy Kattelson, grabado en gelatina de plata, 1948, National Portrait Gallery, Smithsonian Institution. 38: © Bettmann/CORBIS (2). 39: Paul Schutzer/Time Life Pictures/Getty Images. 40: Horace W. Cort/AP Images; © Bettmann/CORBIS. 43: Bill Hudson/AP Images. 44: Harry Harry/AP Images. Hulton Archives/CNP/Getty Images. 46: Carlos Osorio/AP Images — Gene Herrick/AP Images. 47: Lacy Adkins/AP Images. 48: © Bettmann/CORBIS. 49: Landall Kyle Carter/CORBIS. 50: AP Images. 51: © Bettmann/CORBIS. 52: © Flip Schulke/CORBIS (2). 55: AP Images. 56: AP Images; Dozier Mobley/AP Images — AP Images. 58,59: AP Images (3). 60: © Flip Schulke/CORBIS. 62-63: © Bettmann/CORBIS; Hoarce W. Cort/AP Images. 64: Bill Eppridge/Time Life Pictures/Getty Images. 65: Digital Vision/Getty Images. 66: Ariel Skelley/Getty Images — Beбето Matthews/ AP images.

C O N T E N I D O

— 1 —

La esclavitud se propaga a Estados Unidos 3

Un fenómeno mundial trasplantado a Estados Unidos

La esclavitud se establece

La vida y las instituciones de los esclavos

Los lazos familiares

EN RELIEVE: El genio de la iglesia negra

— 2 —

“Tres quintas partes de las demás personas”:

Una promesa postergada 8

¿Una tierra de libertad?

La pluma de Frederick Douglass

El Ferrocarril Subterráneo

Por medio de la espada

El rebelde John Brown

La Guerra Civil de Estados Unidos

EN RELIEVE: Soldados negros en la Guerra Civil

— 3 —

“Separados pero iguales”: Los afroestadounidenses responden ante el fracaso de la Reconstrucción 18

La Reconstrucción propuesta por el Congreso

Avances temporales ... y retrocesos

El advenimiento de “Jim Crow” o el racismo legalizado

Booker T. Washington: La búsqueda de independencia económica

W.E.B. Du Bois: El impulso para la agitación política

EN RELIEVE: Marcus Garvey: Otro camino

— 4 —

Charles Hamilton Houston y Thurgood Marshall inician la impugnación jurídica de la segregación 26

Charles Hamilton Houston: El hombre que acabó con el racismo legalizado

Thurgood Marshall: Paladín de los derechos civiles

La decisión del caso *Brown*

EN RELIEVE: Ralph Johnson Bunche: Académico y estadista

EN RELIEVE: Jackie Robinson: Cómo romper la barrera del color

— 5 —

“Ahora tenemos un movimiento” 35

“Cansados de ceder”: El boicot a los autobuses de Montgomery

Las “sentadas”

Viajes por la libertad

El movimiento en Albany

El arresto en Birmingham

Carta desde la cárcel de Birmingham

“Ahora tenemos un movimiento”

La marcha sobre Washington

EN RELIEVE: Rosa Parks: Madre del Movimiento de Derechos Civiles

EN RELIEVE: Trabajadores de los derechos civiles: La muerte en Mississippi

EN RELIEVE: Medgar Evers: Mártir del movimiento en Mississippi

— 6 —

“Esto no puede continuar”: Se insta la igualdad ante la ley 52

Cambios en la política

Lyndon Baines Johnson

La Ley de Derechos Civiles de 1964

Los efectos de la ley

La Ley del Derecho al Voto de 1965: Antecedentes

Un domingo sangriento en Selma

La marcha de Selma a Montgomery

Promulgación de la Ley del Derecho al Voto

¿Cuál es el efecto de esa ley?

EN RELIEVE: Reacciones de los sureños blancos ante el Movimiento de Derechos Civiles

Epílogo 65

Los triunfos del Movimiento de Derechos Civiles

LA ESCLAVITUD SE PROPAGA A ESTADOS UNIDOS

Entre las antigüedades que se exhiben en la sede de las Naciones Unidas en Nueva York figura una réplica del Cilindro de Ciro. Este documento, llamado así en honor de Ciro el Grande, gobernante del Imperio Persa y conquistador de Babilonia, data de 539 a.C. Ciro garantizó a sus súbditos gran parte de lo que hoy se conoce como derechos civiles, entre ellos la libertad religiosa y la protección de la propiedad personal. Además, Ciro abolió la esclavitud y sostenía que ésta era “una tradición que debería ser exterminada en todo el mundo”.

A lo largo de la historia, las naciones han definido con mayor o menor amplitud las garantías y los privilegios personales de sus ciudadanos y las han defendido con más o menos vigor. Estados Unidos es una nación erigida a partir de esos derechos civiles, de los elevados ideales consagrados en su Declaración de Independencia y de las salvaguardas legales formalizadas en su Constitución y, en especial, en las 10 primeras enmiendas a ese documento, conocidas en conjunto como la Carta de Derechos del pueblo estadounidense.

Sin embargo, llegó también al país un grupo de personas que no pudo disfrutar de esos derechos y garantías. A diferencia de los inmigrantes europeos, que hallaron en el Nuevo Mundo oportunidades económicas sin precedente y más libertad personal, política y religiosa, los africanos negros fueron transportados contra su voluntad, a menudo encadenados, para ser vendidos como esclavos y trabajar al servicio de sus “amos”, sobre todo en las grandes fincas agrícolas del Sur.

En este libro se relata la lucha de aquellos esclavos africanos y sus descendientes para conquistar, tanto en la ley como en la práctica, los derechos civiles que otros estadounidenses disfrutaban. Es una historia de dignidad, perseverancia y lucha, una historia que engendró grandes héroes y heroínas y que, a la postre, logró el éxito al obligar a la mayoría de los estadounidenses a mirar de frente el vergonzoso abismo que se abría entre sus principios universales de igualdad y justicia, por una parte, y la desigualdad, injusticia y opresión que sufrían millones de sus conciudadanos, por la otra.

Un fenómeno mundial trasplantado a Estados Unidos

El hombre ha esclavizado a sus semejantes desde la época prehistórica. Si bien las condiciones de servidumbre han sido variadas, el trabajo de esclavos fue utilizado por las antiguas civilizaciones en Mesopotamia, la India y China, así como en la Grecia clásica y en Roma. En la América precolombina la practicaron los imperios nativos azteca, inca y maya. En la Biblia se dice que los egipcios tenían esclavos hebreos y que estos últimos, después de su éxodo de Egipto, tuvieron sus propios

esclavos. Los primeros cristianos aceptaron esa práctica, lo mismo que el Islam. Los árabes del norte y el este de África esclavizaron a negros africanos, y tanto Egipto como Siria esclavizaron a los europeos mediterráneos que capturaban o que compraban a traficantes de esclavos y, de ordinario, los utilizaban en la producción de azúcar. Muchas tribus de estadounidenses nativos esclavizaron a los miembros de otras tribus que capturaban en las guerras.

Varios factores se conjugaron para estimular el comercio de esclavos a través del Atlántico. La conquista de Constantinopla (hoy Estambul) por los turcos en 1453 perturbó los patrones del comercio y los europeos aficionados al dulce fueron privados de su muy preciada azúcar. Encabezados por los portugueses, los europeos empezaron a explorar la costa del oeste de África y a comprar esclavos de manos de traficantes africanos. Después del descubrimiento del Nuevo Mundo por Cristóbal Colón en 1492, los colonizadores europeos importaron grandes números de esclavos africanos para trabajar la tierra y cultivar el azúcar, sobre todo en el Caribe. Así, las islas caribeñas suministraron pronto



Africanos reducidos a la esclavitud en la cubierta de la corbeta *Wildfire*, en Cayo Hueso, Florida, en abril de 1860.



Este dibujo de 1823 muestra un grupo de esclavos cortando caña de azúcar en la isla de Antigua, en el Caribe.

entre el 80 y el 90 por ciento del azúcar que el oeste de Europa demandaba.

En el mundo de hoy es difícil entender el destacado papel que cultivos tales como el azúcar, el tabaco, el algodón y las especias desempeñaron en otros tiempos en la economía mundial. En 1789, por ejemplo, la pequeña colonia de Santo Domingo (hoy Haití) aportaba cerca del 40 por ciento del valor total del comercio exterior de Francia. Las fuerzas económicas que impulsaron el comercio de esclavos en el Atlántico eran poderosas. En total, por lo menos 10 millones de africanos tuvieron que soportar el viaje por el “paso medio.” (Este término se refiere al segundo y más largo segmento del océano Atlántico incluido en el comercio triangular en el cual se enviaban textiles, ron y productos manufacturados al África, esclavos a América, y azúcar, tabaco y algodón a Europa.) La mayoría de esos cautivos fueron llevados al Brasil portugués, a Hispanoamérica y a las diversas “islas azucareras” británicas y francesas del Caribe. Sólo cerca del 6 por ciento de los esclavos africanos fueron llevados a la Norteamérica británica. Aun así, la experiencia afroestadounidense fue muy diferente a la de los demás inmigrantes que fundaron y expandieron Estados Unidos.

La esclavitud se establece

Los primeros esclavos llegaron a la Norteamérica británica por accidente. Doce años después de la fundación del primer asentamiento británico permanente en Jamestown, Virginia en 1607, un corsario desembarcó allí con “veintitantos negros” que había capturado en un barco español en el Caribe. Los

colonizadores compraron aquel “cargamento”, los primeros esclavos negros en lo que en el futuro sería Estados Unidos.

En los siguientes 50 años, los esclavos no fueron una fuente importante de mano de obra en la incipiente colonia de Virginia. Las élites de terratenientes preferían servirse de mano de obra blanca obligada a trabajar bajo “contratos de aprendizaje”. En esos acuerdos, los futuros inmigrantes europeos firmaban un contrato por el cual un empleador les concedía un préstamo equivalente al precio de su transporte a Norteamérica. A cambio, ellos accedían a trabajar varios años para saldar su deuda. El sociólogo Orlando Patterson comenta que, en ese periodo, las relaciones entre las razas eran relativamente estrechas. Un puñado de negros particularmente hábiles obtuvo incluso su libertad y prosperó por sus propios medios.

Sin embargo, a partir de la segunda mitad del siglo XVII, el precio de los esclavos bajó y la oferta de inmigrantes dispuestos a suscribir contratos de aprendizaje disminuyó. Cuando la mano de obra esclava empezó a ser más barata que la contratada en plan de aprendizaje, la esclavitud aumentó y se propagó. En 1770, los afroestadounidenses representaban cerca del 40 por ciento de la población en las colonias sureñas y eran la mayoría en Carolina del Sur. (También en las colonias del Norte había esclavos, pero nunca constituyeron más del 5 por ciento de la población.) Ante tan abundante minoría oprimida y potencialmente rebelde, las élites sureñas favorecieron el endurecimiento de las actitudes sociales hacia los afroestadounidenses. Los hijos de las esclavas

eran declarados esclavos. Se permitía que los amos castigaran a sus esclavos hasta matarlos. Un hecho tal vez más importante fue que las élites blancas de Virginia empezaron a promover el racismo contra los negros como un medio para crear una división entre éstos y los trabajadores blancos de menores recursos económicos.

La mayoría de los esclavos afroestadounidenses trabajaban en fincas agrícolas que producían cultivos básicos: tabaco en Maryland, Virginia y Carolina del Norte; arroz en el Sureste. En 1793, el inventor estadounidense Eli Whitney fabricó la primera desmotadora de algodón, un dispositivo mecánico que extraía las semillas de la fibra de algodón que las rodea. Esto generó una expansión espectacular del cultivo de esa planta en todo el Sureste, la cual se propagó hacia el oeste a través de Alabama, Mississippi y Louisiana, llegando a internarse en Texas. Cerca de un millón de esclavos afroestadounidenses fueron trasladados al Oeste en el periodo 1790-1860, casi el doble de los que fueron llevados de África a Estados Unidos.

La vida y las instituciones de los esclavos

Los esclavos afroestadounidenses eran obligados a trabajar con una intensidad que a veces llegaba a ser brutal. En algunos estados, las leyes conocidas como códigos de esclavos autorizaban la aplicación de castigos terribles a los esclavos indisciplinados. Según el código de esclavos de Virginia de 1705:

Todos los esclavos negros, mulatos e indígenas sometidos a este dominio ... deberán ser considerados como bienes raíces. Si cualquier esclavo se resiste a su amo ... y cuando éste trata de corregir la falta, el esclavo pierde la vida ... el amo quedará libre de cualquier castigo ... como si tal accidente nunca hubiera ocurrido.

Este código disponía también que los esclavos obtuvieran permiso por escrito para salir de su plantación. Autorizaba el uso del látigo, de hierros para marcar y de la mutilación como castigo, incluso por faltas leves. Algunos códigos prohibían que se enseñara a leer y escribir a los esclavos. En Georgia, esto último se sancionaba con multas y/o con el látigo si la parte culpable era un “esclavo, un negro o una persona de color no esclava.”

Aun cuando la suerte de los esclavos estadounidenses era triste, trabajaban en condiciones materiales que, en ciertos aspectos, eran comparables a las que muchos trabajadores y campesinos europeos padecían en esos tiempos. No obstante, había una diferencia: los esclavos, además, estaban privados de libertad.

La ausencia de derechos humanos fundamentales entorpecía el progreso político y económico de los afroestadounidenses, pero la respuesta de los esclavos consistió en crear sus propias instituciones, unas instituciones dinámicas a las cuales recurriría más tarde el movimiento de derechos civiles de mediados del siglo XX en busca de sustentación y capital social. En relatos antiguos se describe a menudo a los esclavos como objetos infantilizados que sus amos blancos “manipulaban,” pero ahora sabemos que muchas comunidades esclavas lograron rescatar un poco de autonomía personal, cultural y religiosa. “No era que los esclavos no actuaran como hombres”, aclara el historiador Eugene

Genovese. “Lo que ocurría en realidad era que no lograban comprender su propia fuerza colectiva como pueblo para actuar como hombres políticos”. Sin embargo, Genovese concluye que la mayoría de los esclavos “hallaron caminos para desarrollar y afirmar su virilidad o su feminidad a pesar de los peligrosos compromisos que esto les obligaba a asumir.”

Uno de esos caminos fue la “iglesia negra.” Con el tiempo, un número creciente de esclavos afroestadounidenses abrazó el cristianismo, de ordinario en las denominaciones bautista y metodista que preveían entre los blancos del Sur. Algunos amos temieron que los preceptos cristianos socavaran los principios en los que justificaban la esclavitud, pero otros alentaron a sus esclavos a ir a la iglesia, aunque en una sección separada, “sólo para negros.”

Después de conocer el cristianismo, muchos esclavos establecieron sus propias iglesias paralelas o clandestinas. Esas iglesias solían ser una fusión de cristianismo y ciertos aspectos de las culturas y las creencias religiosas africanas anteriores de los esclavos. En los servicios religiosos solían abundar los gritos, el baile y lo que se conoce como interacciones de llamada y respuesta que más tarde figurarían de modo destacado en los grandes sermones del Dr. Martin Luther King Jr. y de otros importantes predicadores negros. La iglesia negra destacó con frecuencia ciertos aspectos de la tradición cristiana en los que las iglesias blancas del Sur no insistían. Mientras estas últimas podían interpretar la maldición bíblica contra Cam (“que sería un siervo de siervos entre sus hermanos”) como una justificación de la esclavitud, en los servicios afroestadounidenses se insistía, en cambio, en el pasaje en el que Moisés libra a los israelitas del cautiverio.

La religión ofrecía un poco de solaz y esperanza a los afroestadounidenses. Después de que la Guerra Civil de Estados Unidos puso fin a la esclavitud, las iglesias y las organizaciones confesionales negras crecieron en términos del número de miembros, la influencia y la fortaleza organizativa, esos factores que habrían de ser vitales para el éxito del movimiento de derechos civiles.

Los lazos familiares

Los fuertes vínculos familiares de los esclavos resultaron ser también una fuente de fortaleza. Los amos podían dividir a las familias, y a menudo lo hacían, vendiendo a algunos miembros de éstas a otros dueños de esclavos, separando así al esposo de la esposa y a los padres de los hijos. Empero, muchas familias esclavas se mantuvieron intactas y muchos especialistas han puesto de relieve “la notable estabilidad, fortaleza y durabilidad de la familia nuclear en condiciones de esclavitud.” Los esclavos solían ser alojados como unidades familiares extendidas. El historiador C. Vann Woodward escribe que los niños esclavos “tenían garantizada la infancia,” por lo menos, “pues quedaban exentos del trabajo y la degradación hasta varios años después de la edad a cual los niños de Inglaterra y de Francia eran condenados a laborar en las minas o las fábricas.”



Este dibujo, hecho hacia 1860, muestra a un predicador negro hablando ante su feligresía multirracial en una finca agrícola de Carolina del Sur.

La estructura de la familia afroestadounidense se adaptó para encarar los desafíos de la esclavitud, y más tarde de la discriminación y la desigualdad económica. Muchas familias negras se parecían más a un clan extendido que a una familia inmediata pequeña. En ocasiones estaban organizadas en torno de una mujer fuerte como figura central de autoridad. A veces los amos alentaban esos lazos familiares, sabiendo que la amenaza de separar a la familia ayudaba a conjurar las posibilidades de desobediencia y rebelión.

Como quiera que fuese, la fortaleza de las familias inmediatas y extendidas ayudó a asegurar la supervivencia de los afroestadounidenses. En las colonias del Caribe y en Brasil, las tasas de mortalidad entre los esclavos eran superiores a sus índices de natalidad, mientras que en Estados Unidos, los negros se reproducían al mismo ritmo que la población blanca. Ya en la década de 1770, sólo uno de cada cinco esclavos de la Norteamérica británica había nacido en África. Aun después de 1808, cuando Estados Unidos prohibió la importación de esclavos, el número de éstos aumentó de 1,2 millones a casi 4 millones en vísperas de la Guerra Civil de 1861.

La esclavitud trajo personas africanas a Estados Unidos y las privó de las libertades que disfrutaban los estadounidenses de origen europeo. Sin embargo, aun estando en cautiverio, muchos afroestadounidenses desarrollaron vínculos familiares fuertes e instituciones basadas en la fe y sentaron los cimientos sobre los cuales las generaciones futuras pudieron construir un movimiento de derechos civiles victorioso. La lucha por la libertad y la igualdad empezó mucho tiempo antes de que Rosa Parks defendiera su lugar en la parte delantera de un autobús y más de un siglo antes de que Martin Luther King Jr. inspirara a los estadounidenses con su famoso sueño.

EL GENIO DE LA IGLESIA NEGRA

Las comunidades religiosas afroestadounidenses han hecho inmensas contribuciones a la sociedad de Estados Unidos, entre las cuales figura, en forma importante, el hecho de haber aportado gran parte del fundamento moral, político y organizativo que dio vida al movimiento de derechos civiles del siglo XX y forjó el pensamiento de sus dirigentes, Rosa Parks y el reverendo Martin Luther King Jr., entre otros.

Los afroestadounidenses, ya sea esclavos o libres, formaron sus propias congregaciones entre mediados y fines del siglo XVIII. A raíz de la emancipación surgieron denominaciones religiosas formales. Lo que hoy llamamos “la iglesia negra” abarca siete denominaciones principales históricamente negras: la Metodista Episcopal Africana (AME por sus siglas en inglés), la Metodista Episcopal Africana Sión (AMEZ); la Metodista Episcopal Cristiana (CME); la Convención Bautista Nacional, EE.UU. incorporada; la Convención Bautista Nacional de Estados Unidos, no incorporada; la Convención Bautista Nacional Progresista; y la Iglesia de Dios en Cristo.

Esas denominaciones surgieron después de la emancipación de los esclavos afroestadounidenses y se basaron sobre todo en las tradiciones metodista, bautista y pentecostal, pero a menudo tienen nexos con la Iglesia Católica estadounidense, el anglicanismo, la Iglesia Metodista de Estados Unidos y muchas otras tradiciones.

El gran don de la sensibilidad religiosa afroestadounidense y, de hecho, su genio consiste en su impulso de forjarse una identidad común. Esclavos negros de distintas regiones de África fueron transportados a Estados Unidos por el “paso medio” a través del Atlántico. Como esclavos, soportaron una terrible opresión. Con este telón de fondo de diversidad y privación social, las creencias y prácticas religiosas afroestadounidenses brindaron solaz y dieron una base intelectual a un recurso exitoso para resolver conflictos hondamente arraigados: las técnicas de la desobediencia civil y la no violencia. La iglesia negra dotó también a los activistas políticos negros de una poderosa filosofía: concentrarse en la búsqueda de una solución final para todos y no de paliativos para unos cuantos elegidos. El movimiento de derechos civiles habría de adoptar esta política al no permitir jamás la opresión sistemática de una identidad humana cualquiera. Así pues, su genio fue una efusión natural de las comunidades religiosas afroestadounidenses al tratar de interpretar su trágica historia y avanzar hacia un futuro, no sólo para ellos mismos sino también para su país y para el mundo.

En síntesis, si bien cierto tipo de resistencia a la esclavitud y la segregación racial eran tal vez inevitables, la espiritualidad colectiva de la iglesia negra frente a la represión ayudó a engendrar un movimiento de derechos civiles que persiguió sus objetivos por medios pacíficos.

Muchos de los vigorosos voceros del movimiento de derechos civiles —King, por supuesto, pero también figuras tan poderosas y notables como los diputados federales Barbara Jordan y John Lewis, el activista político y ministro bautista Jesse Jackson y la leyenda del gospel, Mahalia Jackson— recibieron su formación mediante su participación religiosa en la iglesia negra. De hecho, el papel de King como divulgador principal de los derechos civiles refleja la relación directa entre las comunidades religiosas afroestadounidenses y la lucha por la justicia racial y social en Estados Unidos. La influencia espiritual de las prácticas religiosas afroestadounidenses se difundió más allá de las fronteras de este país y líderes de otras partes del mundo, como Nelson Mandela y el arzobispo Desmond Tutu, aprendieron el método de King para encarnar una amorosa e incluyente identidad africana y cristiana.

La espiritualidad comunal estadounidense de hoy sigue siendo tan fuerte y dedicada como siempre. Las iglesias negras trabajan para hallar respuesta a los desafíos contemporáneos, como la propagación del

VIH/SIDA, la necesidad de aliviar la pobreza y la desproporcionada reincidencia actual entre los delincuentes afroestadounidenses. Sin embargo, la búsqueda de una identidad común sigue siendo el fundamento de esa espiritualidad. Mediante la elección del primer presidente afroestadounidense y con la presencia cada vez mayor de minorías en la educación superior, la búsqueda de una identidad común sigue su curso.

En suma, la iglesia negra ayudó a los afroestadounidenses a sobrevivir bajo las más extremas formas de opresión y desarrolló en ellos una atracción revolucionaria por la espiritualidad de una comunidad universal. La iglesia negra no sólo teorizó sobre la democracia sino realmente la practicó. A partir de sus raíces floreció un movimiento de derechos civiles creativo, incluyente y no violento.

Por **Michael Battle**

Ordenado sacerdote por el arzobispo Desmond Tutu, el reverendísimo Michael Battle es preboste y teólogo canónigo del Cathedral Center de St. Paul en la Diócesis Episcopal de Los Ángeles. Uno de sus libros es *The Black Church in America: African American Spirituality*.

“TRES QUINTAS PARTES DE LAS DEMÁS PERSONAS”

UNA PROMESA POSTERGADA

En el siglo XIX y a principios del XX, los afroestadounidenses y sus aliados blancos aplicaron muchas estrategias en su lucha, primero para poner fin a la esclavitud y más tarde para lograr la igualdad jurídica de los “libertos”. El avance hacia la igualdad racial estaba condenado a ser lento, entre otras cosas porque la esclavitud y la opresión de los negros figuraban entre los compromisos políticos sectoriales que consolidaron la unidad nacional. En la Guerra Civil de 1861-1865 se abolió la esclavitud en Estados Unidos, pero cuando el conflicto terminó, la voluntad política del Norte para superar la resistencia blanca del Sur a la igualdad racial se debilitó poco a poco. La imposición del sistema racista de segregación legal en todo el Sur reprimió el avance político de los negros. A pesar de todo, los líderes afroestadounidenses siguieron acumulando el capital intelectual e institucional que habría de nutrir los exitosos movimientos de derechos civiles entre mediados y fines del siglo XX

¿Una tierra de libertad?

La esclavitud dividió a los estadounidenses desde el primer día de su independencia. A medida que el Sur se volvió más dependiente de un nuevo cultivo principal, “el rey algodón”, y de las plantaciones donde se cultivaba gracias al trabajo intensivo de los esclavos, la perspectiva de un choque con los estados nortños, cada día más contrarios a la esclavitud, se acrecentó. La joven nación aplazó ese conflicto por medio de una serie de evasivas morales y compromisos políticos.

La Declaración de Independencia de Estados Unidos (1776) contiene palabras conmovedoras sobre la fraternidad universal: “Sostenemos como verdades manifiestas que todos los hombres han sido creados iguales, que fueron dotados por su Creador de ciertos derechos inalienables como el derecho a la vida, a la libertad y a la búsqueda de la felicidad”. Y sin embargo su principal artífice, Thomas Jefferson, era un virginiano que tenía esclavos. Él mismo entendió la contradicción y en su texto condenó tajantemente el tráfico de esclavos, aunque no la esclavitud misma, diciendo que implicaba “una guerra cruel contra la naturaleza humana”. Pero el Congreso Continental, el gobierno de facto de Estados Unidos en esa época, suprimió de la Declaración la referencia al tráfico de esclavos, para evitar controversias que pudieran haber malogrado el consenso a favor de la independencia. No sería aquella la última vez que la conveniencia política se impusiera sobre los imperativos morales.

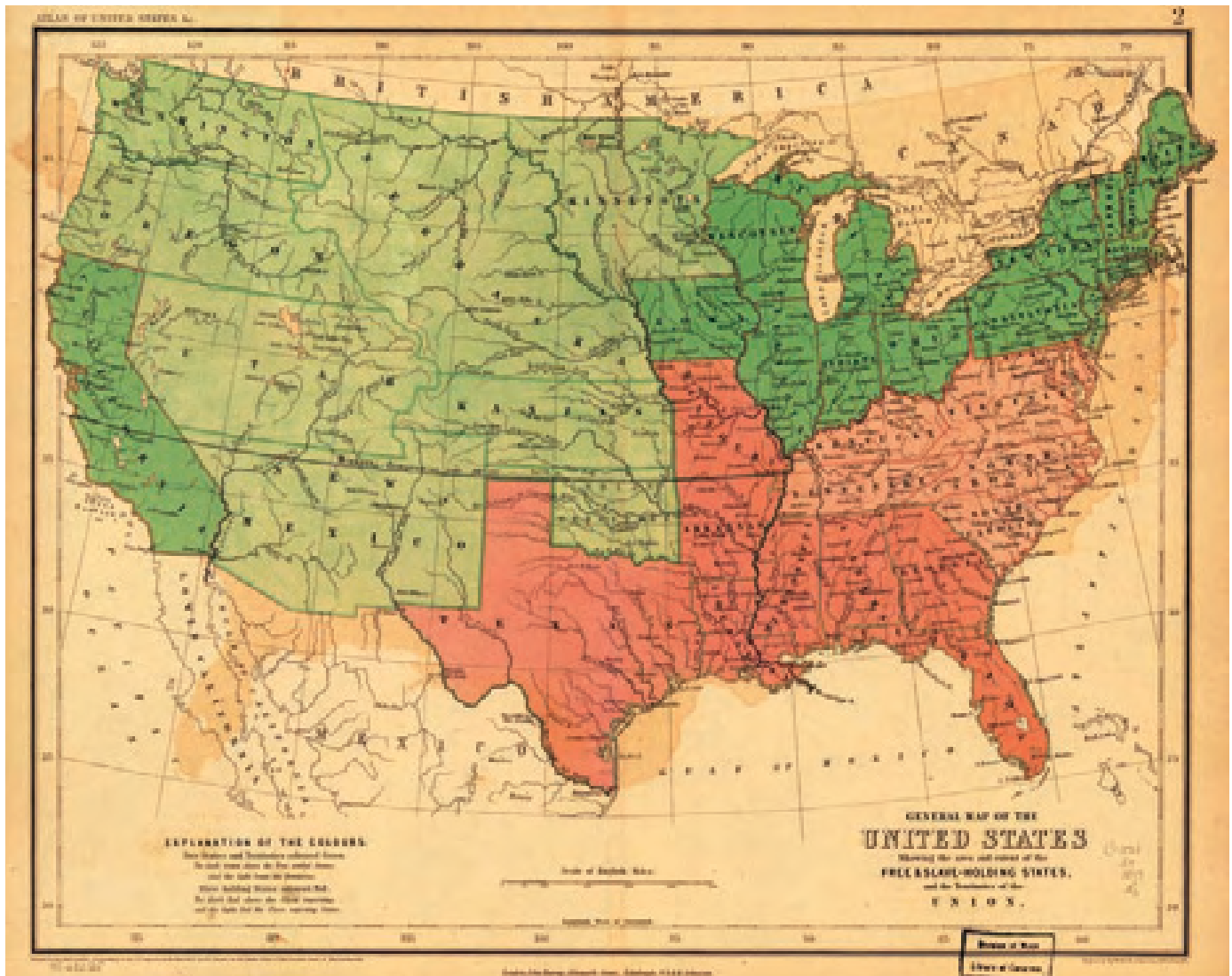
En 1787, muchos estadounidenses ya habían decidido sustituir la alianza existente de 13 estados, informal y



La escena muestra a George Washington con sus peones negros en su finca Mount Vernon, en Virginia, en 1757

descentralizada, por un gobierno federal más fuerte. La Convención Constitucional reunida en Filadelfia entre mayo y septiembre de ese año produjo un plan general para crear un gobierno así. “En la convención hubo grandes disputas acerca de la esclavitud”, declara David Stuart, autor de *The Summer of 1787: The Men Who Invented the Constitution* (El verano de 1787: Los hombres que inventaron la Constitución). Si bien “los puntos de vista de los delegados en realidad eran abolicionistas, ... en esa época no había en el país un sentimiento favorable a la abolición”.

En virtud de que cualquier constitución que fuera propuesta no habría entrado en vigor sino hasta después de ser ratificada por 9 de los 13 estados, fue necesario concertar un compromiso acerca de la situación legal de los esclavos afroestadounidenses. Los delegados del Norte en la convención, encabezados por James Wilson de Pensilvania, llegaron a un acuerdo con tres grandes estados esclavistas. Ambas partes convinieron en que cada cinco “personas no libres —esclavos— contarían como tres personas al calcular las dimensiones de la delegación de cada estado en el Congreso. Todos convinieron en impedir durante 20 años que el Congreso de la nación aprobara cualquier ley que prohibiera la importación de esclavos. (Más tarde, el Congreso aboliría el tráfico de esclavos a partir de 1808. Para entonces, esta ya no era una medida controvertida, en virtud del incremento natural de la población esclava.)



Se ha dicho que aquel “compromiso de las tres quintas partes” fue el pacto fáustico o el pecado original de Estados Unidos. David Walker, un negro norteno libre, lo expresó así en un folleto de 1829: “¿Acaso el Sr. Jefferson declaró ante el mundo que nosotros somos inferiores a los blancos en términos de dotes corporales y mentales?”. El compromiso permitió que los estados formaran una Unión más fuerte, pero también garantizó que la esclavitud proseguiría en el Sur, donde a raíz de la invención de la desmotadora de algodón en 1793 había proliferado un sistema de cultivo de ese producto en las fincas agrícolas, con uso intensivo de la mano de obra que los esclavos aportaban. Eso tuvo también consecuencias políticas profundas para la joven nación. En la muy disputada elección presidencial de 1800, los votos electorales adicionales otorgados a los estados del Sur en virtud de su población esclava dieron a Thomas Jefferson un margen de victoria sobre el presidente en funciones, John Adams de Massachusetts.

Un factor de mayor relevancia aún fue la forma en que la esclavitud afectó la expansión de la nación. La cuestión de si los nuevos estados permitirían la esclavitud adquirió una importancia decisiva para el equilibrio de poder que existía en el Congreso entre los estados “esclavos” y los “libres”. En la

En este mapa de los Estados Unidos en 1857, los estados “libres” aparecen en verde oscuro, los estados esclavos en rojo y rosado, y los territorios (regiones del país que aún no adquirirían la categoría de estados) en verde claro.

primera mitad del siglo XIX, el Congreso luchó a brazo partido para concertar compromisos mediante los cuales los estados que permitían la esclavitud pudieron incorporarse a la Unión al lado de los nuevos estados que la prohibían. El Compromiso de Missouri, el Compromiso de 1850 y la Ley de Kansas-Nebraska mantuvieron este equilibrio político. Sin embargo, en el caso *Dred Scott vs. Sanford* de 1857, la Corte Suprema resolvió que el Congreso no podía prohibir la esclavitud en los territorios del Oeste que aún no habían sido admitidos como estados. Esa decisión intensificó el conflicto sectorial en torno a la esclavitud y precipitó la llegada de la confrontación final.

Ante la incapacidad del sistema político de la joven nación para garantizar a los afroestadounidenses los derechos civiles que disfrutaban sus compatriotas blancos, hombres y mujeres valerosos emprendieron campañas para abolir la esclavitud y asegurarse de que Estados Unidos viviera de acuerdo a sus más altos ideales.

La pluma de Frederick Douglass

Aun cuando el sistema político de Estados Unidos no fue capaz de erradicar la esclavitud en el Sur del país, esa “institución peculiar”, como la llamaban a veces los sureños, no se libró de ser impugnada. Hombres y mujeres decididos, negros y blancos, dedicaron sus vidas a la causa de la abolición, la prohibición jurídica de la esclavitud. Para eso se sirvieron de una serie de tácticas, tanto violentas como no violentas. Y ocurrió que, igual que en la época de Martin Luther King, a la postre la pluma y el llamado a la conciencia fueron un arma poderosa. Pese a que la Guerra Civil estadounidense no fue sólo una batalla para liberar a los esclavos, los abolicionistas convencieron a muchos norteamericanos de que suscribieran el sentimiento expresado en 1858 por un candidato senatorial llamado Abraham Lincoln: “Una casa dividida contra sí misma no puede prevalecer. Yo creo que este gobierno no podrá seguir siendo siempre mitad esclavo y mitad libre”.

Las conmovedoras palabras de pensadores afroestadounidenses y blancos indujeron a un número creciente de sus compatriotas a enfrentar las contradicciones entre sus nobles ideales y la vida en cautiverio que se imponía a los estadounidenses negros en el Sur. La pluma más poderosa fue tal vez la de Frederick Douglass, un esclavo fugitivo que fue periodista, editor y adalid de la libertad. Douglass nació en la esclavitud en 1817 o 1818. Desafiando la ley del estado de Maryland, su dueña le enseñó a leer cuando era pequeño. A los 13 años de edad él compró su primer libro, una colección de ensayos, poemas y diálogos en elogio de la libertad, que estaba muy difundido en las aulas estadounidenses a principios del siglo XIX. A partir de esos estudios juveniles, Douglass empezó a poner a punto las habilidades que habrían de hacer de él uno de los oradores más convincentes y eficaces del siglo. En 1838, Douglass escapó de la finca donde trabajaba como peón agrícola y llegó a New Bedford, Massachusetts, donde habría de emprender una notable carrera.

En 1841, el destacado abolicionista blanco William Lloyd Garrison patrocinó una convención antiesclavista en Nantucket, Massachusetts. Uno de los asistentes que había escuchado las charlas de Douglass en los templos negros de la localidad lo invitó a hablar en la reunión. “Tuve que hacer el máximo esfuerzo para mantenerme de pie, erguido”, escribiría Douglass más tarde, “o para hallar y pronunciar dos palabras sin vacilaciones y tartamudeos”. Sin embargo sus palabras conmovieron a la multitud: “El auditorio me mostró simpatía de inmediato y después de haber estado notablemente silencioso, empezó a mostrar una gran excitación”. Los organizadores de la convención llegaron a un acuerdo. Su Sociedad Antiesclavista de Massachusetts contrató de inmediato a Douglass como agente.



Una reunión antiesclavista, realizada en Boston en 1835 atrae tanto a blancos como a negros libres.

En su nueva carrera, Douglass habló en reuniones públicas en todo el Norte. Condenó la esclavitud y argumentó que a los afroestadounidenses también les correspondían legítimamente los derechos civiles que la Constitución del país concedía a otros estadounidenses. Grupos racistas atacaron en muchas ocasiones a los concurrentes a aquellas reuniones abolicionistas, pero otros blancos simpatizaron con Douglass y defendieron su causa. Después de que una turba le tiró los dientes a un colega blanco que lo salvó de un ataque violento, Douglass le escribió así a ese amigo: “Nunca olvidaré que, como dos auténticos hermanos, estuvimos dispuestos a arriesgarnos, a actuar e incluso morir uno por el otro”. También elogió a su colega por su voluntad de abandonar “una vida de comodidad y hasta de lujo ... contra los deseos de tu padre y de muchos de tus amigos”, para tratar de hacer “algo para romper las cadenas del esclavo y dignificar al despreziado (sic) hombre negro”.

Douglass publicó en 1845 la primera de sus aclamadas autobiografías. Sus textos mostraron a los estadounidenses blancos cómo era la vida en las fincas agrícolas, los desengañaron de la falsa idea de que la esclavitud era una “buena” solución para los negros y convencieron a muchos de que ninguna sociedad justa podía tolerar tal práctica. Sin embargo, la repentina fama de Douglass le planteó un peligro real: que su amo pudiera localizarlo y lo capturara de nuevo. Entonces salió prudentemente del país e inició una gira de dos años dictando conferencias en Inglaterra, Escocia e Irlanda. Durante su viaje al extranjero, sus amigos compraron su libertad: el precio de uno de los hombres más grandes de la nación fue de apenas poco más de 700 dólares.

En Gran Bretaña, Douglass se enfrentó a un tipo de abolicionismo más agresivo desde el punto de vista político. Cuando regresó a Estados Unidos en 1847, rompió con William Lloyd Garrison. Éste proponía la acción puramente moral y no violenta contra la esclavitud y deseaba que el Norte se separara de la Unión para librarse del “baldón moral de la esclavitud”. Douglass explicó que esa posibilidad ayudaría muy poco a los esclavos negros del Sur y ofreció su apoyo para emprender una serie de actividades más drásticas. Ofreció su respaldo tanto a los partidos políticos predominantes que prometían impedir la propagación de la esclavitud a los territorios del Oeste, como a otros partidos que exigían su abolición total en toda la nación. Ofreció su casa para que fuera una estación del Ferrocarril Subterráneo (tal era el nombre de una red de personas que ayudaban a esclavos fugitivos a escapar hacia el Norte) y simpatizó con el abolicionista militante John Brown, quien aspiraba a encender un levantamiento violento de los esclavos.

En 1847, Douglass puso en circulación *The North Star*, el primero de los periódicos que publicó para promover las causas de la igualdad de derechos para los negros y para las mujeres. Su lema era “Los derechos no tienen sexo, la verdad no tiene color, Dios es el padre de todos nosotros y todos somos hermanos.” Douglass fue uno de los primeros defensores fervientes de la igualdad entre los géneros. Contendió por la vicepresidencia en 1872, en una lista de candidatos del Partido por la Igualdad de Derechos encabezada por Victoria Claflin Woodhull, la primera mujer que fue candidata presidencial en Estados Unidos.

Douglass colaboró en la campaña de Abraham Lincoln, en la elección presidencial de 1860. Cuando estalló la Guerra Civil de Estados Unidos —en la que la Unión del Norte se enfrentó a la Confederación rebelde del Sur—, poco después del inicio de la presidencia de Lincoln, Douglass argumentó que la Unión debía emplear soldados negros: “En cuanto dejen que un hombre negro coloque sobre su persona las letras de bronce U.S.; en cuanto le permitan llevar un águila en su botón, un mosquete en el hombro y balas en el bolsillo, no habrá poder sobre la Tierra capaz de negar que se ha ganado el derecho a la ciudadanía.” Demasiado viejo para combatir, Douglass reclutó soldados negros para los Regimientos 54 y 55 de Massachusetts, dos unidades integradas por negros que combatieron con gran valor.

Durante el gran conflicto, las relaciones de Douglass con Lincoln tuvieron altibajos al principio, pues el presidente se dedicó primero a conciliar a los estados fronterizos esclavistas de importancia crucial para el éxito de la Unión en la guerra. No obstante, Lincoln emitió la Proclamación de la Emancipación el 22 de septiembre de 1862, declarando que a partir del 1 de enero de 1863, todos los esclavos cautivos en las regiones donde persistía la rebelión quedarían en libertad. Lincoln autorizó el reclutamiento de soldados negros en marzo de 1863 y al año siguiente rechazó de plano la sugerencia de iniciar negociaciones de paz antes que el Sur accediera a abolir la esclavitud. En dos ocasiones, el presidente invitó a Douglass a reunirse con él en la Casa Blanca. Más tarde, Douglass escribió acerca de Lincoln que “en su compañía nunca se me recordó en modo alguno mi humilde origen, ni mi color poco grato para la gente”, y el presidente lo recibió “en la misma forma en que hemos visto que un caballero recibe a otro”.

La sorprendente carrera de Douglass continuó después del final de la guerra. Trabajó a favor de la aprobación de las Enmiendas Decimatercera, Decimacuarta y Decimaquinta de la Constitución de EE.UU., las enmiendas de la posguerra donde se especificaron derechos que serían aplicables a todos los hombres, no sólo a los blancos, y se prohibió que cualquiera de los estados negara esos derechos. Aun cuando se requirió una generación posterior de valerosos defensores de los derechos civiles para que esas enmiendas fueran respetadas, aquéllos se basaron en el cimiento constitucional que Douglass y otros construyeron. Douglass ocupó después varios puestos públicos locales en la ciudad capital de Washington, D.C. y prosiguió su labor a favor del sufragio y la igualdad para las mujeres. Murió en 1895 y es justo decir que fue el personaje afroestadounidense más importante del siglo XIX.

El Ferrocarril Subterráneo

Frederick Douglass era poseedor de habilidades singulares. Sus contemporáneos, tanto blancos como afroestadounidenses, aplicaron las más diversas tácticas para combatir la esclavitud y ayudar a los negros a conquistar sus derechos civiles. En una nación que era medio esclava y medio libre, una táctica obvia consistía en ocultar a los esclavos y enviarlos al Norte para que fueran libres. Los miembros de varias congregaciones religiosas tomaron la delantera. A partir de 1800 aproximadamente, varios cuáqueros (una denominación religiosa fundada en Inglaterra que cobró importancia en Pensilvania) empezaron a brindar refugio y ayuda a los esclavos fugitivos, ya sea para que iniciaran una nueva vida en el Norte o para que siguieran su camino hasta Canadá. Las leyes sobre “esclavos fugitivos” promulgadas en 1793 y 1850 disponían la captura y devolución de los esclavos



Harriet Tubman conduciendo esclavos fugitivos hacia la libertad en Canadá.

evadidos, pero los cuáqueros estaban dispuestos a recurrir a la desobediencia no violenta de las leyes que consideraban injustas. Más tarde, metodistas evangélicos, presbiterianos y congregacionalistas se unieron a ese esfuerzo, el cual se expandió para ayudar a un mayor número de esclavos prófugos en sus intentos de salir del Sur.

Los negros libres llegaron a asumir funciones cada día más importantes en el movimiento, el cual se llegó a conocer como el Ferrocarril Subterráneo, no porque se sirviera de túneles o de trenes —no utilizaba nada de eso—, sino porque empleaba el léxico ferroviario. Un “conductor” familiarizado con el área local llevaba ocultos a uno o varios esclavos hasta una “estación”, la cual solía ser el hogar de algún “jefe de estación” afín al movimiento; después, los prófugos eran conducidos a otra estación, y así sucesivamente hasta que llegaban a un territorio libre. Los esclavos recorrían de ordinario entre 16 y 32 kilómetros cada noche, ocultándose entre las sombras. Pero esto era muy peligroso. Conductores y esclavos, por igual, corrían el riesgo de ser condenados a muerte si eran capturados.

El más famoso de los conductores fue una mujer, una esclava afroestadounidense fugitiva llamada Harriet Tubman. Después de llegar a territorio libre en 1849, Tubman regresó al Sur y completó más de veinte misiones con el Ferrocarril Subterráneo, en las que rescató a cerca de 300 esclavos, entre los cuales figuraban su hermana, su hermano y sus padres. Era una maestra de los disfraces que lo mismo se podía presentar como una anciana inofensiva o como un viejo desquiciado. Ninguno de los esclavos que estuvieron bajo la protección de Tubman fue capturado jamás. Los afroestadounidenses que aspiraban a llegar al Norte la apodaban “Moisés” y al río Ohio que en varias regiones de la nación dividía a los estados esclavos de los estados libres lo llamaban el “río Jordán”, en clara referencia bíblica al camino hacia la Tierra Prometida. Los dueños de esclavos ofrecían una recompensa de 40.000 dólares por su captura y John Brown la llamó “La General Tubman”.

El resultado de un compromiso político sectorial concertado en 1850 fue la aprobación de una Ley del Esclavo Fugitivo nueva y más estricta. Muchos estados del Norte se habían negado discretamente a poner en práctica el estatuto anterior, pero esta nueva ley autorizó a comisionados especiales para poner en ejecución, en tribunales federales, las demandas de los amos de esclavos fugitivos. Impuso también severas sanciones a los jefes de la policía federal que no dieran cumplimiento a esas disposiciones y a cualquier persona que prestara ayuda a un esclavo prófugo. Así, el Ferrocarril Subterráneo se vio en la necesidad de adoptar tácticas más agresivas, entre ellas intentar el rescate de los negros en los tribunales e incluso de los que estaban bajo la custodia de jefes de policía federales.

Aun cuando el número de agentes, jefes de estación y conductores era relativamente pequeño, sus esfuerzos lograron liberar a decenas de miles de esclavos. Su valentía sin egoísmo influyó para que el sentimiento antiesclavista norteamericano se acrecentara. Esa respuesta y la resistencia del Norte a la Ley de los Esclavos Fugitivos de 1850 convencieron a muchos sureños blancos de que el Norte no podía aceptar que media nación fuera esclava.

Por medio de la espada

Ya en una fecha tan temprana como 1663, cuando en el condado de Gloucester, Virginia, varios negros fueron decapitados por haber planeado una rebelión, algunos esclavos afroestadounidenses se rebelaron en distintos lugares contra sus amos. Tal vez se inspiraron en el caso de Haití, donde la resistencia nativa logró expulsar a los colonizadores franceses, puso fin al sistema de trabajo de esclavos que ellos impusieron en las fincas agrícolas y estableció una república independiente. En Filadelfia, Pensilvania, un empresario negro exitoso llamado James Forten concluyó que tampoco los afroestadounidenses “podían permanecer siempre esclavizados como en el presente”. En el Sur de Estados Unidos, los dueños de explotaciones agrícolas blancos temían que Forten tuviera razón y reaccionaban con brutalidad ante el más leve indicio de una posible rebelión.

Pese a todo, algunos valientes afroestadounidenses estaban decididos a tomar las armas con todos los pronósticos en su contra. Tal vez la lucha más conocida tuvo lugar en Virginia en 1831. Nat Turner (1800-1831) era esclavo en el condado de Southampton, Virginia. Su primer amo permitió que recibiera lecciones de lectura, escritura y religión. Turner empezó a predicar, atrajo seguidores y, según se dice, llegó a creer que había sido designado por la divinidad para conducir a su pueblo hacia la libertad. El 22 de agosto de 1831, Turner y un grupo de entre 50 y 75 esclavos se armaron de cuchillos y hachas grandes y pequeñas. Durante dos días fueron de casa en casa, liberando a todos los esclavos que encontraban y para ello mataron a más de 50 virginianos blancos, muchos de los cuales eran mujeres y niños.

La respuesta fue rápida y aplastante. La milicia local capturó a los rebeldes, 48 de los cuales fueron juzgados y 18 de éstos murieron en la horca. Turner escapó, pero el 30 de octubre lo acorralaron en una cueva. Después de ser juzgado y sentenciado, Turner fue ahorcado y su cuerpo fue desollado, decapitado y descuartizado. Mientras tanto, turbas de blancos en busca de venganza atacaron a todos los negros que pudieron encontrar, sin indagar si habían participado o no en la revuelta de Turner. Cerca de 200 negros fueron golpeados, linchados o asesinados.



Representación pictórica de la rebelión de los esclavos en Virginia, encabezada por Nat Turner en 1831.

Las consecuencias políticas de la rebelión de Nat Turner llegaron mucho más allá del condado de Southampton. El movimiento contra la esclavitud fue suprimido en todo el Sur con nuevas leyes muy severas que restringieron las libertades de los negros con más vigor que nunca. Mientras tanto, en Boston, William Lloyd Garrison tachó de hipócritas a los que culpaban al movimiento antiesclavista por la revuelta de Turner. Él argumentó que los esclavos habían luchado por las mismas libertades que los estadounidenses blancos exaltaban con orgullo a cada paso:

Vosotros acusáis a los pacíficos amigos de la emancipación de incitar a los esclavos a la revuelta. Retirad tal cargo como una sucia calumnia. Los esclavos no necesitan que nosotros les demos incentivos. Ellos los encuentran en sus andrajos, en sus cuerpos escualidos, en su incesante brega, en sus mentes ignorantes, en cada campo, en cada valle, en cada cerro y montaña, dondequiera que vosotros y vuestros padres han luchado por la libertad, en vuestros discursos, vuestras conversaciones, vuestras celebraciones, vuestros folletos políticos, vuestros periódicos; en las voces que flotan en el aire, en los sonidos que cruzan el océano; hay invitaciones a la resistencia encima, debajo y alrededor de ellos. ¿Qué más necesitan? Rodeados de tales influencias y torturados por sus heridas recién abiertas, ¿es acaso portentoso [sorprendente] que se levanten para luchar —igual que otros “héroes” han luchado— por los derechos que han perdido? Eso no es portentoso.



John Brown, retratado aquí hacia 1859, dirigió un malogrado asalto contra el arsenal de Harpers Ferry, Virginia Occidental (entonces Virginia) con la esperanza de desatar una rebelión de esclavos más amplia.

El rebelde John Brown

Otro célebre intento de liberar a los esclavos afroestadounidenses por medio de la espada fue encabezado por un estadounidense blanco. John Brown, nacido en Nueva Inglaterra, había acariciado por

largo tiempo la idea de conseguir la abolición mediante la fuerza y en 1847 le confió a Frederick Douglass su intención de hacer precisamente eso. Brown llegó en 1855 al Territorio de Kansas, escenario de choques violentos entre las facciones que estaban a favor y en contra de la esclavitud. El tema de la disputa era si Kansas sería admitido en la Unión como un estado “libre” o esclavista. Cada una de las facciones concertó sus propios acuerdos.

A raíz de que los partidarios de la esclavitud llevaron a cabo una redada en la población “libre” de Lawrence, Kansas, Brown y cuatro de sus hijos perpetraron la Masacre de Pottawatomie el 24 de mayo de 1856, cayendo sobre la aldea esclavista del mismo nombre y matando a cinco hombres. A continuación, Brown emprendió una serie de acciones guerrilleras contra bandas proesclavistas armadas. Regresó a Nueva Inglaterra con la vana esperanza de reunir una fuerza de combate afroestadounidense y tuvo cierto éxito en su campaña para obtener fondos de abolicionistas distinguidos.

Cuando una convención de partidarios de Brown reunida en Canadá lo nombró comandante en jefe de un gobierno provisional para deponer a los esclavistas del Sur, él estableció una base secreta en Maryland, cerca de Harpers Ferry, Virginia, (la Virginia Occidental de hoy). Allí esperó a sus partidarios, pero la mayoría de ellos no se presentaron. El 16 de octubre de 1859, Brown encabezó una fuerza de unos 20 miembros, negros y blancos, que capturaron el arsenal federal en Harpers Ferry y tomaron como rehenes a 60 personas notables de la localidad. Su plan consistía en dar armas a varios grupos de esclavos fugitivos e ir hacia el Sur, liberando más esclavos a su paso. Sin embargo, Brown se demoró demasiado y no tardó en ser rodeado por una compañía de infantes de marina de EE.UU. bajo el mando del teniente coronel Robert E. Lee (futuro comandante de las fuerzas del Sur en la Guerra Civil). Brown se negó a rendirse. Herido y capturado en la batalla siguiente, Brown fue juzgado en Virginia y declarado culpable de traición, conspiración y asesinato.

Después de que el veredicto fue anunciado, Brown se volvió hacia el jurado y dijo:

Creo que al haberme entrometido como lo he hecho, como siempre lo he admitido libremente, actué en beneficio de los despreciados pobres del Señor y no por hacer el mal, sino el bien. Si ahora se considera necesario que pague con mi vida por haber servido a los fines de la justicia, y que mezcle mi sangre más íntimamente con la sangre de mis hijos y con la de millones de personas cuyos derechos son ignorados en este país esclavo por medio de promulgaciones perversas, crueles e injustas, me rindo: ¡que así sea!

Brown fue ahorcado el 2 de diciembre de 1859; fue un mártir de la causa antiesclavista. En la Guerra Civil que estalló al año siguiente, los soldados de la Unión marchaban al son de una tonada que titularon “El cuerpo de John Brown” (una de cuyas versiones, compuesta por Julia Ward Howe llegaría a ser “El himno de



Harpers Ferry, Virginia (hoy Virginia Occidental), donde tuvo lugar el asalto de triste memoria de John Brown.

batalla de la república”). Una de sus estrofas características dice así:

El cuerpo del querido John Brown yace en la tierra sin vida.

El rifle del querido John Brown está tinto en sangre y se oxida,

*La pica del querido John Brown descargó tenaz su final
acometida,*

¡Su alma continúa la marcha!

La Guerra Civil de Estados Unidos

El problema de la esclavitud y la condición jurídica y social de los estadounidenses negros deterioraron las relaciones entre el Norte y el Sur desde los primeros días de la independencia del país hasta la elección de Abraham Lincoln a la presidencia en 1860. Lincoln se oponía a la esclavitud y la llamaba una “monstruosa injusticia”, pero su principal preocupación era mantener la Unión. Por eso estuvo dispuesto a aceptar la esclavitud en los estados donde ya existía y a prohibir su propagación a los territorios del Oeste. Sin embargo, los sureños blancos consideraron la elección de Lincoln como una amenaza a su orden social. Comenzando con Carolina del Sur en diciembre de 1860, 11 estados del Sur se separaron de la Unión para formar los Estados Confederados de América.

Para Lincoln y para millones de norteamericanos, la Unión era, como el historiador James M. McPherson comentó, “un vínculo obligatorio para todo el pueblo estadounidense, no una asociación voluntaria de estados que se pudiera disolver por obra de uno o varios de ellos”. Así lo explicó el presidente a su secretario particular: “Ahora tenemos que resolver la cuestión de si, en un gobierno libre, una minoría tiene derecho de disolver al gobierno cuando le plazca”. De esta manera, como Lincoln lo aclaró en los inicios de la guerra, “Mi propósito primordial en esta lucha es salvar la Unión, no salvar o destruir la esclavitud. Si pudiera salvar la Unión sin liberar a ningún esclavo, lo haría; si pudiera salvarla liberando a todos los esclavos, lo haría; y si la pudiera salvar liberando a algunos y omitiendo a otros, lo haría también”.

Pero la esclavitud encauzó el conflicto sectorial. En el curso de la guerra brutal, muchos norteamericanos se hicieron más renuentes a aceptar la esclavitud, no importa en qué circunstancias. Las tropas del Norte que entraron en contacto directo con los negros del Sur se volvieron a menudo más sensibles a las penurias de éstos. Lincoln se percató también de que la liberación de esos esclavos afectaría la base económica de la Confederación y, por lo tanto, su capacidad para hacer la guerra. Además, una vez liberados, los ex esclavos podían tomar las armas a favor de la causa de la Unión, con lo cual se “ganarían” su libertad. Por todas esas razones, la liberación de los esclavos negros se aunó a la preservación de la Unión como un objetivo del Norte para hacer la guerra.

En la Proclamación de la Emancipación que entró en vigor el 1 de enero de 1863, Lincoln declaró que todos los esclavos de los estados rebeldes serían “libres a partir de entonces y para siempre”. Al firmar la proclamación, Lincoln comentó: “Nunca en mi vida me sentí más seguro de hacer lo correcto que al firmar este documento”.

El futuro líder afroestadounidense Booker T. Washington tenía cerca de siete años cuando la Proclamación de la Emancipación fue leída en su finca agrícola. Él mismo lo recuerda así en sus memorias de 1901, *Up From Slavery* (Saliendo de la esclavitud):

A medida que se acercaba el gran día, los cantos fueron más frecuentes que de ordinario en los alojamientos de los esclavos. Las canciones eran más audaces, más vibrantes y proseguían hasta más entrada la noche. La letra de la mayoría de las “canciones de plantación” hacía alguna referencia a la libertad. ... Un hombre que parecía ser un extraño (supongo que era un funcionario federal) pronunció un corto discurso y luego leyó un documento muy largo: la Proclamación de la Emancipación, según creo. Después de la lectura se nos dijo que ya todos éramos libres y que nos podíamos marchar cuando quisiéramos y a donde nos viniera en gana. Mi madre, que estaba junto a mí, se inclinó y nos besó a todos sus hijos mientras gruesas lágrimas de alegría descendían por sus mejillas. Nos explicó el significado de todo aquello, que ese era el día por el que ella tanto había orado y que temía no vivir lo suficiente para verlo.

Como condición para recuperar su representación en el Congreso, los estados separatistas fueron obligados a ratificar la Decimatercera, la Decimacuarta y la Decimaquinta Enmiendas a la Constitución de EE.UU. En esas “Enmiendas de reconstrucción” se abolía la esclavitud, se garantizaba la protección de la ley en un plano de igualdad —incluso en los estados— a todos los ciudadanos, y se prohibía la discriminación en el voto por causa de “raza, color o condición previa de servidumbre”. De esa manera, en los años que siguieron a la Guerra Civil se establecieron las bases legales para garantizar a los afroestadounidenses los derechos civiles que se conceden a otros estadounidenses. De manera vergonzosa, el significado lato de esas leyes habría de ser ignorado durante casi un siglo más, cuando la política del compromiso sectorial volvió a malograr la promesa de justicia para los afroestadounidenses.

SOLDADOS NEGROS EN LA GUERRA CIVIL

Al comienzo de la Guerra Civil estadounidense en 1861, Jacob Dodson, un negro libre que vivía en Washington, D.C. le escribió al secretario de Guerra Simon Cameron para informarle que él conocía a “300 ciudadanos de color, libres y dignos de confianza”, que querían alistarse para defender la ciudad. Cameron le respondió que “en el presente, este departamento no tiene intenciones de llamar al servicio del gobierno a ningún soldado de color”. No importaba que hombres negros, esclavos y libres, hubieran servido en las milicias coloniales y combatido en ambos bandos de la Guerra Revolucionaria. Muchos negros consideraban que el servicio en las fuerzas militares era un camino por el cual podían conquistar la libertad y la ciudadanía plena.

¿Por qué muchos dirigentes militares y civiles rechazaron la idea de reclutar soldados negros? Algunos decían que las tropas negras serían demasiado cobardes para combatir contra blancos; otros declaraban que serían combatientes de calidad inferior, y había quienes pensaban que los soldados blancos no aceptarían combatir junto a soldados negros. No obstante, un puñado de dirigentes militares tenían otras ideas.

El 31 de marzo de 1862, casi un año después de que los primeros disparos de la Guerra Civil se produjeron en Fort Sumter, Carolina del Sur, tropas de la Unión (norteñas) al mando del general David Hunter asumieron el control de las islas cercanas a las costas del norte de Florida, Georgia y Carolina del Sur. Los propietarios de las ricas

plantaciones locales de algodón y de arroz huyeron a la porción continental que los Confederados (sureños) controlaban. La mayor parte de sus esclavos permanecieron en las islas y pronto se les unieron negros fugitivos que venían del continente y creían que obtendrían su liberación por el sólo hecho de llegar a las líneas de la Unión. Las cosas no eran tan sencillas.

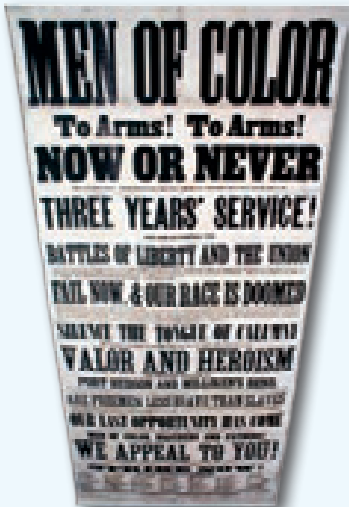
Hunter necesitaba más soldados para controlar los muchos ríos con régimen de marea y las islas de la región contra la obstinada resistencia de los guerrilleros confederados. Observó que los esclavos que huían del continente engrosaban las filas de la población negra de la isla. Entonces razonó que tal vez los afroestadounidenses podrían subsanar su escasez de recursos humanos y fraguó un plan radical.

Hunter, que era un acérrimo abolicionista, se impuso la tarea de liberar a los esclavos — no sólo en las islas, sino en toda la región controlada por los Confederados en Carolina del Sur, Georgia y Florida— y reclutar hombres negros capaces de portar armas como soldados de la Unión. Él trataría de entrenar y formar el primer regimiento de la Guerra Civil constituido íntegramente por negros.

Las noticias circulaban lentamente en aquellos días y el presidente Abraham Lincoln no se enteró del regimiento de Hunter sino hasta junio. Pese a que Lincoln se oponía a la esclavitud, temió que sus decisiones fueran más lejos de lo que la opinión pública podía permitir en el Norte asediado, y sobre todo en los estados fronterizos esclavistas que se habían aliado con la Unión. También se mantuvo inflexible en cuanto a que “ningún general al mando hará algo semejante, bajo mi

Frederick Douglass: “Una vez que dejen que el hombre negro lleve en su persona las letras de bronce U.S. ... un mosquete en el hombro y balas en el bolsillo, no habrá poder sobre la tierra capaz de negar que se ha ganado el derecho a la ciudadanía”





Con la Proclamación de la Emancipación, el Ejército de la Unión (del Norte) empezó a reclutar activamente soldados afroestadounidenses.

responsabilidad, sin consultarlo conmigo.” En una carta llena de indignación, el presidente informó al general que ni él ni ningún otro subordinado tenía derecho de liberar a persona alguna, pero se cuidó de aclarar que él mismo sí tenía derecho de emancipar esclavos en el momento que lo creyera prudente. Hunter recibió la orden de desbandar al regimiento, pero la semilla que él plantó no tardaría en germinar.

En agosto de 1862, dos semanas después de que Hunter disolvió su regimiento, el Departamento de Guerra autorizó al general Rufus Saxton para formar el primer regimiento oficial del Ejército de la Unión integrado por negros, el Primer Regimiento de Voluntarios de Carolina del Sur. Este grupo y otros, organizados en las regiones costeras e integrados también por negros, defendieron con éxito las islas de la costa y las mantuvieron bajo su control durante toda la guerra.

El Primer Regimiento de Voluntarios de Color de Kansas fue organizado también en esa época, pero sin autorización oficial del Departamento de

Guerra. Mientras tanto, el presidente Lincoln ya había colocado con gran cuidado las bases para la emancipación de los varones de origen africano y su aceptación en las fuerzas militares. A medida que los nortños blancos comprendieron que los esclavos negros eran un factor crucial para la economía de la Confederación y para su capacidad de combate, Lincoln pudo justificar la liberación de los esclavos por motivos de necesidad militar.

Cuando Abraham Lincoln firmó la Proclamación de la Emancipación, el 1 de enero de 1863, la política de las fuerzas militares en materia de esclavos se percibió con mayor claridad. Aquellos que llegaron a las líneas de la Unión quedarían en libertad. Además, el Departamento de Guerra empezó a reclutar y alistar soldados negros para integrar los recién formados regimientos del Ejército de la Unión, es decir, las Tropas de Color de Estados Unidos (USCT por sus siglas en inglés). Sin embargo, todos los oficiales de esos regimientos tenían que ser blancos.

En el otoño de 1864, ya se habían formado cerca de 140 regimientos negros en muchos estados del Norte y en los territorios del Sur capturados por la Unión. Cerca de 180.000 afroestadounidenses combatieron en la Guerra Civil, entre ellos más de 75.000 voluntarios negros del Norte.

A pesar de que los regimientos negros estaban segregados de sus homólogos blancos, lucharon en las mismas batallas. Las tropas negras combatieron con bravura y

éxito, a pesar de que se enfrentaban tanto al enemigo confederado como a la desconfianza de algunos de sus colegas en las fuerzas de la Unión.

Cuando los negros fueron aceptados en el ejército, quedaron reducidos en muchos casos al servicio en el cuartel y a faenas no militares. El célebre coronel Robert Gould, del 54º Regimiento de Massachusetts, pidió con insistencia a sus superiores que dieran a sus hombres la oportunidad de participar en los combates y demostrar su capacidad como soldados. Otros oficiales, conscientes de las capacidades de sus hombres, hicieron la misma petición. Las tropas negras tuvieron que luchar para obtener la misma paga que los soldados blancos. Algunos regimientos se negaron a aceptar una remuneración menor. No fue sino hasta 1865, el año en que la guerra terminó, cuando el Congreso aprobó una ley que disponía la misma paga para los soldados negros y blancos.

A pesar de esas restricciones, las Tropas de Color de Estados Unidos participaron con éxito en 449 operaciones militares, 39 de las cuales fueron batallas importantes. Participaron en combates en Carolina del Sur, Luisiana, Florida, Virginia, Tennessee, Alabama y otros estados. Con gran valor tomaron por asalto varios fuertes y se enfrentaron a la artillería sabiendo que si eran capturados por el enemigo no gozarían de los derechos de los prisioneros de guerra, sino que serían vendidos como esclavos. Las tropas negras desempeña-

ron con honor y valor todos sus deberes de soldados.

A pesar de que la política del Ejército era que todos los oficiales debían ser blancos, a la postre cerca de 100 soldados negros ascendieron de rango y fueron comisionados como oficiales. Además, a ocho cirujanos negros se les asignaron comisiones en las USCT. Más de una docena de soldados de esas tropas obtuvieron la Medalla de Honor del Congreso por su valor.

En 1948, el presidente Harry S. Truman ordenó la integración racial en las fuerzas armadas. Las fuerzas militares siguen siendo hoy una fuente de oportunidades sociales y económicas para los afroestadounidenses. Sin embargo, los sacrificios de los soldados negros en la época de la Guerra Civil allanaron el camino para la plena aceptación de la gente de su raza en los cuerpos militares de los Estados Unidos. Un hecho aún más fundamental es que sus esfuerzos fueron parte importante de la lucha de los afroestadounidenses en pos de la libertad y la dignidad

Por **Joyce Hansen**

Ganadora del Premio de Honor Coretta Scott King para Libros en cuatro ocasiones, Joyce Hansen ha publicado cuentos cortos y 15 obras de ficción contemporánea e histórica y de no ficción para lectores jóvenes, entre ellas *Between Two Fires: Black Soldiers in the Civil War*.

“SEPARADOS PERO IGUALES”

LOS AFROESTADOUNIDENSES RESPONDEN ANTE EL FRACASO DE LA RECONSTRUCCIÓN



Más de 600.000 estadounidenses murieron en la Guerra Civil. Su sacrificio resolvió algunos de los conflictos más inabordable de la nación. La esclavitud fue proscrita por fin y se estableció el principio de que ningún estado podía separarse de la Unión. Sin embargo, persistieron conceptos incompatibles acerca de la sociedad del país y las consecuencias de esto para los afroestadounidenses habrían de ser enormes.

Una de esas concepciones, asociada con el Partido Demócrata en el siglo XIX y a principios del XX, combinaba el individualismo y la desconfianza hacia los gobiernos grandes —rasgos característicos de los estadounidenses—, con la preferencia por la autoridad local y estatal por encima del poder federal y, por lo menos en el Sur, con la creencia obstinada en la supremacía blanca. El Partido Republicano, fundado en la década de 1850, estaba más dispuesto a emplear el poder federal para promover el desarrollo económico. Su creencia fundamental fue llamada a menudo “la libertad del trabajo.” Para millones de nortños, dicha

En este grabado en madera de la época de la Reconstrucción se muestra a un representante de la Oficina de Personas Libres que se ha colocado entre estadounidenses armados blancos y negros. El fracaso de la Reconstrucción sería el preludio de la era de la segregación legalizada por leyes racistas en el Sur de Estados Unidos.

libertad significaba que un hombre —pues el concepto se solía aplicar entonces solamente a los varones— podía trabajar donde y como lo deseara, podía acumular propiedades a su nombre, y lo más importante, era libre de prosperar hasta donde su talento y su capacidad se lo permitieran.

Abraham Lincoln fue un modelo de ese hombre que prosperó por su propio esfuerzo. Como presidente, él decía con orgullo: “No me avergüenza confesar que hace 25 años yo era jornalero, trabajaba partiendo rieles y también en un barco de poco calado.” Si bien muchos republicanos condenaban la esclavitud por considerarla inmoral, todos veían que el Sur se estaba retrasando en términos de crecimiento económico y movilidad social. Tal como la historiadora Antonia Etheart lo escribió, los republicanos veían

en el Sur “una jerarquía inamovible dominada por una aristocracia esclavista”.

Después de que la victoria militar del Norte puso fin a la esclavitud, la ideología nortea de la libertad del trabajo exigió que los recién libertos fueran dotados de derechos civiles. En los años que siguieron a la Guerra Civil, al principio los republicanos del norte estaban dispuestos a “reconstruir” al Sur de acuerdo a los principios de la libertad del trabajo. Aunque muchos sureños blancos se opusieron, las fuerzas militares nortea lograron garantizar durante un tiempo que los negros tuvieran derecho de voto, recibieran educación y, en general, disfrutaran de los privilegios constitucionales igual que los demás estadounidenses. Sin embargo, la determinación de los nortea para apoyar las aspiraciones de los negros se debilitó gradualmente a medida que su deseo de reconciliarse con el Sur se acrecentó. Ya para el final del siglo XIX, las élites sureñas habían invalidado muchos avances de los negros e impusieron un sistema opresivo de segregación legal.

La reconstrucción propuesta por el Congreso

A raíz del asesinato de Abraham Lincoln en abril de 1865, el vicepresidente Andrew Johnson fue elevado a la presidencia. Johnson, un demócrata de Tennessee seleccionado como compañero de fórmula de Lincoln en 1864 para enviar una señal de moderación y del deseo de lograr la reconciliación en la posguerra, se apresuró a readmitir a los ex estados confederados como miembros de la Unión con plenos derechos. Los estados del Sur fueron obligados a ratificar la Decimatercera Enmienda, la cual proscribía la esclavitud. Sin embargo, no se les exigió que protegieran la igualdad y los derechos civiles de sus poblaciones afroestadounidenses. Los gobiernos estatales sureños, dominados por los blancos y organizados según los lineamientos de Johnson, no tardaron en adoptar Códigos Negros, es decir, estatutos punitivos

que regulaban con rigor el comportamiento de los afroamericanos presuntamente “libres”. Esas leyes solían imponer toques de queda, prohibían la posesión de armas de fuego e incluso imponían penas de prisión por cargos de vagancia a los ex esclavos que salieran de las fincas agrícolas sin autorización. Mientras tanto, Johnson ofreció la restitución de las explotaciones agrícolas sureñas abandonadas a sus propietarios, los que antes eran dueños de esclavos.

Muchos nortea se indignaron. Reclamaban, sin duda, que no habían luchado y muerto tan sólo para devolver su poder a la aristocracia racista del Sur. Con la elección de 1866, regresó al Congreso un gran número de “republicanos radicales” decididos a garantizar más libertades civiles para los negros y, en términos más generales, a usar el poder del gobierno para reconstruir el Sur de acuerdo con los principios del Norte. Aquel Cuadragésimo Congreso se negó a aceptar miembros elegidos por los gobiernos estatales del Sur autorizados por Johnson. A continuación, anuló el veto de Johnson y promulgó varias leyes importantes sobre derechos civiles.

Una de esas leyes amplió el ámbito de operación de la Oficina Federal de Liberados. Establecida antes de la muerte de Lincoln, esta agencia ayudó a los esclavos libertos en la transición a la libertad, proveyó atención médica, construyó cientos de escuelas para educar a los hijos de los negros y ayudó a que los esclavos liberados negociaran contratos de trabajo con los que habían sido sus amos y con otros empleadores.

Una segunda ley, la Ley de Derechos Civiles de 1866, dispuso que todas las personas nacidas en Estados Unidos eran ciudadanos, sin importar cuáles fueran su raza, su color o su situación precedente. De esta manera, los afroestadounidenses pudieron celebrar contratos y exigir su cumplimiento, demandar y ser demandados, y tener propiedades.

Como Johnson se oponía, y cabe suponer que trataba de subvertir la aplicación de esas y otras medidas, la Cámara de Representantes acusó (y sometió a juicio político) a Johnson en 1868, con lo cual puso en marcha el método prescrito por la Constitución para retirar del cargo a un presidente. El Senado absolvió a Johnson por un voto y él se abstuvo de impugnar el programa de reconstrucción del Congreso en casi todo el resto de su periodo en la presidencia.

Lo más importante fue que el Congreso puso en claro que a los estados que se rebelaron no se les permitiría recuperar su representación en ese órgano mientras no ratificaran la propuesta de la Decimacuarta Enmienda a la Constitución de EE.UU. Esta enmienda habría de ser el sustento jurídico sobre el cual el movimiento de derechos civiles moderno podría justificar su demanda de igualdad racial. Las 10 primeras enmiendas, conocidas en conjunto como la Carta de Derechos, protegían a los estadounidenses de los abusos del gobierno federal, pero brindaban a los afroestadounidenses una protección muy escasa o nula contra las leyes racistas que los gobiernos estatales promulgaban. El remedio para esto fue la Decimacuarta Enmienda, ratificada en julio de 1868. En ella se dispone que “ningún estado privará a persona alguna de su vida, su liber-



El asesinato de Abraham Lincoln llevó al sureño Andrew Johnson a la presidencia. Aquí, Johnson perdona a rebeldes blancos que se levantaron en armas contra la Unión.

tad o su propiedad sin el debido procedimiento legal; ni negará a nadie, dentro de su jurisdicción, la protección de las leyes en un plano de igualdad". La Decimaquinta Enmienda, adoptada poco tiempo después, dispuso que "ni el gobierno federal ni el de ningún estado de la Unión podrá negar o coartar el derecho de los ciudadanos de los Estados Unidos al sufragio por razón de raza, color o condición previa de servidumbre".

Avances temporales ... y retrocesos

Con la presencia de las tropas del Norte para velar por el cumplimiento de la legislación referente a la Reconstrucción en gran parte del Sur, los afroestadounidenses lograron avances importantes. El aparato del sistema de esclavitud —los alojamientos para esclavos, las cuadrillas de trabajo y otras cosas por el estilo— fue desmantelado. Los negros fundaron sus propias iglesias cada día más a menudo. Dirigidas por ministros negros, estas organizaciones serían el pilar sobre el cual Martin Luther King Jr. y otros edificarían más tarde el movimiento de derechos civiles moderno.

En varios estados del Sur, los votantes negros se unieron a una pequeña fracción de los sureños blancos para elegir gobiernos constituidos por republicanos. Muchos negros ocuparon cargos públicos importantes en el nivel de estado y de condado. Dos afroestadounidenses fueron elegidos para el Senado de la República y 14 para la Cámara de Representantes. Un caso típico fue el de Benjamin Sterling Turner, el primer congresista negro de Alabama. Nacido en la esclavitud, Turner fue liberado gracias a la Proclamación de la Emancipación de Lincoln. Pronto se estable-



El representante federal Benjamin Sterling Turner fue elegido al Congreso por Alabama en la época de la Reconstrucción. Con el final de ésta y el retiro de las tropas de la Unión en los estados del Sur, los estadounidenses negros de esa región fueron privados sistemáticamente de sus derechos políticos.

ció como empresario y más tarde fue elegido como recaudador de impuestos y concejal de la ciudad en Selma, lugar donde ocurriría una batalla decisiva del movimiento de derechos civiles en el siglo XX. Elegido para el Congreso en 1870, Turner consiguió una pensión mensual para los veteranos negros de la Guerra Civil y pugnó por el incremento de los gastos federales en su distrito.

Los gobiernos encabezados por republicanos en el Sur durante la era de la Reconstrucción solían elevar los impuestos y ofrecían más servicios sociales. Algunas de sus innovaciones fueron los sistemas de educación patrocinados por el estado y las medidas para subsidiar el crecimiento económico. Los afroestadounidenses fueron beneficiarios importantes de esas innovaciones y por un tiempo pareció que sus derechos civiles estarían garantizados en forma permanente.

No obstante, la mayoría de los blancos del Sur estaban decididos a oponerse a la igualdad con los negros. Muchos no pudieron deshacerse de los crueles estereotipos que les fueron inculcados desde la infancia sobre la supuesta inferioridad de los negros. Muchos sureños blancos eran muy pobres y reforzaban su identidad en la falsa percepción de su superioridad racial. Las élites del Sur entendieron que esa división racial podía impedir los intentos de hacer una política interracial y que, por lo tanto, favorecía los intereses económicos de su grupo. A menudo aprovecharon el resentimiento racial de los blancos para recuperar el poder político.

Los sureños blancos, asociados en esa época con el Partido Demócrata, lanzaron un virulento ataque político contra los republicanos blancos del Sur. A los sureños nativos los llamaban "*scalawags*" (salandijas), un término derivado de una palabra que significa "animal insignificante o sin valor". Los nortños que iban a buscar fortuna al Sur durante la posguerra recibían el mote de "*carpetbaggers*" (los de las bolsas de alfombra) porque se decía que al llegar a su destino llevaban sus pertenencias en bolsas de viaje hechas con tejidos de alfombras.

La reacción contra los afroestadounidenses recién dotados de derechos fue todavía más áspera. Organizaciones terroristas secretas como los Caballeros de la Camelia Blanca —así llamados por el botón de un arbusto, blanco como la nieve, que florece en el Sur y que, según ellos, simbolizaba la pureza de la raza blanca— y el Ku Klux Klan (KKK) lanzaron violentos ataques para intimidar a los votantes negros y mantenerlos alejados de las urnas. El presidente Ulysses S. Grant envió tres regimientos de infantería y una flotilla de lanchas cañoneras para garantizar la equidad de las elecciones en Nueva Orleans en 1874. Grant recurrió a las tropas federales para desarticular al Klan, pero la violencia continuó cuando los blancos militantes formaron "clubes sociales" informales, a los cuales el historiador James M. McPherson describió como "organizaciones paramilitares que operaban como el brazo armado del Partido Demócrata en los estados del Sur, en su afán de 'rescatar' a esa región del 'dominio de los negros y los morenos bolsas de alfombra'".

Algunos blancos del Norte temían que Grant hubiera ido demasiado lejos y la simple verdad es que estaban hartos de aquella lucha. McPherson lo describió así:

Muchos norteros adoptaron una actitud de “los dos bandos son una plaga”, frente a las Ligas Blancas y los gobiernos estatales de “negros advenedizos oportunistas.” Retiremos las tropas federales, sugerían, y dejemos que los sureños resuelvan sus propios problemas aunque eso signifique que todo el Sur caiga en manos del Partido Demócrata de la supremacía blanca.

Y eso fue lo que en esencia sucedió. En elecciones empañadas por el fraude, la intimidación y la violencia, los demócratas recobraron poco a poco el control de los gobiernos estatales en todo el Sur. En 1877, el resultado de una negociación política fue que el republicano Rutherford B. Hayes fue declarado vencedor en la muy reñida elección presidencial de 1876. A cambio de eso, Hayes retiró las últimas tropas federales del Sur. Los estadounidenses negros, que en su inmensa mayoría vivían entonces en los estados de la ex Confederación, quedaron de nuevo a merced de leyes estatales racistas.

El advenimiento de “Jim Crow” o el racismo legalizado

En los años siguientes y sobre todo después de 1890, los gobiernos estatales del Sur adoptaron leyes de segregación que impusieron la separación de las razas en casi todos los aspectos de la vida diaria. En ellas se exigía la segregación en las escuelas públicas, los carros de ferrocarril y las bibliotecas públicas, así como en fuentes de agua para beber, restaurantes y hoteles. El sistema llegó a ser conocido informalmente como “Jim Crow”, en alusión a la canción “Jump Jim Crow”, perteneciente a un espectáculo musical de 1828 que solía ser representado por artistas blancos con la cara pintada de negro para caricaturizar a los negros como seres ignorantes e inferiores.

El racismo legalizado no habría podido existir si los tribunales federales hubieran interpretado con amplitud las garantías constitucionales pertinentes. Pero la rama judicial prefirió aprovechar los tecnicismos y las lagunas de la ley para no tener que anular las leyes segregacionistas. En 1875, el Congreso promulgó la que sería durante casi un siglo la última ley de derechos civiles. La Ley de Derechos Civiles de 1875 prohibió que “persona alguna” privara a los ciudadanos de cualquier raza o color del trato igualitario en alojamientos públicos, tales como posadas, teatros y sitios de diversión colectiva, así como en el transporte público. La Corte Suprema declaró inconstitucional dicha ley en 1883, aduciendo que la Decimacuarta Enmienda prohíbe la discriminación ejercida por los estados, pero no la que ejercen los individuos. En consecuencia, el Congreso no pudo prohibir los actos de discriminación de tipo individual.

La decisión judicial más importante fue quizá una que tuvo lugar en 1896. Seis años antes, Luisiana había adoptado una ley que exigía la asignación de unos carros de ferrocarril para blancos y otros para negros y “gente de color” de origen racial mixto. Un grupo interracial de ciudadanos que se oponían a esa ley convenció a Homer Plessy, un abogado del servicio de educación pública que tenía la piel blanca y una bisabuela negra, de que pusiera a prueba esa ley. Plessy compró un pasaje para un carro de tren que era “sólo para blancos”. Después de ocupar su asiento, Plessy le reveló su origen racial al conductor del tren. Entonces fue arrestado y el litigio comenzó.

El caso llegó a la Corte Suprema de la nación en 1896. En una decisión de siete a uno, el tribunal justificó la ley de Luisiana. La opinión de la mayoría fue que “la separación obligatoria de las dos razas no coloca a la raza de color en una posición de inferioridad”. Si los estadounidenses negros no estaban de acuerdo, esa era su propia interpretación y no la del estatuto. De esta manera, el alto tribunal respaldó con su prestigio y su visto bueno lo que llegó a conocerse como la segregación de “separados pero iguales”.

Una deficiencia del caso *Plessy* (formalmente, *Plessy vs. Ferguson*), como lo habrían de documentar infatigablemente más tarde los defensores de los derechos civiles, consistía en que la separación nunca significó en realidad la igualdad. Las escuelas públicas y otras instalaciones destinadas a la gente de color eran casi siempre de calidad inferior y con frecuencia eran insultantemente inferiores. Pero en un aspecto más fundamental, el problema era si una interpretación correcta de la Constitución podía justificar que los estadounidenses fueran separados a causa de su raza. John Marshall Harlan, el juez que votó en contra en el caso *Plessy*, lo expresó con palabras cuya resonancia perdura hasta hoy:

De acuerdo con la Constitución, para efectos de la ley, no hay en este país una clase de ciudadanos superior, predominante o gobernante. Aquí no hay castas. Nuestra Constitución es ciega al color y no conoce ni tolera la presencia de clases entre los ciudadanos. En lo que a derechos civiles se refiere, todos los ciudadanos son iguales ante la ley.

La opinión del juez Harlan prevaleció por fin en 1954 en el caso *Brown vs. Junta de Educación*, cuando la Corte Suprema descartó por unanimidad el veredicto del caso *Plessy*. Pese a ello, el advenimiento de la segregación basada en leyes racistas requirió nuevas respuestas y nuevas estrategias para que los afroestadounidenses reclamaran sus derechos civiles.



Booker T. Washington propugnó por la adquisición de poder económico como el medio adecuado para que los afroestadounidenses tuvieran ventajas políticas en el futuro.

Booker T. Washington: La búsqueda de independencia económica

El fracaso de la Reconstrucción y el advenimiento de la segregación legalizada obligaron a los afroestadounidenses a tomar decisiones difíciles. La abrumadora mayoría de ellos seguía viviendo en el Sur y se enfrentaba a una oposición feroz, e incluso violenta, a la igualdad civil. Algunos concluyeron que los intentos políticos directos de afirmar sus derechos civiles serían inútiles. Encabezados por Booker T. Washington (1856-1915), optaron por concentrarse mejor en el logro del desarrollo económico para los negros. Otros, entre los que destacó el eminente académico e intelectual William Edward Burghardt (W.E.B.) Du Bois, insistieron en mantenerse inflexibles en su empeño de conseguir el voto y otros derechos civiles que la Constitución y sus enmiendas de posguerra les prometían.

Nacido en la esclavitud, Booker T. Washington tenía unos nueve años de edad en la fecha de la emancipación. Estudió en el Instituto Normal y Agrícola Hampton —la Universidad de Hampton actual— en el sureste de Virginia, fue un estudiante sobresaliente y obtuvo una plaza de maestro de escuela. En 1881 se le brindó la oportunidad de dirigir una nueva escuela para afroestadounidenses en el condado de Macon, Alabama.

Washington estaba convencido de que las destrezas prácticas y la independencia económica eran la clave para el progreso de los negros. Él decidió que su nueva escuela, la cual recibió el nuevo nombre de Instituto Normal e Industrial de Tuskegee (la Universidad de Tuskegee actual) se concentraría en la educación industrial. Los estudiantes varones aprendían oficios como carpintería y herrería; las mujeres estudiaban de ordinario enfermería o corte y confección. Tuskegee capacitó también maestros para las escuelas afroestadounidenses de todo el Sur. Con esta estrategia se proponía formar ciudadanos negros económicamente productivos sin obligar a la nación a lidiar directamente con la cuestión de los derechos civiles. Varios filántropos destacados, como el magnate petrolero John D. Rockefeller, el productor de acero Andrew Carnegie y el director de Sears, Roebuck, Julius Rosenwald, reunieron fondos para Tuskegee. La escuela creció en dimensiones, reputación y prestigio.

En septiembre de 1895, Washington pronunció su célebre discurso del Compromiso de Atlanta ante un auditorio predominantemente blanco. Él argumentó que el mayor peligro que los afroestadounidenses enfrentan

es que en el gran salto de la esclavitud a la libertad pasemos por alto el hecho de que nuestras masas tienen que vivir del producto de nuestras manos, y dejemos de tener presente que prosperaremos en la misma proporción en que aprendamos a dignificar y honrar el trabajo comunitario y dediquemos nuestras mentes y destrezas a las ocupaciones ordinarias de la vida. ... Tenemos que empezar desde el nivel más bajo de la vida y no en la cumbre. Tampoco permitiremos que nuestros agravios eclipsen nuestras oportunidades.

No fue sorprendente que muchos blancos recibieran con alivio una visión en la que los negros se enfocarían en adquirir bienes raíces o destrezas industriales en lugar de aspirar a cargos políticos, una visión que pareció aceptar el sistema de leyes racistas. Así lo expuso Washington en su discurso de Atlanta: “La oportunidad de ganar un dólar en una fábrica ahora mismo vale más que la posibilidad de gastar un dólar en un teatro de ópera.”

No obstante, un estudio atento del discurso de Washington revela que él nunca habló de aceptar la desigualdad de modo permanente. Lejos de ello, instó a los afroestadounidenses a amasar poco a poco un capital social: los empleos “ahora mismo” eran más valiosos que el derecho de asistir a la ópera. O más tajantemente, como él lo dijo: “Ninguna raza que tenga algo que aportar a los mercados del mundo puede permanecer mucho tiempo en el ostracismo.”

Washington fue el personaje afroestadounidense más importante de la nación durante muchos años, a pesar de que el número de negros que se alejaron gradualmente de su estrategia fue en aumento. Una dificultad fue que, en la posguerra, el propio Sur era una región pobre y, en comparación con el Norte, se retrasaba en materia de modernización y desarrollo económico. Las oportunidades para los sureños, blancos o negros, no eran tan grandes como Booker T. Washington esperaba. Su posición gradualista fue también inaceptable para los negros que no estaban dispuestos a aplazar sus demandas de derechos civiles plenos e igualitarios para una fecha futura no especificada.

W.E.B. Du Bois: El impulso para la agitación política

Muchos negros buscaron un líder en el historiador y científico social W.E.B. Du Bois (1868-1963). Graduado por la Universidad Fisk, una institución históricamente negra de Nashville, Tennessee, Du Bois obtuvo su doctorado en historia por la Universidad



W.E.B. Du Bois, uno de los personajes más destacados del siglo XX en Estados Unidos, rinde testimonio ante el Congreso en 1945.

de Harvard y asumió una cátedra en la Universidad de Atlanta, una institución financiada con la ayuda de la Agencia de Hombres Libres, especializada en la formación de maestros, bibliotecarios y otros profesionales negros. Du Bois escribió y editó muchos estudios académicos en los que describió la vida de los negros en Estados Unidos. Él creía que en las ciencias sociales se hallaría la clave para mejorar las relaciones entre las razas.

Sin embargo, a medida que la segregación legalizada —aplicada a menudo por medio de linchamientos (aprehensiones y ejecuciones extrajudiciales de “sospechosos de delito” sin juicio alguno y de ordinario con las pruebas más discutibles, instigadas por la multitud)— se arraigó en todo el Sur, Du Bois llegó poco a poco a la conclusión de que sólo la agitación política directa y la protesta podían favorecer la causa de los derechos civiles de los afroestadounidenses. Como era inevitable, Du Bois tuvo una disputa con Booker T. Washington, quien cultivaba tranquilamente nexos políticos con republicanos de todo el país para obtener su patrocinio político, aun cuando su prioridad para los estadounidenses negros seguía siendo el desarrollo económico.

Du Bois publicó *The Souls of Black Folk* (Las almas de los negros) en 1903. Descrita por el académico Shelby Steele como “una reacción apasionada contra una ideología racial negra de avinamiento y humildad”, *Black Folk* expresó tajantemente que “el problema del siglo XX es el problema de la división racial”. Al referirse a Booker T. Washington, Du Bois afirmó que

su doctrina ha tendido a hacer que los blancos, en el Norte y en el Sur, trasladen la carga del problema negro a los hombros de los negros y se hagan a un lado, como espectadores críticos y muy pesimistas; en realidad, tal carga corresponde a toda la nación y ninguno de nosotros tendrá las manos limpias si no dedicamos nuestra energía a corregir esos grandes males.

Du Bois discrepaba también con la insistencia exclusiva de Washington en la habilidad artesanal. “La raza negra, como todas las razas”, afirmó en un artículo en 1903, “será salvada por sus hombres excepcionales”. Ese “décimo más talentoso” de los afroestadounidenses “habrá de generar líderes del pensamiento y misioneros de la cultura entre los de su raza”. Para realizar esa tarea, la capacitación práctica que Booker T. Washington ofrecía en el Instituto Tuskegee no sería suficiente:

Si hacemos del dinero el objetivo de la capacitación del hombre, desarrollaremos personas que sepan hacer dinero, pero no necesariamente hombres; si hacemos de la habilidad técnica el objetivo de la educación, podremos tener artesanos, pero no hombres por naturaleza. Sólo tendremos hombres si hacemos de la calidad humana el objetivo de la labor de las escuelas: inteligencia, gran compasión, y conocimiento del mundo que fue y que es, y de la relación del hombre con él. ... Sobre esta base podremos dotarlos de aptitudes para ganarse el sustento, habilidad manual y agilidad mental, y nunca tendremos que temer; a menos que el niño y el hombre confundan erróneamente los medios de subsistencia con el propósito de la vida.

Dos años después, Du Bois y varios destacados intelectuales negros fundaron el Movimiento Niágara, una organización de derechos civiles que se oponía de plano a las políticas de avini-

miento y gradualismo de Washington. “¡Queremos el sufragio para toda la humanidad ahora mismo!”, declaró Du Bois. (Él defendía también el sufragio femenino.) El grupo Niágara organizó en 1906 una notable conferencia en Harpers Ferry, Virginia Occidental, escenario de la rebelión de John Brown; cabildeó contra las leyes racistas; distribuyó folletos y circulares; y trató de promover en general los temas de derechos civiles y justicia racial. Sin embargo, el movimiento estaba mal organizado y carecía de fondos. Se desintegró en 1910. Pero ya entonces una organización nueva y más fuerte estaba lista para ocupar su lugar.

La falsa acusación de que un negro había intentado violar a una joven blanca dio lugar a disturbios contra los negros en Springfield, Illinois, en agosto de 1908. Los desórdenes ocasionaron siete muertes y obligaron a miles de afroestadounidenses a huir de la ciudad. La sufragista Mary White Ovington encabezó una convocatoria para celebrar una reunión de reformadores a fin de organizarse. “El espíritu de los abolicionistas tiene que revivir”, escribió más tarde. Su grupo no tardó en expandirse y se vinculó con Du Bois y otros activistas afroestadounidenses. Ellos fundaron en 1910 la Asociación Nacional para el Progreso de las Personas de Color (NAACP). Entre los dirigentes de la nueva organización figuraban estadounidenses blancos, muchos de ellos judíos, y Du Bois, quien asumió la dirección editorial de *The Crisis*, la influyente revista de esa organización.

A partir de 1913, cuando el presidente Woodrow Wilson, nacido en el Sur, permitió la segregación en el servicio civil federal, la NAACP acudió a los tribunales e inició un proceso judicial para anular las leyes racistas que duró décadas enteras. Bajo la dirección de Du Bois, *The Crisis* analizó los asuntos de actualidad y presentó las obras de los grandes escritores del Renacimiento de Harlem de las décadas de 1920 y 1930, entre ellos Langston Hughes y Countee Cullen. Según algunos cálculos, su circulación superó los 100.000 ejemplares.

Du Bois siguió escribiendo y consolidó su prestigio como uno de los principales pensadores estadounidenses del siglo; se distinguió como un destacado anticolonialista y como experto en la historia de África. En 1934, Du Bois rompió sus nexos con la NAACP integracionista porque él defendía el nacionalismo panafricano y su pensamiento adquirió matices cada vez más marxistas y socialistas. Du Bois vivió más de 90 años y al morir era un ciudadano de Ghana y un comunista comprometido.

Pese a todo, la NAACP, la organización que él ayudó a fundar, habría de poner en marcha la lucha por los derechos civiles en la época moderna.

MARCUS GARVEY: OTRO CAMINO

Marcus Garvey (1887-1940), el destacado nacionalista negro de principios del siglo XX, nació en Jamaica pero sus años de mayor éxito los pasó en Estados Unidos. Siendo un capitalista entusiasta, él estaba convencido de que los afroestadounidenses y otras

personas negras del mundo podían unir sus esfuerzos para crear instituciones capaces de concentrar la riqueza y el poder en sus propias manos. Para ese fin formó, entre otras agrupaciones, la Asociación Universal para el Progreso de la Raza Negra (UNIA). Después de leer *Up From Slavery* de Booker T. Washington, Garvey

se preguntó: “¿Dónde está el gobierno de los negros? ¿Dónde están su rey y su reino? ¿Dónde están su presidente, su país, sus embajadores, su ejército, su marina de guerra y sus personajes importantes? Yo no pude localizarlos. Entonces decidí ayudar a formarlos”.

Garvey nació en la parroquia de Santa Ana, Jamaica, y ahí, en su adolescencia, fue aprendiz de su padrino, un impresor llamado Alfred Burrows. Como tanto el padre de Garvey como Burrows eran aficionados a la lectura, el joven Marcus pronto tuvo contacto con el mundo de las letras. Habiendo emigrado a Kingston, Garvey mostró un talento muy refinado como tipógrafo y se interesó por el periodismo.

Después de ser incluido en la lista negra por su intento de organizar a los trabajadores, Garvey salió de Jamaica para visitar América Latina y más tarde pasó dos años en Inglaterra. En esa época cursó estudios informales en la Universidad de Londres y trabajó al servicio del nacionalista negro sudanés-egipcio Duse Mohammed Ali, fundador de *The African Times* y de la *Orient Review*.

Garvey tomó la determinación de difundir su programa en Estados Unidos para dar poder a los negros. A su llegada, en 1915, afirmó que los afroestadounidenses podrían infundir respeto si adquirirían poder económico. Con ese fin, se esforzó por establecer una red de empresas de propietarios negros: tiendas de comestibles, lavanderías y otras capaces de prosperar al margen de la economía blanca. Aun cuando esos y otros intentos iniciales de organizar a las masas tuvieron escaso éxito, la perseverancia de Garvey lo hizo cada día más famoso; al final de la Primera Guerra Mundial, su nombre ya era muy conocido entre los estadounidenses negros.

Garvey fue un maestro en el manejo de los medios de comunicación y como organizador de actos públicos impresionantes. Fundó su propio periódico, *Negro World*, que se distribuía en todo el territorio de la nación y en algunos países de América Latina. Realizaba pintorescas convenciones anuales en la ciudad de Nueva York, en las que hombres y mujeres marchaban bajo un estandarte con los colores rojo, negro y verde. Esta bandera, además de otros emblemas tricolores, sigue siendo popular hasta el presente entre los afroestadounidenses. El llamativo atuendo que lucían a veces sus partidarios denotaba la imagen nacionalista y militarizada que su movimiento nacionalista negro trataba de proyectar.



El nacionalista negro Marcus Garvey representó una de las corrientes del pensamiento afroestadounidense. Sin embargo, la mayoría de los negros prefirieron luchar por la igualdad y por participar plenamente en la vida política y económica de Estados Unidos.



Cartel de 1917 con el anuncio de un discurso de Marcus Garvey.

Existe la leyenda de que a un dirigente congoleño de una aldea africana remota le preguntaron en una ocasión si sabía algo sobre Estados Unidos. Se dice que su respuesta fue: "Conozco el nombre de Marcus Garvey".

Bajo el nombre de Línea de la Estrella Negra, la UNIA intentó sin éxito crear una flota de barcos mercantes para abrir el mundo al comercio de propietarios negros. Con ese fin, la organización vendió cantidades impresionantes de acciones, de valor reducido en su mayoría, a personas ordinarias de la clase trabajadora, y compró barcos de vapor que, por desgracia,

estaban en condiciones ruinosas.

Garvey creía en la separación de las razas y estaba dispuesto a colaborar con dirigentes de organizaciones racistas blancas, en particular con el Ku Klux Klan. Después de reunirse con los líderes del Klan, fue blanco del ataque de varios dirigentes negros que ya le eran hostiles. A. Philip Randolph, fundador y director de la Fraternidad de Mozos de Coches Dormitorio, el primer sindicato predominantemente negro que tuvo éxito en Estados Unidos, fue particularmente hostil hacia él.

Randolph acusó a Garvey de colaborar con racistas blancos en una conspiración para repatriar a los negros estadounidenses al África. Garvey negó que tuviera tales propósitos, pero envió emisarios a la República de Liberia para investigar las posibilidades de emprender nuevos negocios allí y encontró un alto grado de aceptación para sus ideas entre los intelectuales africanos jóvenes.

Garvey fue encarcelado en 1925, al ser declarado culpable de cargos federales de fraude postal. Él negó la acusación y hasta algunos de sus detractores la consideraron injusta. El presidente Calvin Coolidge concedió el indulto a Garvey en 1927, pero éste, en su calidad de delincuente convicto que no era ciudadano estadounidense, fue deportado de inmediato a su Jamaica natal. W.E.B. Du Bois, uno de los detractores más severos de Garvey, le deseó buena suerte y lo alentó a continuar sus esfuerzos en su propio país.

Después de establecerse en Londres, Inglaterra, Garvey creó una nueva revista, *The Black Man*, en la que criticó a personajes negros estadounidenses tan destacados como el campeón de boxeo de peso completo Joe Louis, el comediante y activista político Paul Robeson y el controvertido personaje espiritual llamado Padre Divino, porque no fueron capaces de ofrecer un liderazgo racial efectivo. Pero Garvey tampoco pudo atraer a su

organización un número de miembros comparable al de sus niveles anteriores. Logró conservar el grado suficiente de popularidad en Estados Unidos para atraer a un auditorio atento procedente de Detroit, que fue una de las bases del activismo de ese personaje en otros tiempos, cuando convocó a una reunión en Windsor, Ontario, al otro lado del río Michigan. Dirigió sus operaciones finales desde Londres, Inglaterra, donde murió en 1940.

Por Wilson Jeremiah Moses

Moses imparte la Cátedra Ferree de Historia en la Universidad del Estado de Pensilvania y es autor del artículo académico "Marcus Garvey: A Reappraisal". Entre sus libros figura *The Golden Age of Black Nationalism, 1850-1925*.

CHARLES HAMILTON HOUSTON Y THURGOOD MARSHALL

INICIAN LA IMPUGNACIÓN JURÍDICA DE LA SEGREGACIÓN

En noviembre de 1956, un boicot promovido por los negros contra el sistema segregado de autobuses de Montgomery, Alabama, había entrado en su duodécimo mes. Un año antes, una negra de nombre Rosa Parks se había negado valientemente a ceder a un hombre blanco su asiento en la parte delantera de un autobús municipal, lo cual puso en marcha un movimiento político y dio lugar a la presentación de un líder valeroso y dinámico, el reverendo Dr. Martin Luther King Jr., ante los estadounidenses. Sin embargo, la ciudad de Montgomery no cedió sino hasta que los tribunales prohibieron que los afroestadounidenses fueran relegados a la parte posterior de los autobuses. Sólo entonces el boicot tuvo éxito. El historiador Kevin Mumford lo comentó así en un escrito: “Sin la legitimación constitucional y la promesa de que contarían con la protección de los tribunales, los negros que protestaban en la localidad habrían sido aplastados por los funcionarios del estado y de la localidad, con lo cual los segregacionistas blancos se habrían impuesto con facilidad”.

Los estadounidenses se refieren a menudo a las campañas a favor de la justicia social encabezadas a mediados del siglo XX por King y otros, como el movimiento de derechos civiles. Sin

embargo, como ya hemos visto, los afroestadounidenses y sus aliados ya habían luchado antes por largo tiempo para obtener los derechos que les prometían la Constitución de EE.UU. y sus enmiendas incorporadas después de la Guerra Civil. También es importante entender que el movimiento de derechos civiles moderno se apoyó en dos pilares. Uno de ellos lo formaban las personas que protestaron con valor y sin violencia para hacer que sus conciudadanos afrontaran la realidad del escandaloso trato que los estadounidenses negros recibían. El segundo eran los abogados que, como Charles Hamilton Houston y su mejor discípulo, Thurgood Marshall, se aseguraron de que quienes así protestaran tuvieran de su lado a la fuerza más poderosa del país: la ley de la tierra.

Marshall, el abogado que defendió a los negros de Montgomery en 1956, se apoyó en los precedentes jurídicos que él mismo estableció con otros procesos judiciales que condujo con éxito. El caso *Brown vs. Junta de Educación* fue el más elogiado, pero incluso antes de él, la colaboración entre Houston y Marshall ya había socavado gran parte de la estructura legal por la cual el Sur del país había puesto en vigor su sistema de segregación racial basado en leyes racistas.

Charles Hamilton Houston: El hombre que acabó con el racismo legalizado

Charles Hamilton Houston nació en 1895 en Washington, D.C. Fue un estudiante talentoso, se tituló como el mejor de su generación en el Amherst College a la edad de 19 años y luego prestó servicio en una unidad segregada del Ejército de EE.UU. en la Primera Guerra Mundial. Después de haber tenido contacto con el racismo en el Ejército, Houston decidió hacer de la lucha por los derechos civiles su vocación por toda la vida. A su regreso a su país, estudió derecho en la Universidad de Harvard y fue el primer afroestadounidense que dirigió la prestigiosa revista de derecho de esa institución. Más tarde obtendría un doctorado en ciencias jurídicas en Harvard y un doctorado en derecho civil en la Universidad de Madrid en España.

Houston estaba convencido de que la misión apropiada para un abogado era esgrimir la ley como instrumento para defender la justicia. “Un abogado sólo puede ser un constructor o un parásito de la sociedad”, afirmó. En 1924, Houston empezó a dedicar algunas horas a la enseñanza en la facultad de derecho de la Universidad de Harvard, la institución de Washington, D.C. en la cual, según algunas versiones, recibieron su formación las tres cuartas partes de los abogados afroestadounidenses que ejercían la profesión en esa época. En 1929, Houston fue director de esa facultad.



El hábil litigante y catedrático de derecho Charles Hamilton Houston puso en marcha la embestida legal contra las leyes racistas.

En sólo seis años, Houston mejoró de modo radical la formación de los estudiantes estadounidenses de derecho, obtuvo la acreditación plena para esa institución y formó a un grupo de abogados capacitados en las leyes del derecho civil. En el libro *Black Profiles* (Perfiles negros), George R. Metcalf escribe que Houston aceptó ese puesto para hacer de Howard “un West Point [nombre con el que se conoce popularmente a la Academia Militar de los Estados Unidos] del liderazgo negro, para que las personas de esa raza pudieran conquistar en los tribunales la igualdad, combatiendo a la segregación.”

Mientras tanto, la Asociación Nacional para el Progreso de las Personas de Color estaba sentando los cimientos para la impugnación legal de la doctrina de “separados pero iguales” aprobada en la decisión del caso *Plessy* en la Corte Suprema, en 1896. Por recomendación de Houston, la organización encargó al ex procurador de la nación, Nathan Ross Margold, que estudiara los efectos prácticos de dicha doctrina en el Sur. El informe de Margold —218 páginas tamaño oficio— fue concluido en 1931. En él se documentó la dolorosa desigualdad entre los gastos federales que se destinaban a las escuelas segregadas para blancos y para negros.

Houston aceptó el puesto de consejero especial de la NAACP en 1934. Ahí se rodeó de un grupo selecto de jóvenes, abogados egresados de Harvard en su mayoría, entre ellos James Nabrit, Spottswood Robinson III, A. Leon Higginbotham, Robert Carter, William Hastie, George E.C. Hayes, Jack Greenberg y Oliver Hill. En compañía de su joven protegido, Thurgood Marshall, Houston empezó a realizar giras por el Sur, provisto de una cámara y una máquina de escribir portátil. Marshall recordaría después que él y Houston viajaban en el coche de éste:

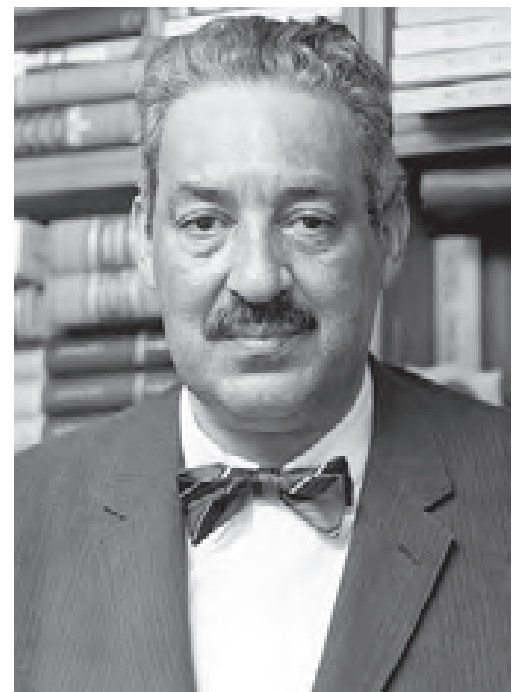
“No había lugar para comer ni para dormir. Dormíamos en el vehículo y comíamos fruta.” El trabajo podía ser peligroso, pero el registro visual compilado por Houston y los datos que Margold reunió serían la base de una nueva estrategia: si las instalaciones asignadas a los negros no eran iguales a las destinadas a los blancos, razonaba Houston, los estados segregacionistas no estarán cumpliendo ni siquiera con la norma del caso *Plessy*. La igualdad dentro de la separación exigía que esos estados mejoraran en forma drástica las instalaciones para los negros, una empresa inmensamente costosa, o bien, que se integraran.

Esa estrategia de igualamiento rindió fruto en 1935, cuando Houston y Marshall ganaron el caso *Murray vs. Pearson* en Maryland. El demandante afroestadounidense había sido rechazado por la facultad de derecho de la Universidad de Maryland y presentó su impugnación. Los abogados de la universidad alegaron que la escuela hacía honor al requisito de “separados pero iguales” al otorgar becas a los solicitantes negros calificados para que se inscribieran en facultades de derecho de otros estados. Los tribunales estatales rechazaron ese argumento. Aun cuando todavía no estaban preparados para pronunciar un fallo contra las escuelas públicas segregadas, sostuvieron que la opción de estudiar en otros estados ofrecida por Maryland no acataba el principio de la igualdad de oportunidades. Se ordenó entonces a la facultad de derecho de Maryland que aceptara a los estudiantes afroestadounidenses calificados. Ese triunfo fue especialmente dulce para Marshall, quien figuraba entre los negros calificados que habían sido rechazados por esa escuela.

Houston se retiró de la NAACP en 1940 por motivos de salud y murió en 1950. “Todo se lo debemos a Charlie”, comentó más tarde Marshall. Si bien el mejor discípulo de Houston



Thurgood Marshall (izq.) y Charles Hamilton Houston flanquean a Donald Gaines Murray, el demandante en un caso que asestó un golpe decisivo a la política por la cual la Facultad de Derecho de la Universidad de Maryland negaba la admisión a estudiantes negros calificados.



Thurgood Marshall en 1962 después de la confirmación de su nombramiento a la Corte de Apelaciones de EE.UU. por el Senado. En 1967, el presidente Lyndon B. Johnson convirtió a Marshall en el primer ministro afroestadounidense de la Corte Suprema.

tendría a su cargo el asalto jurídico final contra la segregación, fue Houston, el maestro, quien ideó la estrategia e iluminó todo el camino.

Thurgood Marshall: Paladín de los derechos civiles

“Ningún estadounidense hizo más que Thurgood Marshall para sacar a nuestro país de la jungla de la segregación”, dijo su compañero juez de la Corte Suprema, Lewis Powell. Nacido en 1908 y educado en una escuela secundaria segregada de Baltimore, Maryland, Marshall estudió en la Universidad Lincoln, “la primera institución creada en el mundo para impartir educación superior en artes y ciencias a jóvenes de origen africano”. Sabedor de que sería rechazado por la facultad de derecho de la Universidad de Maryland, que era exclusivamente para blancos, Marshall se inscribió en la Facultad de Derecho Howard y soportó todos los días los largos recorridos que implicaba viajar de Baltimore a Washington, D.C. Su madre empuñó sus anillos de bodas y de compromiso para pagar los gastos escolares. Marshall sobresalió en sus estudios, se graduó en primer lugar en su generación en 1933 y se ganó el respeto de Charles Hamilton Houston.

En estrecha colaboración con Houston, Marshall ganó el caso *Murray vs. Pearson* anteriormente descrito y luego aceptó un puesto como abogado de planta de la NAACP. En 1938, él sucedió a Houston como jefe del comité jurídico de esa organización. En 1940 llegó a ser el primer jefe del Fondo de Defensa Jurídica de la NAACP.

La decisión fue acertada. Marshall era poseedor de una combinación única de aptitudes. Él era, según concluiría más tarde la United Press International,

... un extraordinario táctico que prestaba un grado excepcional de atención a los detalles, tenía una capacidad tenaz para no perder de vista su meta, y poseía una voz profunda que, como a menudo se decía, era la más potente en toda la sala. También estaba dotado de un encanto tan extraordinario que ni siquiera el sheriff segregacionista sureño más intransigente se podía resistir a sus anécdotas y sus bromas.

Pertrechado con esa potente combinación de simpatía y habilidad, Thurgood Marshall logró convencer a un jurado del Sur, formado íntegramente por blancos, de que absolviera a 25 negros acusados de causar disturbios en 1946. En otras ocasiones apenas logró escapar de las palizas —o de algo peor— a las que se arriesgaba al comportarse de una manera tan asertiva en el Sur, donde imperaban las leyes racistas, siendo él mismo afroestadounidense.

Marshall fue quien logró que la estrategia legal gradualista ideada por Houston tuviera éxito al fin. Caso por caso, Marshall y los abogados de la NAACP socavaron las columnas jurídicas en las que se apoyaba la segregación. En un asombroso total, Marshall ganó 29 de los 32 casos que litigó ante la Corte Suprema. Algunas de sus victorias legales son las siguientes:

- ***Smith vs. Allwright (1944)***, un veredicto de la Corte Suprema que proscribió las elecciones primarias sólo para blancos en las que los partidos políticos seleccionan a sus candidatos para la elección general. Según su biógrafo Juan Williams, Marshall consideraba que ese caso fue su triunfo más importante: los segregacionistas [exigían que (los candidatos) apoyaran la segregación para otorgarles la candidatura de su partido] y para cuando los negros, los hispanos y ... en algunos casos incluso las mujeres acudían a las urnas en la elección general, estaban limitados a escoger solamente entre dos segregacionistas, es decir, no tenían ninguna opción propia.”
- ***Morgan vs. Virginia (1946)***, en el que Marshall obtuvo una resolución de la Corte Suprema que prohibió la segregación en el transporte interestatal en autobús. En un caso posterior, *Boynton vs. Virginia* (1960), Marshall convenció al tribunal de que ordenara la integración en las terminales y demás instalaciones del servicio de autobuses para los pasajeros interestatales. Esos procesos dieron lugar al movimiento de los Viajes por la Libertad, en la década de 1960.
- En ***Patton vs. Mississippi (1947)***, la Corte Suprema aceptó el argumento de Marshall cuando explicó que un jurado del cual los afroestadounidenses son excluidos sistemáticamente no puede condenar a un acusado afroestadounidense.
- En ***Shelley vs. Kraemer (1948)***, Marshall persuadió a la Corte Suprema de que los tribunales estatales no tenían bases constitucionales para prohibir la venta de bienes raíces a negros, ni aun en el caso de que esas propiedades estuvieran sujetas a un convenio restrictivo en términos de raza. Esos convenios eran una táctica legal que se solía usar para impedir que los propietarios vendieran sus inmuebles a negros, judíos y otras minorías.

Las victorias del equipo en la NAACP dejaron establecido que los tribunales debían anular los acuerdos de “separados pero iguales” cuando las instalaciones no fueran iguales en realidad.



La ley federal brindaba a menudo mayor protección a los afroestadounidenses, pero sólo se aplicaba de ordinario en el contexto “interestatal”. Varios años antes de Rosa Parks, Irene Morgan se negó a ceder su asiento en un autobús cuya ruta cruzaba fronteras estatales. Con Thurgood Marshall como su abogado, Morgan ganó el juicio, con lo cual la segregación quedó legalmente prohibida en las rutas de autobuses interestatales.



En el sentido de las agujas del reloj desde arriba: El presidente Dwight D. Eisenhower tuvo que enviar tropas federales para garantizar que los primeros estudiantes negros pudieran inscribirse en la Central High School de Little Rock [Arkansas] que anteriormente estaba segregada.

Los reverendos Martin Luther King Jr., Fred Shuttlesworth y Ralph Abernathy en consulta. Una muestra de progreso: un anuncio racista es retirado de un autobús en Greensboro, Carolina del Norte en 1956.

Ese fue un auténtico logro, pero no era el instrumento idóneo para producir un cambio de amplio alcance, sobre todo en lo relativo a la educación. Difícilmente se podía esperar que los afroestadounidenses pobres de cada uno de los cientos de distritos escolares del Sur estuvieran en condiciones de litigar acerca de los méritos comparativos de las escuelas segregadas para negros y para blancos. Sólo un fallo directo contra la segregación misma podía eliminar de un solo tajo disparidades tales como las del condado Clarendon, Carolina del Sur, donde los gastos por alumno promediaron 179 dólares para los estudiantes blancos y sólo 43 dólares para los negros, en 1949-1950. Marshall logró por fin obtener ese fallo directo en el “caso del siglo”, *Brown vs. Junta de Educación*.

La decisión del caso *Brown*

El caso *Brown* empezó a cobrar forma cuando Marshall encontró al demandante adecuado en la persona del reverendo Oliver Brown, padre de la alumna de una escuela elemental de Topeka, Kansas, Linda Brown. Linda fue obligada a asistir a una escuela para negros a 21 cuadras de su casa, siendo que había una escuela para blancos a sólo siete cuadras. Los tribunales estatales de Kansas rechazaron la demanda de Brown por considerar que las escuelas segregadas para negros y para blancos tenían más o menos la misma calidad. Esto dio a Marshall la ocasión para exigir que la Corte Suprema decidiera por fin que las instalaciones segregadas eran desiguales por definición y como materia jurídica y, en consecuencia, inconstitucionales.

La estrategia legal de Marshall se basó en las pruebas aportadas por la ciencia social. El Fondo de Defensa Jurídica de la NAACP reunió a un grupo de expertos en historia, economía, ciencia política y psicología. Un elemento de especial importancia fue un estudio en el que los psicólogos Kenneth y Mamie Clark trataron de determinar cómo se ven afectadas la autoestima y la salud mental de los afroestadounidenses a causa de la segregación. Este resultado fue uno de sus dolorosos hallazgos: los niños negros de tres a siete años prefirieron las muñecas blancas y no otras muñecas idénticas, pero negras.

El 17 de mayo de 1954, la estrategia de Marshall fue reivindicada por votación unánime de la Corte Suprema. Citando el documento de Clark y otros estudios identificados por los demandantes, el fallo de la Corte Suprema fue decisivo:

... la doctrina de "separados pero iguales" no tiene cabida en el ámbito de la educación pública. Las instalaciones educativas separadas son intrínsecamente desiguales. Por lo tanto, sostenemos que los demandantes y otros que se encuentran en situación similar ... por obra de la segregación de la cual se quejan, han sido privados de la igualdad en la protección de las leyes que la Decimacuarta Enmienda garantiza.

El abogado especialista en educación, Deryl W. Wynn, miembro de la Mesa Redonda de la Universidad de Oxford sobre Política de la Educación, ha comentado acerca de la trascendencia del caso *Brown*:

Fue así como el más alto tribunal de la nación dijo, en esencia, que algo estaba mal en la forma en que los estadounidenses negros eran tratados. ... Recuerdo que mi padre, que en esa época era adolescente, dijo que esa decisión hizo que él sintiera que era alguien. ... En el nivel personal, el verdadero legado de Brown es que constituye un constante recordatorio de que cada niño, cada uno de nosotros, es alguien.

La Corte no señaló un plazo específico para suprimir la segregación en las escuelas, pero al año siguiente, en un grupo de casos conocidos colectivamente como "Brown II", Marshall y sus colegas lograron un veredicto de la Corte Suprema por el cual la integración debía realizarse "en forma deliberadamente acelerada".

Aun entonces, la resistencia continuó en varias regiones del Sur. En septiembre de 1957, cuando los estudiantes negros fueron rechazados por la fuerza en la Central High School de Little Rock, Arkansas, Marshall acudió sin tardanza a la ciudad y presentó una demanda en un tribunal federal. La victoria que obtuvo en ese proceso allanó el camino para que el presidente Dwight Eisenhower declarara el 24 de septiembre: "Hoy emití una Orden Ejecutiva según la cual se recurrirá a las tropas, bajo la autoridad federal, para que ayuden al debido cumplimiento de la ley federal en Little Rock, Arkansas. ... No se puede permitir que el mandato del populacho nulifique las decisiones de nuestros tribunales."

Brown, Little Rock y los demás triunfos jurídicos del grupo de la NAACP ilustraron los puntos fuertes y los límites del movimiento de derechos civiles por la vía "legal". Los estadounidenses negros, relegados durante decenios a escuelas inferiores segregadas, difícilmente habrían podido imaginar que las autoridades federales escoltarían a los estudiantes negros hasta las aulas que antes estaban reservadas a los blancos, ya sea en Little Rock o en la Universidad de Mississippi en 1962 y en la Universidad de Alabama en 1963. Sin embargo, los litigios avanzaron con lentitud y caso por caso.

Entre tanto, la segregación legalizada aún estaba presente en gran parte del Sur, no sólo en muchas escuelas sino en casi todo tipo de instalaciones públicas, desde las piscinas hasta los autobuses y desde los cines hasta las cafeterías. Así, los segregacionistas lograban privar a los afroestadounidenses de su derecho constitucional más básico con excesiva frecuencia. Mediante una combinación de tecnicismos injustos, fraudes descarados y argucias, y finalmente con la amenaza de violencia, las claras disposiciones de la Decimacuarta Enmienda eran subvertidas y en todo el Sur se impedía que los negros votaran.

La simple verdad es que se requerían nuevas leyes sobre derechos civiles. Para aprobarlas era preciso contar con un consenso político lo bastante fuerte para superar la acérrima oposición de los representantes del Sur en el Congreso. La lucha legal continuó con Thurgood Marshall a la cabeza, como juez supervisor del Tribunal de Apelaciones de EE.UU. (que ocupa el segundo lugar entre las cortes federales de la nación) y como el primer juez afroestadounidense de la Corte Suprema en el cuarto de siglo transcurrido entre 1967 y 1991.

Mientras tanto, un nuevo movimiento político a favor de los derechos civiles se estaba consolidando. Afroestadounidenses valerosos y sus aliados de todas las razas y credos empezaron a exigir pacíficamente, pero con firmeza, el pleno ejercicio de los derechos civiles que les correspondían como estadounidenses. Cuando ellos obligaron a sus conciudadanos a mirar de frente la terrible realidad de la segregación y la opresión racial, la balanza de las simpatías nacionales —y de las fuerzas políticas— se inclinó. Todo comenzó al anochecer de un día de diciembre de 1955 en Montgomery, Alabama, cuando una costurera de 42 años, cansada después de un largo día de trabajo, se negó a ceder su asiento en un autobús segregado.

RALPH JOHNSON BUNCHE:

ACADÉMICO Y ESTADISTA

Al tiempo que los afroestadounidenses luchaban por sus derechos civiles, sus logros individuales demostraban que su causa era justa. Las realizaciones del académico y funcionario internacional ganador del Premio Nobel, Ralph Bunche, demostraron a toda la gente imparcial que los estadounidenses negros podían contribuir cabalmente a la sociedad del país.

Ralph Bunche nació en Detroit, Michigan, el 7 de agosto de 1903. Su padre era un barbero itinerante y su madre, ama de casa y pianista aficionada. El padre abandonó a la familia y la madre murió cuando Bunche tenía 14 años. A partir de entonces vivió en Los Ángeles, California, con su abuela materna, cuya prudencia y firmeza de carácter influyeron mucho en él. Se tituló con honores por la Universidad de California en Los Ángeles y realizó estudios de posgrado como becario de la Universidad de Harvard.

Desde sus primeros años, Bunche cobró plena conciencia de la discriminación racial y estuvo decidido a luchar contra ella. Sus estudios sobre el África colonial lo convencieron de que el colonialismo tenía mucho en común con la discriminación racial en Estados Unidos. Entonces tomó la determinación de ayudar a poner fin a ambos.



El Dr. Ralph J. Bunche, conciliador, mediador y diplomático estadounidense, recibe el Premio Nobel de la Paz en 1950.

Bunche fundó el Departamento de Ciencia Política en la Universidad Howard, la universidad históricamente negra de Washington, D.C. Sus muchos artículos sobre discriminación racial llegarían a ser después la bibliografía fundamental del movimiento de derechos civiles estadounidense. Él fue también pionero del estudio del colonialismo en este país. Fue el principal asociado y coautor del economista social sueco Gunnar Myrdal, cuyo trascendental estudio

de 1944 sobre las relaciones raciales en Estados Unidos, *An American Dilemma* (Un dilema norteamericano) fue citado en tono aprobatorio por la Corte Suprema de EE.UU. en la resolución del caso *Brown vs. Junta de Educación*.

Cuando la Segunda Guerra Mundial se aproximaba, Bunche fue reclutado por el gobierno nacional como asesor sobre el tema de África y después fue transferido al Departamento de

Estado para que trabajara en la creación de la futura Carta de las Naciones Unidas. Él fue el primer funcionario negro en el Departamento de Estado. En la Conferencia de San Francisco, en 1945, redactó dos capítulos de la Carta, los referentes a los territorios que no se gobiernan por sí mismos (colonias) y al sistema de fideicomisos. Esos capítulos aportaron la base para acelerar la descolonización después de la guerra. Bunche contribuyó como el que más

para convertir en realidad la descolonización.

En la recién fundada Organización de las Naciones Unidas, Bunche estableció el sistema de fideicomiso. Sus realizaciones como miembro del Secretariado de ese órgano fueron extraordinarias. Como secretario de la Comisión Especial de la ONU sobre Palestina, en 1947, Bunche redactó el informe de la mayoría de ese órgano sobre la división territorial, y también el informe de la minoría sobre un estado federal. El primero de ellos fue adoptado por la Asamblea General de la ONU y es hasta hoy el objetivo fundamental de los negociadores de paz en el Oriente Medio.

En mayo de 1948, los británicos se retiraron de Palestina; un estado judío fue instituido en ese territorio, llamado "Palestina obligatoria" por la Asamblea General, y cinco estados árabes invadieron el nuevo estado de Israel. El Consejo de Seguridad de la ONU nombró a un mediador, el conde Folke Bernadotte, con Bunche como asesor principal. Ellos concertaron una tregua en Palestina y Bunche organizó un grupo de observadores militares de la ONU para supervisarla. Ese fue el inicio de las operaciones de la ONU para el mantenimiento de la paz. Bernadotte fue asesinado

en Jerusalén por la Banda Stern (una facción sionista armada, clandestina, que había sido condenada por Bunche y por la corriente principal del sionismo) en septiembre de 1948 y Bunche fue seleccionado como mediador. Él inició conversaciones en enero de 1949 para negociar un armisticio, comenzando con Egipto e Israel. Los acuerdos para el armisticio fueron concluidos entre Israel y sus cuatro vecinos árabes, creándose así una base formal para el cese de hostilidades. En 1950, Bunche recibió el Premio Nobel de la Paz por esos logros.

El sueco Dag Hammarskjöld fue nombrado Secretario General de la ONU en 1953. Como subsecretario general, Bunche llegó a ser el consejero político más cercano a Hammarskjöld. En 1956, después de la nacionalización del Canal de Suez por Egipto, este último país fue invadido por Gran Bretaña, Francia e Israel en una desacertada aventura que estremeció al mundo. Para expulsar a los invasores de Egipto se requería algo totalmente nuevo, una "fuerza de paz y policía" de la ONU, como la llamó su patrocinador, Lester Pearson de Canadá. Hammarskjöld le pidió a Bunche que reuniera y desplegara esa fuerza lo antes posible. Las ominosas amenazas de una intervención soviética hacían la situación aún más urgente. Trabajando

día y noche con el entusiasta apoyo de Estados Unidos y muchos otros países, Bunche formó y desplegó la Fuerza de Emergencia de las Naciones Unidas en Egipto tan solo ocho días después de que la Asamblea General lo solicitara.

El esfuerzo precursor de Bunche en el mantenimiento internacional de la paz fue su mayor realización. Él reunió y dirigió la operación de la ONU con ese propósito, en la que 20.000 hombres fueron enviados al Congo en 1960, y encabezó la formación de una fuerza similar en Chipre en 1964. Después de la muerte de Hammarskjöld en un accidente aéreo en África, Bunche fue el consejero imprescindible del sucesor de aquél, U Thant de Birmania. Bunche era tan imprescindible que sólo las súplicas de U Thant impidieron que se retirara de las Naciones Unidas para dedicarse de lleno al movimiento de derechos civiles. Bunche murió el 9 de diciembre de 1971 por exceso de trabajo y por los efectos de la diabetes.

Ralph Bunche sentía un interés apasionado por hacer bien las cosas y le importaba muy poco que sus méritos personales se reconocieran. (Hasta trató de rechazar el Premio Nobel de la Paz.) Sus grandes logros son recordados, pero rara vez se recuerda el papel que él desempeñó en ellos. Los afroestadounidenses, los millones de liberados del antiguo mundo colonial y las Naciones Unidas mismas están en deuda con él. Bunche fue uno de los más grandes servidores públicos del siglo XX.

Por **Brian Urquhart**

Ex subsecretario general de las Naciones Unidas, Urquhart es el autor de *Hammarskjöld, A Life in Peace and War*, *Ralph Bunche: An American Odyssey* y de otros estudios históricos.

JACKIE ROBINSON: CÓMO ROMPER LA BARRERA DEL COLOR

Los Dodgers de Brooklyn llegaron al Parque Shibe, el estadio de béisbol de Filadelfia, Pensilvania, protegidos por su nuevo pararrayos contra las controversias: un jugador negro llamado Jackie Robinson. Los símbolos de la intolerancia surgieron entonces entre la multitud y las palabras intolerantes brotaron en la banca del equipo de casa. “En Filadelfia ocurrió lo peor”, dijo Ralph Branca, quien era entonces pitcher de Brooklyn. “Arrojaron gatos negros al campo. Lanzaron sandías al campo. Ben Chapman, el gerente de Filadelfia no dejó de gritar para atacar a Jackie”.

Corría el año de 1947 en Estados Unidos y para muchos el país seguía estando dividido en dos colores: negro y blanco. Algunos corazones, incluso muchos del Sur, estaban desde tiempo atrás llenos de odio tan sólo por el color de la piel de las personas. Según su perspectiva, los negros no merecían los mismos derechos civiles que los blancos. Y eso se había extendido a la idea no oficial, pero presente entre los funcionarios del béisbol y los dueños de equipos que desde antes del cambio de siglo sentían que las ligas mayores eran exclusivamente para jugadores blancos. Los negros tenían que jugar en su propio circuito, el de las ligas negras.

Fue entonces cuando vino Robinson y atravesó la barrera del color el 15 de abril de 1947 como jugador de cuadro del equipo representativo de Brooklyn, el municipio



racionalmente diverso de la ciudad de Nueva York. Él llegó a ser un símbolo precursor que fue más allá del deporte y representó un importante primer paso en el largo camino para hacer realidad el concepto de la igualdad. Branca, su compañero de equipo, explicó en qué forma el logro de Robinson trascendió del diamante de béisbol:

Muchas veces he dicho que eso cambió al béisbol, pero también cambió al país y, a la larga, cambió al mundo ... Jackie le allanó el camino a Rosa Parks. Él le facilitó las cosas a Martin Luther King Jr. y simplificó la tarea de todos los dirigentes negros que



Superior: Después de una victoria de Brooklyn sobre los Yankees de Nueva York en el primer juego de la Serie Mundial de 1952, Jackie Robinson (al frente a la dcha.) celebra con sus compañeros de equipo Joe Black (atrás a la izq.), Duke Snyder (al frente a la izq.) y Pee Wee Reese (atrás a la dcha.). El gerente del equipo, Chuck Dressen, aparece al centro.

Arriba: Jackie Robinson (dcha.) y el ex campeón de boxeo de peso completo, Floyd Patterson (izq.) se reúnen en Birmingham, Alabama con los líderes de los derechos civiles Ralph D. Abernathy y Martin Luther King Jr. en 1963.

estaban dispuestos a luchar por la igualdad racial. Eso cambió básicamente la actitud de todo el país y su manera de mirar a los negros.

Eso sucedió en el equipo. Teníamos compañeros sureños que crecieron con la costumbre de despreciar a los negros. Ellos [los afroestadounidenses] tenían que viajar en la parte de atrás del autobús y no podían beber en las mismas fuentes de agua, no podían ir a los mismos [baños]. Al final, ellos [los jugadores blancos] cambiaron de opinión.

Robinson nació en Cairo, Georgia, el 31 de enero de 1919 y creció en Pasadena, California. Durante su estancia en la Universidad de California en Los Ángeles sobresalió en cuatro deportes: béisbol, fútbol, baloncesto y atletismo. El Ejército de EE.UU. lo reclutó en 1942. Las fuerzas militares todavía estaban segregadas (el presidente Harry S. Truman ordenaría la integración en ellas en 1948); cuando el orgulloso Robinson se negó a viajar en la parte posterior de un autobús, fue consignado bajo cargos de insubordinación militar. No obstante, lo absolvieron y fue dado de baja en forma honrosa. “Él era una persona de acción,” dice su viuda, Rachel Robinson. “Él no quería ser conformista con nuestra situación.”

Entre tanto, el gerente general de los Dodgers de Brooklyn, Branch Rickey, decidió que había llegado el momento de integrar racialmente el béisbol como pasatiempo nacional, entre otras cosas porque creía que los jugadores afroestadounidenses le darían a su club una ventaja competitiva. Rickey sabía que su jugador tenía que poseer el temple y la fuerza de carácter para soportar el inevitable hostigamiento racista —y algo peor— de jugadores y aficionados. En 1945, cuando Robinson jugaba en el equipo de Kansas City, en las ligas negras, Rickey lo descubrió y supo que había hallado al jugador y el hombre apropiado.

Robinson pasó la siguiente temporada en el equipo de la liga menor de los Dodgers, en Montreal, y después fue promovido a los Dodgers para la temporada de 1947. No fue fácil ser un precursor. Rickey hizo prometer a Robinson que durante tres años no respondería a los insultos que le lanzaran los aficionados de toda la liga y los equipos rivales. Soportando presiones que ningún otro jugador tuvo que resistir antes o después que él, Robinson se lució en el campo de juego.

En su primera temporada en las ligas mayores, a la edad de 28 años, Robinson jugó como primera base y tuvo un porcentaje de bateo de .297. Exhibió un estilo dinámico al ocupar el primer lugar en la Liga Nacional con 29 bases robadas, ganó el premio del Novato del Año en la liga y ayudó a su equipo a llegar a la Serie Mundial. Eso contribuyó para que otros equipos reconocieran que Robinson había sido una ventaja real para los Dodgers y que empezaran a contratar y alinear jugadores negros. Su mejor temporada fue la de 1949: jugó como segunda base y bateó de .342 con 16 *home runs*, impulsó 124 carreras y robó 37 bases, ganando por ello el premio al Jugador Más Valioso de la liga.

En total, Robinson pasó 10 temporadas con los Dodgers y participó en seis Series Mundiales, incluso en la de 1955, la única en la que Brooklyn ganó el campeonato. Después de la siguiente temporada, el seis veces *All-Star* se retiró, en lugar de acceder a ser intercambiado con el equipo rival New York Gigants. Robinson fue elevado al Salón de la Fama del Béisbol en 1962, siendo así el primer jugador negro que obtuvo tal honor.

Después de concluir su carrera como jugador, Robinson siguió colaborando en la lucha por la igualdad racial, hablando a favor de los derechos civiles y de las personas y las organizaciones más importantes de ese movimiento. Parte de esta labor fue su participación en la Junta de Directores de la Asociación Nacional para el Progreso de las Personas de Color.

Jackie Robinson sufrió un ataque cardíaco y falleció en 1972, a los 53 años de edad. En esos 53 años, Robinson influyó en millones de vidas. Él avergonzó a los intolerantes, fue una inspiración para los afroestadounidenses y, con su constante ejemplo de entereza y dignidad, influyó para que sus compatriotas de todas las tendencias políticas aceptaran los derechos civiles de los afroestadounidenses.

“Una vida no es importante,” decía el mismo Robinson, “excepto por el impacto que produzca en otras vidas.”

Por **Brian Heyman**

Ganador de más de 30 premios de periodismo, Brian Heyman escribe sobre deportes en *The Journal News*, en White Plains, Nueva York.

“AHORA TENEMOS UN MOVIMIENTO”



El exitoso boicot a los autobuses segregados de Montgomery, Alabama —que se inició con el arresto de Rosa Parks el 1 de diciembre de 1955— transformó la causa de los derechos civiles en un movimiento político de masas. En él se demostró que los afroestadounidenses podían unirse para llevar a cabo una acción política disciplinada y tuvo lugar el surgimiento de Martin Luther King, el imprescindible dirigente que inspiró a millones, los elevó al más alto nivel moral de la resistencia no violenta y tendió puentes entre los estadounidenses de todas las razas, credos y colores. Si bien muchos valientes activistas ayudaron a la revolución de los derechos civiles en la década de 1960, King fue quien, más que ningún otro individuo, obligó a millones de estadounidenses blancos a mirar de frente la crudeza de las leyes racistas y dio forma a la realidad política en la cual la trascendental Ley de Derechos Humanos de 1964 y la Ley del Derecho al Voto de 1965 pudieron ser promulgadas.

“Cansados de ceder”: El boicot a los autobuses de Montgomery

Rosa Parks hablaría así más tarde sobre el día que su vida cambió: “De lo único que yo estaba cansada era de darme por vencida.” Graduada de una escuela secundaria en una época en que a los



Arriba: El Dr. King explica la estrategia para el boicot a los autobuses de Montgomery, Alabama. Entre sus asesores está Rosa Parks, sentada en el segundo asiento desde la izquierda, de la primera fila. Izq.: Cuando Rosa Parks se negó a ceder su asiento en el autobús, fue arrestada, multada y encarcelada. La fotografía de su consignación fue descubierta casi medio siglo después, al limpiar la oficina del sheriff.

negros les era difícil obtener certificados académicos en el Sur, Parks participaba activamente en su NAACP local, era votante registrada (otro privilegio del que gozaban pocos negros sureños) y era una figura respetada en Montgomery, Alabama. En el verano de 1955, asistió a una conferencia sobre liderazgo interracial en la Highlander Folk School, una institución de Tennessee que capacitaba organizadores laborales y abogados de la integración. Así se enteró Parks de los esfuerzos que se realizaban para mejorar el destino de los afroestadounidenses y vio que estaba en condiciones de aportar un caso de prueba si se presentaba la ocasión.

El 1 de diciembre de 1955, Parks trabajaba como costurera en una tienda de departamentos de la localidad. Esa tarde, cuando regresaba del trabajo a su casa, se sentó en la primera fila de asientos destinados a la “sección de color” entre las filas “blancas”

ylas “negras.” Cuando se llenaron los asientos para blancos y un nuevo pasajero blanco abordó el autobús, el conductor le ordenó a Parks que le cediera su asiento. Ella se negó. Fue arrestada, encarcelada y por último se le impuso una multa de 10 dólares más otros 4 por gastos del tribunal. Parks tenía 42 años; acababa de cruzar el umbral de la acción política directa.

Indignada, la comunidad negra formó la Asociación para el Progreso de Montgomery (MIA) para organizar un boicot al sistema de autobuses de la ciudad. En parte para prevenir rivalidades entre los líderes locales de la comunidad, los ciudadanos recurrieron a un personaje recién llegado a Montgomery, el reverendo Martin Luther King Jr. El pastor recién establecido en el Templo Bautista de la Avenida Dexter tenía sólo 26 años, pero era un líder nato: su padre, el reverendo Martin Luther King Sr., encabezó el influyente Templo Bautista Ebenezer de Atlanta, participó activamente en la sección de la NAACP en Georgia y, desde la década de 1920, se negó a viajar en el sistema segregado de autobuses de Atlanta.

En su primer discurso en la MIA, el joven King dijo al grupo:

No tenemos más alternativa que protestar. Ya hemos demostrado una paciencia asombrosa durante muchos años. A veces hemos dado a nuestros hermanos blancos la impresión de que nos agrada la manera en que nos tratan. Pero esta noche hemos venido aquí a librarnos de esa paciencia y a dejar de ser pacientes con todo aquello que no sea libertad y justicia.

Bajo el liderazgo de King, los participantes en el boicot organizaron el servicio colectivo en automóviles particulares y los taxistas negros empezaron a cobrar la misma tarifa de 10 centavos que se pagaba en el autobús. En coche, en calesa tirada por caballos o simplemente a pie, la acción política directa y no violenta obligó a las autoridades de la ciudad a pagar un precio económico considerable por sus costumbres segregacionistas.

Fue entonces también cuando King se convirtió en una figura nacional cuya poderosa presencia e insuperables dotes para la oratoria dieron publicidad al movimiento y le atrajeron el apoyo de simpatizantes blancos, sobre todo en el Norte. Más tarde, la revista *Time* afirmaría que King “se levantó de la nada para llegar a ser uno de los más notables conductores de hombres de la nación.”

Aun después de que su casa fue atacada y el propio King fue arrestado junto con más de 100 de sus seguidores por “obstruir el paso a un autobús”, su invariable cortesía y su adhesión a las tácticas no violentas le ganaron respeto al movimiento y desacreditaron a los segregacionistas de Montgomery. Cuando una explosión sacudió la casa de King, con su esposa y su hija pequeña adentro, pareció por un momento que se iba a desatar un motín. No obstante, King tranquilizó a la multitud:

Queremos amar a nuestros enemigos, ser buenos con ellos. Esa debe ser nuestra norma en la vida, debemos responder al odio con amor. Tenemos que amar a nuestros hermanos blancos sin importar lo que ellos nos hagan.

Un policía blanco de Montgomery le diría después a un periodista: “Seré franco con usted, yo estaba aterrorizado. Le debo la

vida a ese ... predicador; lo mismo que se la deben todas las demás personas blancas que estaban allí.”

A la postre, la integración del sistema de autobuses de Montgomery no requirió sólo la iniciativa y el valor personal de Rosa Parks y el liderazgo político de King, sino también un esfuerzo jurídico al estilo de la NAACP. Cuando el movimiento se enfrentó a la oposición segregacionista, sus abogados invocaron el precedente de *Brown vs. Junta de Educación* en su impugnación judicial de la ordenanza sobre los autobuses de Montgomery. La Corte Suprema de la nación rechazó la apelación final de las autoridades de la ciudad en noviembre de 1956 y así puso fin a la segregación en los autobuses de Montgomery. El movimiento de derechos civiles se fortaleció y se aprestó a librar nuevas batallas.

Las “sentadas”

Poco después de la exitosa conclusión del boicot a los autobuses de Montgomery, Martin Luther King y varias figuras importantes del movimiento —los reverendos Ralph Abernathy, T.J. Jemison, Joseph Lowery, Fred Shuttlesworth y C.K. Steele, y las activistas Ella Baker y Bayard Rustin— fundaron la Conferencia del Liderazgo Cristiano del Sur (SCLC). Esta nueva organización de derechos civiles suscribía una estrategia más asertiva que los métodos de la NAACP jurídicamente orientados. La SCLC emprendió la “Cruzada por la Ciudadanía”, una campaña para el registro de votantes.

Entre tanto, los activistas más jóvenes estaban cada día más impacientes por la táctica de gradualismo de King. En 1960, unos 200 de ellos, incluso el estudiante Stokely Carmichael de la Universidad Howard, formaron el Comité Coordinador Estudiantil por la No Violencia o SNCC. Y en Greensboro, Carolina del Norte, cuatro estudiantes de primer grado de la Escuela Superior de Agricultura y Tecnología de Carolina del Norte, exclusiva para negros, tomaron el asunto en sus manos.

El 1 de febrero de 1960 a las 4:30 de la tarde, los estudiantes Ezell Blair Jr. (hoy Jibreel Khazan), Franklin Eugene McCain, Joseph Alfred McNeil y David Leinail ocuparon asientos reservados para los blancos en la barra de la cafetería de una tienda de



Una sentada en Montgomery, Alabama, en 1961. Por el simple hecho de sentarse en silencio en restaurantes segregados, los activistas de los derechos civiles se arriesgaron a ser arrestados ... y algo mucho peor.



El líder de los trabajadores A. Philip Randolph (dcha.) fundó y dirigió la Fraternidad de Mozos de Coches Dormitorio, que ofreció a muchos afroestadounidenses una codiciada vía de acceso a empleos propios de la clase media. La amenaza de Randolph de hacer una marcha sobre Washington en 1941 obligó al presidente Franklin D. Roosevelt a prohibir la discriminación racial que ejercían los contratistas de la industria de la defensa y fue el modelo para la famosa marcha de 1963.

departamentos Woolworth de la localidad. Se les negó el servicio, pero ellos permanecieron sentados en silencio hasta que la tienda cerró sus puertas, una hora después. A la mañana siguiente, 20 estudiantes negros se sentaron ante la barra en grupos de tres o cuatro. “No hubo disturbios”, informó el *Greensboro Record*, y al parecer, nadie dijo nada, salvo la conversación entre los grupos. Algunos estudiantes llevaban libros y parecía que estaban estudiando.” Blair declaró para el periódico que los adultos negros “han sido complacientes y temerosos. ... Ha llegado el momento de que alguien despierte y cambie la situación ... y nosotros decidimos empezar a hacerlo aquí.”

La ocupación no violenta de un espacio público, conocida como “sentada”, data por lo menos de la época de las campañas de Mahatma Gandhi para que la India se independizara de Gran Bretaña. En Estados Unidos, varias organizaciones sindicales y el Congreso para la Igualdad Racial (CORE) recurrieron también a ese tipo de protestas. Cuando los acontecimientos en Greensboro empezaron a llamar la atención, el SNCC adoptó de inmediato esa táctica de derechos civiles y en los dos meses siguientes las sentadas se propagaron a más de 50 ciudades.

Los sucesos ocurridos en Nashville, Tennessee tuvieron trascendencia especial porque el Consejo del Liderazgo Cristiano de Nashville, partidario de King, ya estaba preparado para ese momento. Allá en 1955, King se puso en contacto con el reverendo James Lawson, un activista y misionero de los derechos civiles que prestó servicio en la India y estudió la táctica *satyagraha* de Gandhi, es decir, la resistencia no violenta. King instó a Lawson a trasladarse al Sur: “Ven ahora”, le dijo. “No tenemos a nadie como tú en esta región.”

En colaboración con la Conferencia del Liderazgo Cristiano del Sur, de King, Lawson empezó a preparar a una nueva generación de activistas no violentos en 1958. Algunos de sus discípulos fueron Diane Nash, James Bevel y John Lewis, quien hoy es diputado federal por Georgia. Todos pronto serían figuras notables del movimiento de derechos civiles. En esos seminarios de capacitación, ellos convinieron en realizar una serie de sentadas en restaurantes de tiendas de departamentos. A los negros se les permitía gastar dinero en esas tiendas, pero no les permitían comer en sus restaurantes.

Los activistas de Nashville se organizaron con esmero y actuaron con deliberación. Para cuando la sentada de Greensboro empezó a atraer la atención del país, ellos estaban listos. En febrero de 1960, centenares de sus activistas empezaron a realizar sentadas. Los estudiantes que redactaron las hojas de instrucciones para esos actos captaron la disciplina personal y dignificaron el compromiso con la no violencia que ellos mostrarían frente al mundo:

No contestes los golpes ni los insultos. ... No obstruyas las entradas ni los pasillos de las tiendas.

Muéstrate amable y cortés en todo momento.

Siéntate derecho y colócate siempre de frente a la barra. ...

Recuerda las enseñanzas de Jesucristo, Mohandas K. Gandhi y Martin Luther King.

Recuerda el amor y la no violencia, que Dios bendiga a cada uno de ustedes.

De ordinario, esos establecimientos cerraban sus puertas en cuanto empezaba una sentada, pero después de los primeros incidentes, la policía empezó a arrestar a los manifestantes y los procesos judiciales consecuentes atrajeron grandes multitudes. Cuando eran condenados por alterar el orden público, los activistas preferían pasar un tiempo en la cárcel antes que pagar la multa.

Nashville fue uno de los primeros ejemplos de que las leyes racistas no podían sobrevivir a la denuncia pública. El legendario periodista David Halberstam, que entonces iniciaba su carrera, escribió reportajes sobre el tema para el *Nashville Tennessean* que ayudaron a atraer la atención de los medios informativos. El movimiento de sentadas se propagó a gran parte del país y pronto los estadounidenses de toda la nación quedaron atónitos ante fotografías como la que apareció en el *New York Times* el 28 de febrero de 1960. El pie de esa foto era el siguiente: “Un hombre

blanco armado de un garrote de 46 centímetros golpea a una mujer negra en Montgomery. Ella resultó lesionada. El ataque tuvo lugar ayer porque la mujer rozó ligeramente a otro hombre blanco. La policía que presenció los hechos no efectuó arresto alguno.

El 19 de abril de ese año, una bomba estalló en la vivienda de un importante asesor jurídico de los estudiantes de Nashville. Cerca de 2.000 afroestadounidenses realizaron de inmediato una marcha hacia el ayuntamiento y allí se confrontaron con el alcalde. Entonces Diane Nash le preguntó a éste si por favor podía poner fin a la segregación en los restaurantes. Sí, respondió el funcionario, pero “no le puedo ordenar a un hombre cómo manejar su empresa. Él también tiene derechos”.

Aquel “derecho” a discriminar era la esencia misma de la lucha. Mientras tanto, la mala publicidad perjudicó a los hombres de negocios de Nashville, lo mismo que el marcado contraste entre los estudiantes negros, cuya actitud era digna y no violenta, y sus oponentes armados y excesivamente violentos. Se iniciaron negociaciones secretas y el 10 de mayo de 1960, sin declaraciones ni fanfarrias, varios restaurantes del centro de la ciudad empezaron a atender a clientes negros. No hubo más incidentes y poco después Nashville se convirtió en la primera ciudad del Sur que inició con éxito la integración racial en sus establecimientos públicos.

Viajes por la libertad

Algunos de los jóvenes que protestaron en Nashville se unieron al Comité Coordinador Estudiantil por la No Violencia, con cuya ayuda organizaron los “viajes por la libertad” en 1961. Ya en 1946, los abogados de Thurgood Marshall y su NAACP habían obtenido un veredicto de la Corte Suprema que proscribió la segregación en los viajes interestatales en autobús. (En el sistema de gobierno federal de Estados Unidos, al gobierno nacional le es más fácil regular el comercio a través de las fronteras estatales.) En la decisión *Boynton vs. Virginia* de 1960, la Corte amplió ese veredicto para incluir las terminales de autobús y otras instala-

ciones asociadas a los viajes interestatales. No obstante, tener un derecho y ejercerlo son dos cosas muy diferentes.

Todo el mundo sabía que el afroestadounidense que ejerciera su derecho constitucional de sentarse en la parte delantera de un autobús interestatal o de usar las instalaciones antes exclusivas para blancos en una terminal de autobuses del Sur provocaría una respuesta violenta. Sabiendo esto, un grupo de 13 personas, entre las que había blancos y negros y figuraba el Director Nacional de CORE, James Farmer, salieron de Washington D.C. en autobús. Farmer y sus acompañantes tenían previsto detenerse en varias ocasiones en el trayecto a Nueva Orleans. “Si se produce un arresto, nosotros lo aceptaremos”, dijo Farmer, “y si hay violencia, estaremos dispuestos a recibirla sin responder con la misma moneda”.

Farmer tuvo razón al prever que habría violencia. Tal vez el peor incidente ocurrió cerca de Anniston, Alabama. Al salir de Atlanta, los viajeros por la libertad se habían dividido en dos grupos, uno viajaba en un autobús de Greyhound y el otro en uno de Trailways. Cuando el Greyhound llegó a Anniston, la gente estaba alineada en las aceras de manera insólita. La causa se aclaró pronto: en cuanto el autobús llegó al estacionamiento de la estación, la multitud se lanzó sobre él y le rompió varias ventanillas con piedras y nudilleras de metal. El patrullero de carreteras blanco que viajaba en el autobús para espiar a los viajeros selló la puerta e impidió que la turba dirigida por el Ku Klux Klan entrara en el vehículo.

Cuando la policía local llegó por fin, bromeó con la multitud, no hizo arrestos y escoltó al autobús hasta los límites de la ciudad. La multitud, que según algunos ya era de 200 personas, siguió de cerca al autobús en coches y camionetas de reparto. Cuando se habían alejado unos 10 kilómetros de Anniston, varias llantas se desinflaron y el autobús tuvo que detenerse. Una multitud de hombres blancos trató de abordar el vehículo y uno de ellos arrojó una bomba incendiaria que entró por una ventanilla. El historiador Raymond Arsenault lo comentó así: “Los viajeros por la libertad estaban casi perdidos cuando la explosión del tanque de combustible convenció a la turba de que todo el autobús estaba



El reverendo Perry A. Smith III de Brentwood, Maryland y el reverendo Robert Stone de la ciudad de Nueva York antes de abordar un autobús en junio de 1961 para realizar un viaje por la libertad desde Washington, D.C. hasta Florida.

Izq.: Un autobús de Trailways con viajeros por la libertad a bordo se acerca a su terminal en Jackson, Mississippi.



Viajeros por la libertad que van de Montgomery, Alabama, a Jackson, Mississippi, son escoltados por miembros de la Guardia Nacional con las bayonetas caladas. Más de 20 viajeros por la libertad están detrás de los guardias.

a punto de estallar". El vehículo fue consumido por las llamas y la Associated Press informó que los viajeros de la libertad huyeron, después de "recibir una paliza breve, pero sangrienta".

El segundo grupo de viajeros por la libertad compartió su autobús de Trailways con un grupo de miembros del Klan que lo abordaron en Atlanta. Cuando los viajeros por la libertad negros se negaron a sentarse en la parte posterior del autobús, fueron apaleados de nuevo. Los viajeros por la libertad blancos, entre ellos el pedagogo de 61 años Walter Bergman, fueron atacados con especial ferocidad. Todos los viajeros por la libertad pusieron en práctica su capacitación al estilo de Gandhi: ninguno de ellos contraatacó. Cuando el autobús llegó por fin a Birmingham, la situación empeoró. El comentarista Howard K. Smith de CBS News presenció los hechos y los relató así: "Cuando el autobús llegó, los bravucones arrastraron a los pasajeros hasta callejones y corredores, y los golpearon con tubos, con llaveros y con los puños". En el interior de la estación de autobuses segregada, los viajeros por la libertad dudaron un momento, pero luego entraron a la sala de espera exclusiva para blancos. También ellos fueron golpeados, algunos quedaron inconscientes, pero el jefe de policía de Birmingham, Eugene "Bull" Connor, se negó a contener a los enviados del Klan y a sus partidarios.

A pesar de todo, los viajeros estaban decididos a continuar. En Washington, el ministro de Justicia, Robert F. Kennedy, solicitó al gobernador de Alabama, John Patterson, que garantizara la seguridad de los viajeros cuando pasaran por su estado. Patterson se negó diciendo: "Los ciudadanos del estado están tan enfurecidos que no puedo garantizar protección alguna para ese montón de agitadores". Un miembro de la delegación del Congreso de Alabama, el diputado George Huddleston Jr., describió a los viajeros de la libertad como "mercaderes autoproclamados del odio racial". Él dijo acerca del grupo que fue víctima del bombarzo en el autobús Greyhound: "recibió su merecido".

En Nashville, Diane Nash temió las consecuencias políticas. "Si el viaje por la libertad hubiera sido interrumpido como resultado de la violencia", dijo más tarde, "yo habría sentido que el futuro del movimiento sería muy breve porque se habría dado la impresión de que, cada vez que surge un movimiento así, basta atacarlo con violencia masiva para que los negros desistan del intento". Con el refuerzo de miembros del Comité Coordinador Estudiantil por la No Violencia y otros activistas negros y blancos para complementar el grupo original de viajeros por la libertad, una nueva etapa se puso en marcha.

El 20 de mayo, un grupo de viajeros por la libertad abordó un autobús Greyhound para ir de Birmingham a Montgomery, Alabama. El vehículo entró en la estación y "en sólo un instante" fue atacado por una multitud

calculada en 1.000 personas, informó la Associated Press. Uno de los heridos fue John Seigenthaler, un ayudante del ministro de Justicia Kennedy. Éste envió 400 agentes de la policía federal a Montgomery para mantener el orden, mientras el Congreso por la Igualdad Racial prometió que el viaje por la libertad continuaría con rumbo a Jackson, Mississippi y luego a Nueva Orleans. "Muchos estudiantes están preparados en otras ciudades para servir como voluntarios", comentó James Farmer al *New York Times*. Y cerca de 450 estadounidenses dieron un paso al frente, viajaron en los autobuses y luego llenaron las cárceles, sobre todo en Jackson, cuando Farmer y otros se negaron a pagar las multas impuestas por "alterar el orden público".

El 29 de mayo, el ministro de Justicia Kennedy ordenó a la Comisión de Comercio Interestatal que aplicara reglamentos rigurosos para llevar a cabo la integración de los transportes interestatales. La Comisión acató sus órdenes. Con esa campaña federal sostenida, el racismo se tambaleó en las terminales, en los autobuses y en los ferrocarriles, por lo menos en los que cruzaban fronteras estatales.

La victoria de los viajeros por la libertad marcó la tónica para las grandes campañas de derechos civiles que vinieron después. En años tan decisivos, no era esa la primera vez que la prensa libre obligaba a los estadounidenses a encarar en forma cruda y objetiva la realidad de la opresión racial. En Birmingham, una turba golpeó a Tommy Langston, un fotógrafo del periódico local *Post-Herald*, y destrozó su cámara. Pero se olvidaron de quitar la película y, más tarde, el periódico publicó en primera plana su fotografía de una salvaje golpiza contra un transeúnte negro. Cada arresto y cada paliza atraía más cobertura en más medios informativos. Y aun cuando en muchos de esos reportajes se hablaba todavía de "militantes negros", el contraste entre las rabiosas turbas blancas y los tranquilos y dignos grupos de viajeros por la libertad, en los que había blancos y negros, obligaron a los estadounidenses a considerar, o por lo menos a empezar a considerar, quiénes representaban mejor los valores nacionales.

Algunos dirigentes religiosos blancos se distinguieron entre quienes alababan el valor de los viajeros por la libertad y la justicia de su causa. El reverendo Billy Graham recomendó que se

sometiera a juicio a los atacantes y dijo que es “deplorable que ciertos miembros de cualquier sociedad sean tratados como ciudadanos de segunda”. El rabino Bernard J. Bamberger dijo que la violencia segregacionista blanca era “del todo indefendible en términos de la ley y de la moralidad” y criticó a los blancos que instaban a los activistas de los derechos civiles a “tomar las cosas con calma”. Además, en ningún momento faltaron los defensores de la justicia: Raymond Arsenault escribió que mientras el autobús de Greyhound ardía en las afueras de Anniston, “Janie Miller, una niña de 12 años, les llevó agua a las víctimas que se asfixiaban, para lo cual llenó una y otra vez un cubo de 19 litros, sopor-tando con valor los insultos y las burlas de los miembros del Klan”.

El movimiento en Albany

Dos importantes campañas civiles realizadas en 1962 y 1963 habrían de ilustrar tanto los límites como las posibilidades de la resistencia no violenta. Los afroestadounidenses de la ciudad segregada de Albany, Georgia, habían desarrollado tradicionalmente el mayor activismo político que era posible en el ambiente racista del Sur. En 1961, varios voluntarios del SNCC llegaron allí para reforzar una campaña de registro de votantes que estaba en marcha. Ellos establecieron un centro de registro que sirvió como cuartel general para una campaña de sentadas, boicots y otras protestas. Algunas organizaciones negras locales formaron el Movimiento de Albany en noviembre de 1961, bajo el liderazgo de William G. Anderson, un joven médico osteópata. Las protestas arreciaron y a mediados de diciembre, más de 500 manifestantes ya estaban en la cárcel. Anderson se había reunido con Martin Luther King Jr. y con su colega, el reverendo Ralph Abernathy, pastor del Primer Templo Bautista de Montgomery y lugarteniente principal de King en la Conferencia del Liderazgo Cristiano del Sur. Él decidió invitar a King a colaborar, tanto para mantener el ímpetu del Movimiento de Albany como para obtener publicidad nacional para su causa.

El jefe de policía de Albany, Laurie Pritchett resultó ser un oponente formidable de King y los demás activistas. Pritchett comprendió que la cobertura de los medios de noticias acerca de la violencia segregacionista desatada contra los dignos y no violentos activistas de los derechos civiles había hecho que muchos estadounidenses se opusieran al racismo. Pritchett trabajó sin descanso para privar al Movimiento de Albany de un “ímpetu mediático” similar. Los policías de Albany fueron advertidos de que no debían usar ningún tipo de violencia contra los manifestantes, sobre todo si la prensa estaba cerca. Si bien los primeros manifestantes lograron “llenar las cárceles”, Pritchett los distribuyó en los presidios de todos los condados vecinos. “Al final”, concluye la *New Georgia Encyclopedia*, “King se quedó sin nuevos participantes para la protesta antes que a Pritchett se le acabara el espacio disponible en las cárceles”.



Montgomery, Alabama: Cerca de 70 ministros de distintos credos y denominaciones son arrestados por haber realizado una velada de oración contra la segregación, frente al ayuntamiento, en agosto de 1962.

Pritchett comprendió también que King era el personaje estelar en los medios informativos y se propuso que éstos le dieran menos cobertura en la prensa nacional y carecieran de “ángulos” interesantes que presentar acerca de ese personaje. King regresó varias veces a Albany y otras tantas fue arrestado y sentenciado por alterar el orden público. Cuando el tribunal les ofreció a King y a Abernathy la opción de ser encarcelados o pagar una multa, ellos pidieron la cárcel y su decisión atrajo en seguida la atención de la prensa. Sin embargo, descubrieron que un “benefactor anónimo” —un segregacionista reclutado por Pritchett— ya había pagado sus multas.

Cuando la gran cobertura de los medios se presentó por fin, no fue la que King había esperado. Ya para el 24 de julio de 1962, muchos afroestadounidenses de Albany se sentían frustrados por la falta de progresos. Esa noche, una multitud de 2.000 negros armados de ladrillos, botellas y piedras, atacaron a un grupo de policías de Albany y guardias de carreteras de Georgia. Un uniformado perdió dos dientes. No obstante, los bien instruidos oficiales de Laurie Pritchett no respondieron a la agresión y el jefe se apresuró a aprovechar la ocasión para preguntar: “¿Vieron ustedes las piedras no violentas que nos arrojaban?”

King se apresuró a evitar mayores daños. Canceló una manifestación masiva que había proyectado y declaró la fecha como un día de penitencia. No obstante, una orden judicial federal para prohibir más manifestaciones en Albany agravó las dificultades: hasta entonces, la causa de los derechos civiles había tenido a la ley de su parte. De haber continuado su campaña en Albany, habrían dado lugar a que los segregacionistas presentaran a King y a sus seguidores como transgresores de la ley.

King comprendió que su presencia en Albany ya no era útil para el movimiento en general. Las organizaciones SNCC,

NAACP, CORE y otros activistas locales continuaron la lucha en Albany y, a la postre, obtuvieron ganancias reales para los afroestadounidenses de esa ciudad. Albany fue una experiencia de aprendizaje para King y para su equipo de la SCLC. King lo explicó así en su autobiografía:

Cuando planeamos nuestra estrategia para Birmingham varios meses después, pasamos muchas horas evaluando el caso de Albany y tratando de aprender de esos errores. Nuestras evaluaciones no sólo sirvieron para que nuestras tácticas ulteriores fueran más eficaces, sino revelaron que lo de Albany no había sido ni remotamente un rotundo fracaso.

El arresto en Birmingham

El jefe de la policía de Albany, Laurie Pritchett, poseía la sensatez política y el control emocional necesarios para combatir la no violencia con la no violencia, pero su homólogo de Birmingham, Alabama, Bull Connor, no los poseía. King y los demás líderes del movimiento previeron con acierto que Connor sería el adversario ideal. El biógrafo de King, Marshall Frady, describió a Connor como “un grandilocuente e incorregible segregacionista de viejo cuño, un gordinflón autoritario de mediana edad que se pavoneaba con su sombrero de paja y que ... era famoso por su carácter irascible”. Connor no representaba las opiniones de todos los residentes blancos de Birmingham; en una elección municipal reciente, los candidatos reformistas habían logrado algunos progresos. Sin embargo, él controlaba a la policía y el “recibimiento” que los viajeros por la libertad habían tenido en Birmingham ilustraba con amplitud lo que podían esperar los activistas al llegar allá.

La experiencia en Albany había enseñado a King y a su equipo de la SCLC a concentrarse en metas específicas, antes que en una integración general. King lo comentó después con estas palabras:

Llegamos a la conclusión de que, en comunidades racistas a ultranza, nuestra lucha podía ser más eficaz si nos concentrábamos en un solo aspecto del malvado y complejo sistema



Albany, Georgia: Manifestantes afroestadounidenses se arrodillan para orar en diciembre de 1961 durante una audición en honor de los viajeros por la libertad arrestados en ese lugar.

de la segregación. Por eso decidimos que, en Birmingham, la lucha se centraría en la comunidad empresarial, porque sabíamos que la población negra tenía tanto poder de compra, que su retirada podía ser determinante para que las operaciones de muchas empresas dejaran de ser lucrativas y arrojaran pérdidas.

Los activistas emprendieron una ronda de sentadas en restaurantes el 3 de abril de 1963. Una marcha al ayuntamiento de Birmingham tuvo lugar el día 6. Los afroestadounidenses de la ciudad iniciaron un boicot contra los autobuses del centro, aplicando una táctica que King consideraba “sorprendentemente eficaz”. Numerosas tiendas se apresuraron a quitar sus letreros de “sólo para blancos”, tras de lo cual Bull Connor los amenazó con quitarles su licencia comercial. A medida que aumentó el número de voluntarios, el movimiento de Birmingham amplió sus actividades, realizando protestas “de rodillas” en templos locales y sentadas en bibliotecas. El número de arrestos se incrementó y las cárceles se llenaron.

La respuesta de la policía no se había producido hasta ese momento. *The New York Times* describió así un incidente típico:

Ocho negros penetraron en la biblioteca segregada. Se pasearon en tres de los cuatro pisos y se sentaron ante los escritorios a leer revistas y libros. La policía estaba presente, pero no los obligó a retirarse. Ellos salieron voluntariamente al cabo de una media hora.

Cerca de 25 blancos estaban en la biblioteca cuando los negros entraron. Algunos hicieron comentarios despectivos como “Aquí apesta.” Otros preguntaron a los negros: “¿Por qué no se van a sus casas?” Sin embargo, no hubo incidentes.

El 10 de abril, Connor siguió el ejemplo de Pritchett y obtuvo una orden judicial del condado por la cual se prohibía que King, Fred Shuttlesworth y otros 134 líderes participaran en boicots, sentadas, piquetes y otras actividades de protesta. Cualquier violación de esa orden sería un desacato al tribunal y se castigaría con una sentencia carcelaria más prolongada que si fuera una simple alteración del orden público.

King se enfrentó entonces a un dilema. Él y Abernathy decidieron que violarían la orden judicial. King hizo entonces una breve declaración:

Nuestra conciencia no estaría tranquila si obedeciéramos una orden judicial que es injusta, antidemocrática y constituye un uso inconstitucional del procedimiento judicial.

No procedemos en esta forma porque no respetemos la ley, sino porque le tenemos el más alto respeto. Nuestra intención no es evadir ni impugnar la ley, ni lanzarnos a una anarquía caótica. Del mismo modo que en conciencia no podemos obedecer leyes injustas, tampoco podemos respetar el uso injusto de los tribunales.

Creemos en un sistema de derecho basado en la justicia y la moralidad. Por nuestro gran amor a la Constitución de los Estados Unidos y por nuestro deseo de purificar el sistema judicial del estado de Alabama, tomamos esta decisión crítica con plena conciencia de las posibles consecuencias que implica.

El Viernes Santo, 12 de abril de 1963, Martin Luther King encabezó una marcha de protesta rumbo al centro de Birmingham. Habían avanzado cinco cuadras cuando King, Abernathy y cerca de 60 personas más, entre ellas un clérigo blanco que se unió a la protesta, fueron arrestados. Cuando King fue detenido, Connor comentó: “Ese era su propósito al venir aquí: que lo arrestaran. Ahora lo consiguió.”

Carta desde la cárcel de Birmingham

Durante su encierro en aquella celda de la cárcel, King escribió uno de los documentos más extraordinarios del pensamiento estadounidense. Varios clérigos blancos de la localidad que simpatizaban con los objetivos a largo plazo de King no consideraron acertada su táctica a corto plazo. Por eso publicaron una declaración pública en la que calificaron de “imprudentes e inoportunas” las manifestaciones dirigidas por King y se opusieron a la desobediencia civil de éste, “por muy pacíficas que esas movilizaciones puedan ser desde el punto de vista técnico.”

La respuesta de King fue la *Carta desde la cárcel de Birmingham*. A falta de papel apropiado, escribió su texto en los márgenes de un periódico. El manuscrito serpentea alrededor de unos anuncios de control de plagas y las noticias de un club de horticultura, según recordó el asesor que sacó el periódico subrepticamente del penal. En realidad, en esos márgenes, King plasmó una vigorosa condena a la falta de acción frente a la injusticia y expresó una fe extraordinaria en que la causa de la libertad tenía necesariamente que prevalecer en Estados Unidos.

King respondió a los cargos de los pastores blancos con una verdad universal e intemporal. Acusado de ser un forastero que fomentaba la tensión en Birmingham, King respondió que frente a la opresión no puede haber forasteros. “La injusticia en cualquier lugar es una amenaza a la justicia en todas partes. Hemos sido atrapados en una red de mutuo interés de la que no podemos escapar y que nos une en un mismo destino. Lo que afecta directamente a uno nos afecta a todos indirectamente.” En cuanto a la tensión: “Existe una tensión de índole constructiva y no violenta que es necesaria para el crecimiento.” A los que no padecen en sí mismos las penurias de la segregación, añadió King, ninguna acción directa les parece oportuna: “‘Esperar’ casi siempre significa no actuar ‘nunca’. Ninguna persona, asegurado, puede ‘establecer la fecha en que otra persona debe ser libre.’”

Con pleno reconocimiento de que él y sus seguidores habían violado la orden judicial del condado, King citó la distinción que hacía San Agustín entre leyes justas e injustas. Él afirmó que quien quebranta una ley injusta para despertar la conciencia de su comunidad “está expresando en realidad el respeto más alto por la ley”, siempre y cuando actúe “en forma abierta, amorosa y con firme voluntad de aceptar la sanción correspondiente.” King puso el ejemplo con el texto que escribió en su celda.

En aquella celda, King creía que en Estados Unidos la libertad podía —y, de hecho, debía— prevalecer finalmente: “No tengo ningún temor por el resultado de nuestra lucha. ... Alcanzaremos la meta de la libertad ... porque la meta de Estados Unidos es la libertad. ... Nuestro destino está ligado al destino de Estados Unidos ... la tradición sagrada de nuestra nación y la voluntad eterna de Dios están encarnadas en nuestras reiteradas demandas. ...

Llegará un día”, concluyó King, “en el que el Sur reconocerá a sus verdaderos héroes.”

“Ahora tenemos un movimiento”

Debido a que la campaña en Birmingham los necesitaba como líderes, Martin Luther King Jr. y Ralph Abernathy pagaron una fianza después de pasar ocho días en la cárcel. Entonces recurrieron a una idea atribuida al reverendo James Bevel, un veterano de las sentadas en Nashville y de los viajeros por la libertad, reclutado por King para la Conferencia del Liderazgo Cristiano del Sur como director de acción directa y educación para la no violencia. Sabiendo que pocas familias negras podían darse el lujo de dejar que el principal proveedor del sustento fuera a la cárcel, Bevel empezó a organizar a los jóvenes afroestadounidenses de la ciudad. Estudiantes universitarios, alumnos de enseñanza media y hasta niños de escuela elemental fueron instruidos en los principios de la no violencia. Así se preparaban para marchar al centro de las ciudades y entrar a bibliotecas, usar fuentes de agua y entrar en restaurantes exclusivos para blancos, y orar en los templos segregados. Por lo menos algunas denominaciones dieron la bienvenida a los jóvenes negros en sus templos reservados para blancos.

La decisión de incluir niños en la campaña fue controvertida. El director ejecutivo de la SCLC, reverendo Wyatt Tee Walker, defendió la medida aduciendo que “los niños negros reciben más educación en cinco días en la cárcel que en cinco meses en una escuela segregada.” King relató en su *Autobiografía* el caso de un adolescente negro que decidió marchar a pesar de las objeciones de su padre:

“Papá, dijo el muchacho, ‘no quiero desobedecerte pero ya me comprometí a marchar. Si tratas de encerrarme en casa, escaparé cuando no me veas. Si crees que merezco un castigo por eso, aceptaré ese castigo. La verdad es que no lo hago sólo porque yo quiera ser libre. Lo hago también porque quiero que tú y Mamá sean libres, y deseo que eso suceda antes de que tú mueras.’”

El padre lo pensó una vez más y accedió a los deseos de su hijo.

El 2 de mayo de 1963, cientos de jóvenes afroestadounidenses se pusieron en marcha, comunicados entre sí por medio de transmisores-receptores de radio, cantando “*We Shall Overcome*” (Venceremos). Centenares de ellos fueron arrestados y la cárcel de Birmingham se saturó más allá de su capacidad. Lo más importante fue, tal vez, que eso sacó finalmente de quicio a Bull Connor.

El 3 de mayo, Connor decidió sofocar las manifestaciones por la fuerza. Las mangueras contra incendio funcionaron a la presión máxima —suficiente para arrancar la corteza de los árboles—, derribaron a los manifestantes y los hicieron rodar sobre el asfalto de las calles. El jefe de la policía ordenó el uso de perros para dispersar a la multitud y varios manifestantes fueron mordidos.

El activista del Comité Coordinador Estudiantil por la No Violencia, James Foreman, estaba en las oficinas de la SCLC cuando llegó la noticia. Él informó que los líderes se pusieron a

“saltar de alegría. ... Lo repitieron una y otra vez: ‘Ahora tenemos un movimiento. Tenemos un verdadero movimiento. La policía cometió actos de brutalidad’”. Foreman consideró que eso fue “muy frío, cruel y calculado”, pero el historiador C. Vann Woodward sacó esta conclusión: “Los manifestantes de más experiencia habían aprendido el precio y el valor de las oportunidades que las fotografías pueden brindar”.

Los jóvenes manifestantes regresaron todos los días de esa semana, lo mismo que las mangueras y los perros. Las fotografías, los videos y los comentarios escritos al respecto campearon en las noticias, tanto en Estados Unidos como en gran parte del mundo. La mayoría de los manifestantes mantuvieron su actitud no violenta, incluso cuando la provocación fue más intensa. James Bevel recorría las calles gritando a través de un megáfono: “Si no se van a manifestar de manera no violenta, será mejor que se vayan”. El 6 de mayo, Bull Connor ya tenía a miles de niños presos en los predios de la feria estatal.

En un editorial del *New York Times* se expresó lo que un creciente número de estadounidenses empezaba a sentir:

Ningún estadounidense que sepa lo que la dignidad humana significa puede leer sin vergüenza sobre los actos de barbarie perpetrados por las autoridades de la policía de Alabama contra los manifestantes negros y blancos que defienden los derechos civiles. El uso de perros y mangueras de alta presión por la policía para someter a niños de las escuelas de Birmingham es una desgracia nacional. El hecho de encerrar en cárceles y casas de detención a cientos de adolescentes y a muchos preadolescentes que reclaman su derecho innato a la libertad es una parodia grotesca del proceso judicial.

Un lector muy importante compartía esta opinión en Washington, D.C. Marshall Frady, un biógrafo de King, lo relata así:

La fotografía de un policía tomando a un joven negro por el cuello de la camisa con una mano, mientras con la otra sos-



Birmingham, Alabama, mayo de 1963: A su máxima presión, estas mangueras contra incendios pueden arrancar la corteza de un árbol. El sheriff Bull Connor ordenó que fueran utilizadas contra los manifestantes no violentos que defendían los derechos civiles, y el país entero observó los hechos horrorizado.

tenía la correa de un perro que se arremolinaba en la cintura del joven fue del conocimiento del presidente en la Oficina Oval y él comentó ante un grupo de personas que lo visitaban ese día: “Esto me da asco.”

El 7 de mayo, Fred Shuttlesworth fue lesionado por el chorro de una manguera que lo azotó contra un muro de su templo. A los pocos minutos, Bull Connor llegó al lugar y dijo: “Lamento no haberlo visto. ... Me habría gustado que se lo llevaran en una carroza fúnebre”.

Para el 9 de mayo, los dirigentes empresariales de Birmingham ya estaban hartos. Entonces negociaron un acuerdo con King y Shuttlesworth. Las empresas de Birmingham integrarían sus restaurantes, servicios sanitarios y fuentes de agua para beber. Empezarían a contratar y promover empleados negros. Los manifestantes encarcelados serían liberados y los cargos en su contra se retirarían. Bull Connor dijo acerca de esa fecha: “Fue el peor día de mi vida”.

El triunfo del movimiento en Birmingham hizo patentes el valor y la disciplina de los manifestantes afroestadounidenses; fue un testimonio del liderazgo realista e inspirador de hombres como Martin Luther King Jr., Ralph Abernathy, Fred Shuttlesworth, James Bevel y otros. Obligó a los estadounidenses a mirar de frente —en sus periódicos y en sus pantallas de televisión— la realidad de la brutalidad del racismo. Además, reflejó un idealismo que había logrado sobrevivir a la esclavitud y a la segregación, así como una impaciencia ante las promesas tan largamente postergadas. El 8 de mayo, un tribunal juvenil de Birmingham celebró una audiencia sobre el caso de un muchacho de 15 años arrestado en las manifestaciones del 3 de mayo:

JUEZ: Pienso a menudo en lo que los padres de la patria decían: “No puede haber libertad sin moderación.” Ahora quiero que se vayan a sus casas y regresen a la escuela. ¿Lo harán?

MUCHACHO: ¿Puedo decir algo?

JUEZ: Di lo que quieras.

MUCHACHO: Bien, eso usted lo puede decir porque tiene su libertad. Aunque la Constitución dice que todos somos iguales, los negros no lo somos.

JUEZ: Pero tu pueblo ha hecho grandes progresos y los sigue haciendo. Eso requiere tiempo.

MUCHACHO: Ya hemos esperado más de 100 años.

La marcha sobre Washington

La victoria obtenida en Birmingham tuvo un alto precio. La solución a largo plazo no podía ser que los afroestadounidenses vencieran a la segregación en una ciudad a la vez, recibiendo palizas, mordeduras de perros y maltrato con mangueras. Si bien el movimiento de derechos civiles conseguía ganancias reales, tenía que enfrentar a cada paso una oposición obstinada. La presencia de tropas federales fue necesaria para garantizar que James Meredith, el primer estudiante negro que ingresó en la Universidad de Mississippi, fuera admitido en ella en 1962. Al año siguiente, el gobernador de Alabama, George Wallace, que en su discurso

inaugural prometió “segregación hoy, segregación mañana, segregación siempre”, realizó una “protesta a las puertas de la escuela.” Sólo mediante la intervención de jefes de la policía federal fue posible que los afroestadounidenses Vivian Malone y James Hood quedaran inscritos en la Universidad de Alabama. Al día siguiente, Medgar Evers, dirigente de la NAACP en Mississippi, fue asesinado frente a su casa en Jackson. Y el 15 de septiembre de 1963, en Birmingham mismo, tres miembros del Klan colocaron 19 cargas de dinamita en el sótano del templo bautista de la calle 16, el cuartel general no oficial del movimiento de Birmingham. Allí murieron cuatro muchachas —Addie Mae Collins, Carole Robertson, Cynthia Wesley y Denise McNair— y otras 22 personas sufrieron lesiones.

El 11 de junio de 1963, el presidente John F. Kennedy informó a la nación que presentaría una legislación al Congreso para prohibir la segregación en todos los establecimientos de propiedad privada: hoteles, restaurantes, teatros, tiendas minoristas y otros. “Lo que confrontamos es, ante todo,” explicó el presidente, “un problema moral. Esto es tan antiguo como las Sagradas Escrituras y tan claro como la Constitución de los Estados Unidos.” Sin embargo, los obstáculos para la aprobación de leyes eficaces en materia de derechos civiles seguían siendo impresionantes.

Varios dirigentes negros estaban decididos a cambiar la realidad política en la que los miembros del Congreso tendrían que considerar la legislación de derechos civiles. Uno de ellos era A. Philip Randolph. El septuagenario Randolph fue quien organizó y dirigió durante varias décadas el sindicato de la Fraternidad de Mozos de Coches Dormitorio. Desde mucho tiempo atrás, un gran número de afroestadounidenses trabajaban como mozos en los coches de ferrocarril. Esos puestos figuraban entre los mejores que estaban a disposición de los negros en gran parte del país y Randolph, el líder de esos trabajadores, había surgido como una figura importante del movimiento obrero estadounidense.

Ya en 1941 el presidente Franklin D. Roosevelt había intentado fortalecer la producción de materiales para la defensa en previsión de la posible intervención de Estados Unidos en la Segunda Guerra Mundial. Randolph se enfrentó con Roosevelt y le exigió que pusiera fin a la segregación en las dependencias del gobierno federal y entre los contratistas de la defensa. Randolph agregó que, en caso contrario, él organizaría una marcha de protesta masiva sobre Washington, D.C. Roosevelt no tardó en emitir una orden ejecutiva por la cual prohibió la discriminación en las industrias de la defensa y en las oficinas federales, y creó el Comité de Prácticas de Empleo Justas. La presión de Randolph influyó para que en 1948, después de la guerra, el presidente Harry S. Truman ordenara la integración racial en las fuerzas armadas del país.

Ahora, Randolph y su talentoso colaborador Bayard Rustin proyectaban una marcha similar con la esperanza de “encarnar en un solo acto las demandas de derechos humanos y las de carácter económico en todo el país.” Se formó entonces un grupo con los “Seis Grandes” líderes de los derechos civiles para organizar el acto. Entre ellos figuraban Randolph, King, Roy Wilkins (en representación de la Asociación Nacional para el Progreso de las Personas de Color), James Farmer (del Congreso para la Igualdad Racial), John Lewis (del Comité Coordinador Estudiantil por la No Violencia) y Whitney Young Jr. (de la Liga Urbana). Ellos convinieron en una fecha: el 28 de agosto de 1963, y un lugar para

realizar la concentración principal: el Monumento a Lincoln en Washington, D.C.

La “marcha sobre Washington por los empleos y la libertad” sería la manifestación política más numerosa que se haya realizado en la nación. Participantes de todo el país fueron transportados en autobuses y ferrocarriles fletados. Un cuarto de millón de estadounidenses o más, según algunos cálculos, se reunieron ese día y entre ellos había por lo menos 50.000 blancos. En la lista de oradores figuró un conjunto estelar de paladines de los derechos civiles, dirigentes religiosos cristianos y judíos, líderes obreros y artistas del espectáculo. El himno nacional fue cantado por la contralto negra Marian Anderson, la cual se ya se había presentado en el Monumento a Lincoln en 1939 cuando no se le dio permiso de actuar en el Constitution Hall de Washington. Todo el grupo de Los Seis Grandes habló ante la multitud aquel día, con excepción de Farmer, quien había sido arrestado durante una protesta en Luisiana.

El momento más memorable estuvo a cargo de King. Considerado por muchos como la más hermosa oración que haya pronunciado jamás un estadounidense, el discurso “Tengo un sueño” de King incluyó temas tomados de la Biblia y de textos tan típicamente estadounidenses como la Constitución, la Declaración de Independencia y el Discurso de Abraham Lincoln en Gettysburg. King organizó sus comentarios con el estilo y la estructura de un sermón como los que había pronunciado en el servicio religioso muchos domingos por la mañana.

El discurso comenzó relacionando la causa de los derechos civiles con promesas anteriores no cumplidas. La Proclama de la Emancipación de Lincoln, dijo King, les pareció a los esclavos liberados como “un feliz amanecer que ponía fin a la larga noche de su cautiverio.” No obstante, 100 años después, prosiguió, “los negros ... se encuentran en el exilio en su propia tierra.” Cuando los fundadores de la nación escribieron la Declaración de Independencia y la Constitución, “firmaron un pagaré cuyos beneficiarios son todos los estadounidenses. Esos documentos representaban la promesa de que todas las personas, sí, tanto los negros como los blancos, tendrían garantizados los “derechos inalienables a la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad.”



Los “Seis Grandes” se reunieron en Nueva York para planear la Marcha sobre Washington. De izq. a dcha.: John Lewis, Whitney Young, A. Philip Randolph, Martin Luther King Jr., James Farmer y Roy Wilkins.

Estados Unidos no había dado cumplimiento a esa promesa de pago, prosiguió King, por lo menos en lo que se refiere a sus ciudadanos de color.

Nos negamos a creer que el banco de la justicia esté en quiebra. Nos resistimos a creer que no haya fondos suficientes en las grandes bóvedas de las oportunidades que ofrece esta nación. Por eso hemos venido a cobrar este cheque, un cheque cuya presentación nos dará las riquezas de la libertad y la seguridad de la justicia.

“No habrá reposo ni tranquilidad en Estados Unidos mientras no se garanticen los derechos de ciudadanía para los negros”, advirtió King, pero también señaló que

en el proceso de conquistar el lugar que nos corresponde, no debemos hacernos culpables de actos injustos. No tratemos de satisfacer nuestra sed de libertad bebiendo en la copa de la amargura y el odio. Debemos conducir siempre nuestra lucha en un plano elevado de dignidad y disciplina. No hemos de permitir que nuestra protesta creativa degenere en la violencia física.

Hay quienes creen que King habló extemporáneamente al presentar la parte de su discurso referente al “sueño”. La famosa cantante de *gospel* Mahalia Jackson estaba en el escenario cuando habló King y se dirigió a él durante el discurso para decirle: “Hábales del sueño, Martin”. Entonces él lo hizo.

... y así, aunque nos enfrentamos a las dificultades de hoy y de mañana, todavía tengo un sueño. Es un sueño hondamente arraigado en el sueño estadounidense.

Tengo el sueño de que un día esta nación se levantará y vivirá el verdadero significado de su credo: “Sostenemos que esas verdades son manifiestas, que todos los hombres han sido creados iguales.”

Tengo el sueño de que un día, en las rojas colinas de Georgia, los hijos de los ex esclavos y los hijos de los que fueron amos de esclavos se podrán sentar juntos a la mesa de la fraternidad.

Tengo el sueño de que un día hasta el estado de Mississippi, un estado sofocado por el calor de la injusticia, sofocado por el calor de la opresión, se habrá de transformar en un oasis de libertad y justicia.

Tengo el sueño de que mis cuatro hijos pequeños vivirán un día en una nación donde no serán juzgados por el color de su piel sino por las cualidades de su carácter.

¡Hoy tengo un sueño!

Cuando las palabras y las imágenes de los sucesos de aquel día se difundieron en todo el país y en el mundo entero, el impulso para lograr un cambio real se intensificó. Sin embargo, aún sería necesario librar otras batallas y la victoria, aunque más cercana, se hallaba todavía a la distancia.

“¡Hoy tengo un sueño!” Martin Luther King habla en la manifestación política más numerosa que se haya visto en el país. Para muchos, su discurso de 1963 es el mejor que ha sido pronunciado por un estadounidense.



ROSA PARKS:

MADRE DEL MOVIMIENTO DE DERECHOS CIVILES

Rosa McCauley Parks es conocida hoy como “la madre del movimiento de derechos civiles” porque su arresto cuando se negó a ceder el asiento en un autobús desencadenó el trascendental boicot a los autobuses en Montgomery, Alabama. Cuando ella salió del lugar donde trabajaba como costurera para abordar un autobús, aquella tarde del 1 de diciembre de 1955, no se proponía pasar a la historia. Estaba cansada y sólo quería llegar a su casa. Sin embargo, cuando el conductor del autobús le pidió que pasara al fondo del vehículo para que un hombre blanco ocupara su asiento, ella no estuvo dispuesta a hacerlo.

“No subí al autobús con la intención de ser arrestada”, diría más tarde. “Subí al autobús con la intención de ir a mi casa.”

Aun cuando no sabía que su actitud pondría en movimiento un boicot de 381 días contra los autobuses, sí sabía una cosa: que su propio boicot personal a los autobuses había empezado ese día.

“Yo sabía que, por mi parte, jamás volvería a viajar en un autobús segregado.”

El arresto y el breve encarcelamiento de Rosa Parks, una mujer muy respetada en la comunidad negra, y el boicot que se produjo después desembocaron en una decisión de la Corte Suprema de la nación por la cual se proscribió la segregación en los autobuses urbanos. El boicot dio lugar también a que un



Arriba: Rosa Parks sentada en la parte del frente del autobús, después de que la Corte Suprema de la nación declaró inconstitucional la política de asientos segregados que prevalecía en el sistema de autobuses de Montgomery, Alabama. La negativa de Parker a ceder su asiento a un hombre blanco en diciembre de 1955 inició la carrera de Martin Luther King Jr. como defensor de los derechos civiles. Dcha.: Rosa Parks es sometida al registro de huellas digitales después de su arresto.



joven ministro religioso poco conocido, llamado Martin Luther King Jr., adquiriera importancia nacional. Bajo su liderazgo, el boicot estableció una pauta para la protesta no violenta, basada en la comunidad, que llegó a ser una estrategia exitosa en el movimiento de derechos civiles.

En la vida de Rosa Parks hubo muchas fuerzas que ayudaron a forjar su silencioso activismo. Nació el 4 de febrero de 1913 en Tuskegee, Alabama, y su nombre de soltera era Rosa Louise McCauley. Su infancia transcurrió en torno de un templo pequeño del cual su tío era pastor. Allí desarrolló la firmeza de su fe y un sentido de orgullo racial. En etapas ulteriores de su vida, Parks refería con orgullo que la Iglesia Episcopal Metodista Africana había sido por generaciones una vigorosa defensora de la igualdad para los negros.

Otra influencia poderosa sobre ella fueron sus abuelos, sobre todo el abuelo. Al temor de toda la familia a la violenta y racista sociedad secreta conocida como el Ku Klux Klan, él respondió teniendo siempre cerca una escopeta de doble cañón cargada. Aunque la posibilidad muy real de la violencia del Klan nunca se materializó para su familia inmediata, la desafiante actitud de su abuelo ayudó a moldear el pensamiento de la niña.

Cuando cumplió 11 años, Rosa fue enviada a una escuela para niñas en Montgomery en la que todas las alumnas eran negras y todos los maestros eran blancos. En la escuela, Parks aprendió “a creer que éramos capaces de lograr todo lo que quisiéramos en la vida.” Gracias a sus maestros, aprendió también que no todos los blancos eran intolerantes.

Allí fue donde conoció a Johnnie Carr y las dos niñas iniciaron una amistad que duraría toda la vida. Carr comentó acerca de la infancia de su amiga: “Yo era bulliciosa y parlanchina, pero ella era muy callada y nunca se metía en dificultades. Siempre ponía toda su voluntad en lo que hacía. Pero era tan tranquila que nadie se habría imaginado que alguna vez sería arrestada.”

Parks quería ser maestra, pero tuvo que abandonar sus estudios para atender a su madre enferma. (Tiempo después, recibió su certificado de enseñanza media). Cuando tenía 18 años se enamoró del barbero Raymond Parks y más tarde se casaron. Durante algunos años de la Segunda Guerra Mundial, trabajó en el Maxwell Field (que hoy es la Base Maxwell de la Fuerza Aérea) en Montgomery. Más tarde atribuiría su indignación por el sistema de transportes segregados de Montgomery al contraste entre éste y el ambiente integrado al que se habituó en los transportes de la base.



Rosa Parks a los 84 años de edad muestra un programa de la ceremonia de dedicación de la Escuela Elemental Rosa Parks en San Francisco, California.

Después del éxito obtenido al final del boicot a los autobuses en 1956, Parks siguió trabajando por los derechos humanos. En varias ocasiones colaboró con King y respaldó sus campañas. Al año siguiente, Parks se trasladó al norte, a Detroit, Michigan, donde trabajó bajo las órdenes del congresista John Conyers, quien a menudo decía en broma que, en su oficina, su asistente de personal recibía más visitas que él.

Parks fue elevada al Salón Nacional de la Fama para Mujeres en 1993. El presidente Bill Clinton le entregó el Premio de la Medalla de la Libertad en 1966 y la Medalla de Oro del Congreso en 1999. La Conferencia del Liderazgo Cristiano del Sur instituyó la preseña anual Premio Rosa Parks de la Libertad.

A raíz de su muerte el 24 de octubre de 2005, el Congreso aprobó una resolución por la cual sus restos fueron llevados con honores a la rotonda del Capitolio nacional. Ella fue la trigésima primera persona, la primera mujer y la segunda persona de raza negra a quien se otorgó ese honor desde que fue instituido en 1852.

Rosa Parks siempre fue modesta en cuanto al papel que desempeñó en el movimiento de derechos civiles y atribuyó a un poder superior el hecho de que haya decidido no ceder su asiento. “Tuve la fortuna de recibir de manos de Dios la fortaleza que necesitaba en el momento preciso en que las condiciones eran adecuadas para el cambio. A Él le doy gracias todos los días por haberme concedido la fuerza necesaria para no ceder.”

Por **Kenneth M. Hare**

Hare es director de la página editorial de *The Montgomery (Alabama) Advertiser* y autor de *They Walked to Freedom 1955–1956: The Story of the Montgomery Bus Boycott*.

TRABAJADORES DE LOS DERECHOS CIVILES: LA MUERTE EN MISSISSIPPI

Los asesinatos de los trabajadores de los derechos civiles James Chaney, Andrew Goodman y Michael Schwerner por una conspiración de policías y miembros del Ku Klux Klan en Mississippi, el 21 de junio de 1964, fue uno de los acontecimientos decisivos para el movimiento de derechos civiles. Debido a que dos de las víctimas eran blancos —y su desaparición desconcertó a los investigadores durante casi todo el verano de 1964—, el caso se convirtió en una preocupación nacional y atrajo la atención de la Oficina Federal de Investigaciones (FBI) y de la prensa mundial hacia la minúscula ciudad de Filadelfia, Mississippi, donde los jóvenes habían desaparecido.

Mississippi era un estado históricamente conservador en el que los blancos ejercían un alto grado de control sobre la población negra mayoritaria; a lo largo de los años se había desarrollado una actitud de intensa desconfianza hacia los extraños o cualquiera que amenazara perturbar “el estilo de vida sureño” que implicaba la segregación de las personas negras y la negación de muchos de sus derechos básicos. Ya en 1961, algunos trabajadores de los derechos civiles habían hecho de Mississippi el blanco de sus campañas para fomentar la expansión del derecho de voto, en virtud de que a pocos negros se les permitía votar en aquel ambiente de represión. Sin embargo, el registro de electores era una labor difícil y los voluntarios que la realizaban

estaban expuestos a frecuentes palizas y arrestos.

Por el temor de que el resto del país no comprendiera a fondo la importancia de esos sucesos, el movimiento de derechos civiles trazó un plan para crear el Proyecto de Verano de Mississippi, que después sería conocido como el Verano de la Libertad, en el cual 1000 estudiantes universitarios nortños, blancos en su mayoría, se congregaron en el estado para colaborar en el registro de votantes y, con su presencia, dar a conocer mejor la situación que imperaba en Mississippi. Ante la perspectiva de semejante “invasión”, la resistencia local se endureció; los beligerantes dirigentes estatales se comprometieron a oponerse y se volvió a activar el Ku Klux Klan, un grupo parapolicial blanco que a lo largo de la historia había recurrido a la violencia y la intimidación para imponer las costumbres racistas de la región.

El primer día del Verano de la Libertad, 21 de junio, los tres trabajadores de los derechos civiles —Chaney, un negro de 21 años perteneciente a la comunidad local de Mississippi; Goodman, un estudiante universitario neoyorquino de 20 años; y Schwerner, un trabajador social del Lower East Side de Nueva York que a los 24 años ya era un activista veterano— se trasladaron al remoto caserío negro de Longdale para investigar un asalto reciente del Klan. Ellos ya habían visitado antes el lugar con la esperanza de impartir una clase a fin de enseñar a los negros cómo registrarse para votar.

MISSING CALL FB

THE FBI IS SEEKING INFORMATION CONCERNING THE DISAPPEARANCE AT PHILADELPHIA, MISSISSIPPI, OF THESE THREE INDIVIDUALS ON JUNE 21, 1964. EXTENSIVE INVESTIGATION IS BEING CONDUCTED TO LOCATE GOODMAN, CHANEY, AND SCHWERNER, WHO ARE DESCRIBED AS FOLLOWS.

ANDREW GOODMAN	JAMES EARL CHANEY	MICHAEL HENRY SCHWERNER
<p>NAME: White</p> <p>SEX: Male</p> <p>DOB: November 21, 1943</p> <p>POB: New York City</p> <p>AGE: 20 years</p> <p>HEIGHT: 5'10"</p> <p>WEIGHT: 150 pounds</p> <p>HAIR: Dark brown, wavy</p> <p>EYES: Brown</p> <p>HAIR: Good, wavy styling</p> <p>SCARS AND MARKS: 1 scar on right elbow above left eye</p>	<p>NAME: Black</p> <p>SEX: Male</p> <p>DOB: May 28, 1943</p> <p>POB: Meridian, Mississippi</p> <p>AGE: 21 years</p> <p>HEIGHT: 5'7"</p> <p>WEIGHT: 135 to 140 pounds</p> <p>HAIR: Black</p> <p>EYES: Brown</p>	<p>NAME: White</p> <p>SEX: Male</p> <p>DOB: November 6, 1939</p> <p>POB: New York City</p> <p>AGE: 24 years</p> <p>HEIGHT: 5'7" to 5'8"</p> <p>WEIGHT: 170 to 180 pounds</p> <p>HAIR: Brown</p> <p>EYES: Light blue</p> <p>SCARS AND MARKS: Pits on both sides of forehead. Right ear to bridge of nose, approximately 1/2", brown leg scar.</p>

SHOULD YOU HAVE OR IN THE FUTURE RECEIVE ANY INFORMATION CONCERNING THE WHEREABOUTS OF THESE INDIVIDUALS, YOU ARE REQUESTED TO NOTIFY ME OR THE NEAREST OFFICE OF THE FBI. TELEPHONE NUMBER IS LISTED BELOW.

June 29, 1964

DIRECTOR
FEDERAL BUREAU OF INVESTIGATION
UNITED STATES DEPARTMENT OF JUSTICE
WASHINGTON, D. C. 20535
TELEPHONE, NATIONAL 87117

Después de 44 días de búsqueda, el FBI descubrió en Mississippi los cuerpos de los trabajadores de los derechos civiles asesinados Andrew Goodman, James Early Chaney y Michael Henry Schwerner.

Después de reunirse con sus contactos en el lugar y visitar las ruinas calcinadas de un templo incendiado por el Klan, los jóvenes avanzaban en dirección oeste hacia el distrito electoral del condado de Filadelfia cuando el ayudante de sheriff Cecil Ray Price los detuvo por exceso de velocidad, los arrestó y los condujo a la cárcel del condado

de Neshoba. A pesar de su desconfianza natural por la policía local, los trabajadores de los derechos civiles no opusieron resistencia. Como todos los miembros de su movimiento, ellos creían en el poder de la no violencia y la no confrontación para alcanzar la meta de la igualdad racial. No podían saber que Price formaba parte de una conspiración del



En 2005, 41 años después de la muerte de Goodman, Chaney y Schwerner, Edgar Ray Killen fue declarado culpable de esos asesinatos.

Klan para retenerlos en la cárcel mientras la turba se reunía.

Más tarde, esa misma noche, el ayudante del sheriff liberó a los tres muchachos, éstos regresaron de inmediato a su automóvil y reanudaron la marcha hacia Meridian, donde se encontraba su base, a media hora de camino hacia el sur. Sin embargo, en la oscuridad de aquella carretera rural, una partida de vehículos del Klan, entre ellos el del ayudante Price, persiguieron y alcanzaron a los trabajadores de los derechos civiles. Los miembros del Klan los obligaron a detenerse en un paraje solitario cercano, los sacaron del vehículo, los mataron a balazos y ocultaron sus cuerpos en una presa de tierra que estaba en construcción en una finca lechera vecina.

Entonces el presidente Lyndon Johnson envió agentes del FBI que recorrieron el estado en una búsqueda que duró 44 días. El mundo leyó reportajes sobre aquel misterio du-

rante todo el verano, mientras las autoridades de Mississippi se negaban incluso a investigar el caso, aduciendo que la desaparición de esos hombres era probablemente una patraña. El 4 de agosto, cuando el FBI encontró por fin los cadáveres de los trabajadores de los derechos civiles, un clamor nacional exigió que los responsables de un crimen tan atroz fueran aprehendidos y castigados.

En el sistema de justicia de Estados Unidos, los asesinatos suelen ser juzgados según la ley estatal, en los tribunales del estado donde se cometió el delito. Cuando Mississippi se negó a presentar cargos de asesinato, el gobierno federal buscó otras opciones. Desde la década de 1940, Washington había intentado inútilmente someter a juicio a las turbas que perpetraban linchamientos en el Sur, bajo las antiguas leyes de derechos civiles de la época de la Reconstrucción. Aunque nunca había logrado hacerlo, el Departamento de Justicia

decidió intentar otra vez. A principios de diciembre de 1964, el FBI arrestó a 21 hombres involucrados en el caso —miembros del Klan y varios funcionarios de la policía local, entre ellos el sheriff del condado de Neshoba y su ayudante— y los acusó de conspiración para violar los derechos civiles de los tres activistas. Fue necesario que los acusadores llegaran hasta la Corte Suprema de la nación para que esas leyes fueran aclaradas y se autorizara su uso en ese caso. Pese a todo, en 1967, en un veredicto que hizo época, un jurado federal de personas de Mississippi declararon culpables a siete de los acusados y el tribunal federal les dictó sentencia hasta por 10 años de prisión.

Los asesinatos de Chaney, Goodman y Schwerner resultaron ser el punto de quiebre para vencer la obstinada resistencia de “la fortaleza de Mississippi”. Aun cuando algunos trabajadores de los derechos civiles lamentaron que hubiera sido necesario que murieran hombres blancos para que el escrutinio nacional llegara por fin a Mississippi, la intensa reacción nacional ayudó a vencer de una vez por todas las despiadadas formas de discriminación racial que imperaban en ese lugar. En la actualidad, los ciudadanos negros de Mississippi votan en grandes números, ocupan escaños en la legislatura estatal y han representado a su estado en el Congreso de la nación.

En los decenios siguientes a 1964, muchas personas de Mississippi sintieron vergüenza por la conducta de las autoridades de su estado en la época de los derechos civiles y las exhortaron a aceptar que la forma en que condujeron el asunto fue incorrecta. El 21 de junio de 2005, al cumplirse 41 años del día que los tres jóvenes desaparecieron, un tribunal estatal de Mississippi condenó por homicidio premeditado a Edgar Ray Killen, uno de los miembros del Klan que organizaron la conspiración, que por mucho tiempo había permanecido impune. Estadounidenses de todas las razas y etnias celebraron el hecho como una victoria simbólica de la justicia y la resolución parcial de un crimen que había obsesionado largamente a la nación

Por **Philip Dray**

Además de autor de *Capitol Men: The Epic Story of Reconstruction Through the Lives of the First Black Congressmen*, Dray es también coautor, con Seth Cagin, de *We Are Not Afraid: The Story of Goodman, Schwerner and Chaney, and the Civil Rights Campaign for Mississippi*.

MEDGAR EVERS:

MÁRTIR DEL MOVIMIENTO EN MISSISSIPPI

Medgar Evers, jefe de la Asociación Nacional para el Progreso de las Personas de Color (NAACP) en Mississippi, era un dirigente dinámico que fue asesinado en 1963. Su pérdida a los 37 años de edad fue un trágico revés para el movimiento de derechos civiles, pero suscitó mayores protestas y atrajo el interés solidario del gobierno federal para su causa.

Nacido en el Mississippi rural en 1925, Evers prestó servicio en Europa con las fuerzas armadas de Estados Unidos en la Segunda Guerra Mundial y a su regreso al país estudió en Alcorn College (una institución históricamente negra establecida cerca de Lorman, Mississippi), donde sobresalió como estudiante y como atleta. Allí conoció a Myrlie, su futura esposa; la pareja contrajo matrimonio en 1951.

Evers gozó de la protección de T.R.M. Howard, un médico y hombre de negocios negro que fundó una agencia de seguros y una clínica en el Delta del Mississippi. Howard fundó también el Consejo Regional del Liderazgo Negro de Mississippi, una organización de derechos civiles que usó una estrategia de “arriba abajo”, alentando a profesionales y clérigos afroestadounidenses distinguidos a promover entre la población negra en general la superación personal, la adquisición de empresas y, a la postre, la demanda de derechos civiles.

Evers estaba decidido a lograr que las libertades por las que había luchado en otros lugares se establecieran en



Medgar Evers en 1963. Sería asesinado en ese mismo año.

su país. Pronto se distinguió como uno de los activistas más eficientes del Consejo Regional de Mississippi. Igual que su mentor, él mezcló los negocios con las campañas de derechos civiles, trabajando como vendedor de la compañía de seguros Magnolia Mutual Life de Howard mientras organizaba secciones locales de la NAACP y boicots a las estaciones de gasolina que negaban a los negros el acceso a sus instalaciones sanitarias. (“No compres gasolina donde no puedas usar el cuarto de baño” era la leyenda de algunas de sus calcomanías para vehículos.)

En 1954, Evers desafió la orden segregacionista y solicitó su ingreso a la facultad de derecho de la Universidad de Mississippi, exclusiva para blancos, conocida como “la

querida Miss.” Evers fue rechazado, pero su intento le ganó la admiración del Fondo de Defensa Legal de la NAACP y más tarde fue nombrado primer secretario de campaña de la organización en Mississippi, una asignación peligrosa y solitaria.

“Puede parecer extraño, pero me gusta el Sur”, dijo Evers en una ocasión. “No desearía vivir en ningún otro sitio. Aquí hay tierras donde puedes criar ganado y yo lo haré algún día. Hay lagos donde puedes arrojar un anzuelo para pescar un róbalo. Aquí hay espacio para que mis hijos jueguen, crezcan y lleguen a ser buenos ciudadanos ... si los blancos lo permiten.”

Sin embargo, en aquel momento la cooperación de los blancos parecía ser muy dudosa. Dos de los linchamientos

más infames de la época moderna en Estados Unidos tuvieron lugar en Mississippi en esos años: el asesinato de Emmett Till, de 14 años, y el linchamiento de Mack Charles Parker en Poplarville en 1959. Evers colaboró en la investigación del asesinato de Till, un caso que atrajo la atención de todo el país. A pesar de que había claras pruebas de la culpabilidad de los acusados, un jurado de varones blancos deliberó sólo 67 minutos y los absolvió. Uno de los jurados confesó más tarde que el grupo hizo una pausa para beber refrescos y prolongar las deliberaciones más de una hora “para cubrir las apariencias”. (En mayo de 2004, el Departamento de Justicia reabrió la investigación de los asesinatos, diciendo que el resultado del juicio de 1955 había sido “un fallo injusto y grotesco”. No obstante, como muchos posibles testigos habían muerto mucho tiempo atrás y las pruebas estaban dispersas, un gran jurado se negó a acusar al último sospechoso sobreviviente.)

El veredicto de la Corte Suprema en el caso *Brown vs. Junta de Educación* y su orden de integrar las escuelas públicas de la nación provocaron una severa reacción en Mississippi. Grupos blancos locales conocidos como Consejos de Ciudadanos, se comprometieron a oponerse a la integración a toda costa. Evers, a quien se negó la admisión a la Universidad de Mississippi, colaboró con otros negros que aspiraban a inscribirse en ella. En 1962, el veterano de la Fuerza Aérea



Myrlie Evers habla en un mitin en la Universidad Howard después de que su esposo, Medgar Evers, fue asesinado. Myrlie Evers surgiría como una prominente activista de los derechos civiles y más tarde sería presidenta de la NAACP.

James Meredith fue admitido en esa institución por orden directa de Hugo Black, un ministro de la Corte Suprema de la nación. Las autoridades del estado se negaron a acatar la orden y sólo después de una noche de disturbios callejeros en los que dos personas resultaron muertas y hubo centenares de heridos, Meredith pudo estudiar en esa institución.

Al ver que sus esfuerzos a favor de Meredith intensificaron el odio segregacionista en su contra, Evers inició una serie de boicots, sentadas y protestas en Jackson, la ciudad más grande de Mississippi. A veces, la magnitud de los empeños de Evers suscitó preocupaciones hasta en la NAACP. En la primavera de 1963, mientras Martin Luther King Jr. realizaba una campaña de gran relevancia por los derechos civiles en Birmingham, Alabama, Evers intensificó su movimiento en Jackson, exigiendo la contratación de policías negros, la creación de un comité de negros y blancos, la integración de los restaurantes del centro de la ciudad y que los blancos emplearan títulos de cortesía (señor, señora, señorita) al di-

rigirse a clientes negros en los establecimientos comerciales.

La reacción de las autoridades de la ciudad no presagiaba nada bueno. Sus trabajadores erigieron cercas en los predios cercanos de la Feria Estatal de Mississippi para contener a miles de manifestantes, lo cual fue una siniestra advertencia para los que se aprestaban a protestar. Evers y sus partidarios no se amilanaron y decidieron luchar. Los negros de la localidad, entre ellos muchos niños, participaron en las concentraciones, las marchas y los boicots a tiendas, y se unieron a los piquetes de protesta. Esas manifestaciones fueron la culminación de los largos años de trabajo de Evers en defensa de los derechos civiles. Un momento relevante fue cuando él se presentó en la televisión local para explicar los objetivos del movimiento. Los blancos no estaban acostumbrados a ver a una persona negra en televisión, sobre todo si ésta exponía su caso con sus propias palabras, y esto enfureció a muchos.

No tardaron en producirse atentados contra la vida de Evers. Una bomba fue arrojada a su garaje y un vehículo estuvo a punto de atropellarlo. Cuando Evers regresaba a su casa la noche del 12 de junio de 1963, cayó en una emboscada y lo mataron de un tiro al bajar de su automóvil. Murió frente a la puerta de su casa.

El asesinato de un líder tan popular enfureció a la comunidad negra. Durante varios días hubo muchos enfrentamientos con la policía en el centro de Jackson. Hasta los blancos que gobernaban la ciudad se sintieron impresionados por la muerte de Evers porque, aunque era un agitador, se había convertido en una presencia familiar por lo menos. Los miembros del consejo municipal de la ciudad hicieron la insólita concesión de permitir una marcha silenciosa en honor del personaje cuando líderes de los derechos humanos llegaron de todos los confines de la nación a rendirle tributo. Fue sepultado en el Cementerio Nacional de Arlington en Washington, D.C. con todos los honores militares. Charles, el hermano de Medgar, asumió algunas de sus funciones en la campaña en Jackson y su viuda Myrlie llegó a ser una activista muy conocida y presidenta de la NAACP entre 1995 y 1998.

El destino de Medgar Evers fue tener su nombre vinculado a uno de los procesos jurídicos más frustrantes de la época de los derechos civiles. Su asesino, un supremacista blanco llamado Byron De La Beckwith, descendiente de una

antigua familia de Mississippi, fue llevado a juicio dos veces en la década de 1960, pero en ambos casos fue absuelto por jurados blancos. No fue sino hasta 1994, tres decenios después de que Evers encabezara a sus conciudadanos de Mississippi en una cruzada contra el fanatismo y la intolerancia, cuando Beckwith fue declarado culpable y sentenciado a cadena perpetua. Murió en la cárcel en 2001.

A fin de cuentas Evers triunfó, aun después de muerto. El año en el que fue asesinado, sólo 28.000 ciudadanos negros de Mississippi habían logrado obtener su registro para votar. En 1971, su número había aumentado a más de un cuarto de millón y en 1982 llegó a medio millón. En 2006, Mississippi fue el estado del país donde se registró el mayor número de funcionarios elegidos negros, entre los cuales figuraba la cuarta parte de su delegación en la Cámara de Representantes de la nación y cerca del 27 por ciento de su legislatura estatal.

Por Philip Dray

Además de autor de *Capitol Men: The Epic Story of Reconstruction Through the Lives of the First Black Congressmen*, Dray es también coautor, con Seth Cagin, de *We Are Not Afraid: The Story of Goodman, Schwerner and Chaney, and the Civil Rights Campaign for Mississippi*.

“ESTO NO PUEDE CONTINUAR”

SE INSTAURA LA IGUALDAD ANTE LA LEY



El movimiento de derechos civiles dirigido por Martin Luther King y otros fue el catalizador sin el cual no habría sido posible la aprobación de dos nuevas leyes cuya importancia no tiene igual. La Ley de Derechos Civiles de 1964 y la Ley de los Derechos del Votante de 1965 habrían de establecer firmemente, al fin, la igualdad jurídica de los afroestadounidenses. Fueron promulgadas, en parte, gracias a una transformación estructural de la política estadounidense en la que se produjo el inesperado ascenso de un poderoso presidente sureño, partidario de los derechos civiles, que ayudó a superar las fuerzas que hasta entonces habían obstruido la legislación en esa materia. El respaldo para esas leyes provino sobre todo del creciente electorado político favorable al cambio: los millones de estadounidenses que estaban horrorizados por los actos que los segregacionistas del Sur estaban perpetrando.



Cambios en la política

Desde que la Reconstrucción intentada después de la Guerra Civil fracasó en su empeño de garantizar los derechos civiles

De arriba abajo: El reverendo Hosea Williams habla a la multitud en un mitin para el registro de votantes en Selma, Alabama, en 1965. 1966: Ahora que la Ley de los Derechos del Votante ha sido promulgada, los afroestadounidenses de Alabama hacen cola para registrarse como electores.

de los negros en el sur del país, dos grandes obstáculos habían malogrado los intentos legislativos para acabar con el racismo a nivel nacional: el sistema de partidos políticos y los reglamentos del Congreso de la nación. Cuando Estados Unidos adquirió vastos territorios en los que la esclavitud podía prosperar (como California y gran parte de lo que es hoy el sureste del país) en la Guerra contra México en 1846-1848, los partidos políticos formularon sus posiciones, cada vez más, dentro de estrictas líneas sectoriales: los demócratas favorecían al Sur y la expansión de la esclavitud; los *whigs* y más tarde los republicanos favorecían al Norte y se oponían a que la esclavitud se propagara a los territorios recién adquiridos, llegando con frecuencia a la conclusión de que la abolición total de esa práctica era sólo cuestión de tiempo. Tanto los *whigs* como los republicanos de esa época eran partidarios de usar en forma dinámica el poder federal para fomentar el desarrollo económico. Los sureños y los demócratas —por temor a una intervención federal contra la esclavitud— apoyaban la supremacía de los estados soberanos frente a un gobierno federal restringido a sólo las facultades que la Constitución le confería específicamente. Este concepto de los “derechos de los estados” está muy arraigado en la historia estadounidense. Sin embargo, a principios del siglo XIX se mezcló con los temas de la esclavitud, la segregación y los derechos civiles.

Esta situación persistió después de la Guerra Civil. Como hemos visto, los republicanos radicales de la posguerra presionaban por una Reconstrucción que garantizara los derechos de los afroestadounidenses. Después de la Reconstrucción, el “Partido de Lincoln” —los republicanos— siguió gozando del apoyo de la mayoría de los negros. Entre tanto, el Partido Demócrata evolucionó como una alianza de segregacionistas sureños y residentes urbanos del Norte que solían ser inmigrantes y trabajadores industriales. A medida que avanzó el siglo XX, el ala nortea del partido se tornó más liberal en el aspecto político y, con las medidas económicas del Nuevo Trato del presidente Franklin D. Roosevelt, empezó a aceptar más al poder federal en general. Los demócratas liberales del Norte se irritaban a menudo por el racismo sureño, pero su partido no podía competir en el plano nacional sin el apoyo de una “base sólida en el Sur”.

Las reglas del Senado de la república fueron otro obstáculo formidable para la legislación sobre derechos civiles. Aun cuando bastaba una mayoría simple para aprobar un proyecto, cualquier senador podía obstruir la votación con el sencillo recurso de negarse a ceder la palabra y a abandonar la tribuna. En ese momento, el voto mayoritario de dos tercios de los senadores podía “poner fin” al debate. Por lo tanto, en términos prácticos, ninguna legislación importante podía ser aprobada en el Senado sin el apoyo de dos terceras partes de sus miembros. Esto significaba que los senadores sureños, elegidos en estados donde se acostumbraba privar a los negros del derecho de voto, podían obstruir los proyectos legislativos sobre derechos civiles, y así lo hacían.

Los embates filibusteros contra los derechos civiles —según el mote que se dio a esos interminables discursos senatoriales— obstruyeron muchos proyectos legislativos a lo largo de los años. En 1946, una andanada filibustera que duró semanas enteras malogró un proyecto legislativo que gozaba del apoyo de la mayoría y que habría impedido la discriminación en los centros de trabajo. Strom Thurmond (que entonces era senador demócrata

por Carolina del Sur) mantuvo un embate filibustero durante 24 horas y 18 minutos en un infructuoso intento de obstruir la muy moderada Ley de Derechos Civiles de 1957.

Pese a todo, la constelación de las fuerzas políticas iba cambiando lentamente y esos cambios habrían de ser útiles para el movimiento de derechos civiles. El voto negro había cobrado más importancia, por lo menos en el Norte. Durante la mayor parte de la historia de la nación, la abrumadora mayoría de los afroestadounidenses residieron en el Sur. En la primera mitad del siglo XX, muchos de ellos empezaron a salir del Sur para instalarse en Chicago y otras ciudades norteañas. Se calcula que en esa “gran migración,” 6 millones de negros se trasladaron al Norte. Aquella región no estaba libre de prejuicios raciales, pero los negros podían votar y su atractivo electoral para los políticos ambiciosos fue cada día mayor.

En 1960, el candidato demócrata a la presidencia, el senador John F. Kennedy, se propuso acrecentar su participación en el voto históricamente republicano de los afroestadounidenses. Cuando Martin Luther King Jr. fue encarcelado después de la protesta en Atlanta, Kennedy telefoneó a la esposa del líder, Coretta Scott King, para expresar su solidaridad e incluso su hermano, el futuro ministro de Justicia Robert F. Kennedy, hizo gestiones para lograr la liberación de King. Libre bajo caución, King reconoció su “gran deuda de gratitud con el senador Kennedy y su familia.” Se calcula que Kennedy obtuvo el 70 por ciento del voto afroestadounidense en la reñida elección en la que se impuso al vicepresidente republicano, Richard M. Nixon, por menos del 1 por ciento del voto popular.

Pese a las discrepancias entre los historiadores acerca del expediente del gobierno de Kennedy en materia de derechos civiles, no es injusto afirmar que fue mejor que el de sus antecesores en el siglo XX, aunque no tan vigoroso como los activistas de los derechos civiles habrían deseado. John y Robert Kennedy instaron muchas veces a King a no presionar demasiado. No obstante, cuando éste proseguía su lucha, los Kennedy generalmente lo apoyaban.

Como ya se dijo, el presidente Kennedy presentó una amplia legislación sobre derechos civiles en la secuela de los acontecimientos ocurridos en Birmingham. Con el asesinato de Kennedy en noviembre de 1963, la responsabilidad de llevar adelante esa legislación recayó en su vicepresidente y sucesor, Lyndon Johnson.

Lyndon Baines Johnson

El nuevo presidente tenía a su favor dos factores muy importantes: una personalidad singularmente fuerte y un conocimiento de los procedimientos y los personajes del Congreso de la nación que quizá no ha tenido igual en la historia de Estados Unidos. Entre 1954 y 1960, Johnson se había desempeñado, según lo comentó su biógrafo Robert Dallek, como “el más eficaz de los líderes de la mayoría en la historia del Senado.” A su dominio de las reglas y tradiciones senatoriales, a menudo oscuras, Johnson añadía lo que se podría describir como un intenso poder personal de persuasión. “Él podía avanzar como una gran marea,” comentó su vicepresidente, Hubert Humphrey. “Pasaba a través de las paredes. ... Se apoderaba por completo del recinto.”

La historiadora Doris Kearns Goodwin, que trabajó como becaria en la Casa Blanca con Johnson, recuerda la habilidad de éste para concentrar toda su energía y lograr que un senador obstinado accediera a dar el voto que él necesitaba. A ese procedimiento, la misma autora lo llamó “el tratamiento.” Marshall Frady, biógrafo de King, describió esa táctica como

... una forma feroz de persuasión que avanzaba como una especie de fuerza física envolvente paulatina: [Johnson] posaba un brazo gigantesco sobre el hombro del colega senador mientras con la otra mano le apretaba la solapa, luego le enderezaba el nudo de la corbata, le daba leves codazos y puñetazos muy suaves en el pecho y le picoteaba la camisa con el dedo índice. Johnson aproximaba su cara cada vez más a la del sujeto y sus exhortaciones eran más y más vehementes, hasta que el oyente arqueaba el cuerpo hacia atrás en forma de paréntesis.

Johnson nació en Texas y conocía a fondo las condiciones en las que los estadounidenses de origen africano y mexicano trabajaban. Como congresista y después senador de un estado del Sur, las realidades electorales lo obligaron a acallar algunas de sus opiniones progresistas sobre los derechos civiles y la igualdad racial. Pero cuando en forma inesperada fue elevado a la presidencia, Johnson usó todo el poder de sus habilidades políticas para conseguir la aprobación de leyes trascendentales en materia de derechos civiles.

El nuevo presidente le dijo a Richard Russell, un influyente senador de Georgia cuya oposición a la legislación sobre derechos civiles implicaba un obstáculo formidable: “No voy a tener reparos ni pienso aceptar compromisos. La voy a aprobar sin cambio alguno, Dick, y si te interpones en mi camino, tendré que derribarte. Quiero que lo sepas porque siento afecto por ti.”

La Ley de Derechos Civiles de 1964

Durante casi un siglo, muchos estados lograron evadir esta orden inequívoca contenida en la Decimacuarta Enmienda a la Constitución de Estados Unidos:

Ningún estado aprobará o hará cumplir ley alguna que restrinja los privilegios o inmunidades de los ciudadanos de Estados Unidos; ni ningún estado privará a persona alguna de su vida, su libertad o su propiedad sin el debido procedimiento legal; ni negará a nadie, dentro de su jurisdicción, la protección de las leyes en un plano de igualdad.

Varias decisiones judiciales, como la del caso *Brown vs. Junta de Educación* y las muchas otras obtenidas por Thurgood Marshall y la Asociación Nacional para el Progreso de las Personas de Color, establecieron al fin que el *gobierno*, incluidos los gobiernos de los estados del Sureste, no podía discriminar a los afroestadounidenses ni a persona alguna. Muchos activistas de los derechos civiles, como los viajeros por la libertad, arriesgaron la vida, pero por lo menos no había duda de que la ley estaba de su parte y quienes los atacaban incurrían en un delito.

No obstante, los dueños de las salas de cine o de los restaurantes de las tiendas de departamentos no eran el gobierno. Por consiguiente, el movimiento de derechos civiles se vio en la necesidad de luchar en una por una de las ciudades y en cada una de

esas empresas. Si bien es cierto que la valiente negativa de Rosa Parks a pasar al fondo del autobús condujo a la integración del transporte público en Montgomery, Alabama, se requerían cientos o aun miles de personas como Rosa Parks —y como Martin Luther King— para integrar por completo el Sur.

El hecho era que se requerían leyes que prohibieran los actos de discriminación del sector privado en sitios públicos. Esa ley representaría una ampliación espectacular de la autoridad federal. La Constitución del país explica lo que puede y lo que no puede hacer el gobierno federal —y las enmiendas posteriores a la Guerra Civil incluyen también a los gobiernos estatales—, pero no menciona los restaurantes de Woolworth.

A la postre, los partidarios de lo que se llegó a conocer como la Ley de Derechos Civiles de 1964 propondrían, y los tribunales terminarían por aceptar, que el Congreso tenía autoridad para prohibir la discriminación en los empleos, los alojamientos públicos y otros aspectos de la vida. Ellos mencionaron la disposición constitucional (Artículo I, Sección 8) que autoriza al Congreso “a regular el comercio ... entre los distintos estados.” A mediados del siglo XX, casi todas las transacciones económicas implicaban algún tipo de comercio interestatal si se las veía con suficiente atención. Por ejemplo, en el caso *Daniel vs. Paul* de 1969, la Corte Suprema rechazó el argumento de los “clubes de entretenimiento” discriminatorios que se consideraban exentos de la Ley de Derechos Civiles porque no realizaban actividades interestatales. La Corte averiguó lo siguiente: que la cafetería servía hamburguesas y perritos calientes contenidos en bollos y que “los principales ingredientes en la elaboración de ese pan eran producidos y procesados en otros estados.”

La presentación de la Ley de Derechos Civiles de 1964 del presidente Johnson suscitó una de las grandes luchas políticas del país. La ley prevaleció porque gran parte de la nación había observado claramente los actos de Bull Connor y no le agradó lo que vio. No obstante, para obtener la aprobación se requirieron también las formidables habilidades de Johnson. Todo el mundo sabía que la mayoría republicana y los demócratas del Norte apoyarían el proyecto legislativo, pero que Johnson tendría que construir una mayoría de dos tercios del Senado para imponerse a los inevitables ataques filibusteros de los demócratas del Sur.

El 8 de enero de 1964, en su primer discurso sobre el estado de la Unión, Johnson instó al Congreso a “hacer que esta sesión ... sea reconocida porque en ella se logró más a favor de los derechos civiles que en las cien sesiones anteriores juntas.” Los meses siguientes fueron de intensas investigaciones y debates en el Congreso en torno a esa ley. La Cámara de Representantes le dedicó más de 70 días de audiencias públicas, en las cuales cerca de 275 testigos ofrecieron casi 6.000 páginas de testimonios. Al final de ese proceso, la Cámara aprobó el proyecto de ley por 290 votos contra 130.

Los debates con los filibusteros se prolongaron 57 días, en los cuales el Senado prácticamente no atendió ningún otro asunto. Durante aquellos discursos (un senador pronunció un discurso de 1.500 páginas), el presidente Johnson sometió a muchos senadores al “tratamiento” y los más diversos grupos laborales, religiosos y de derechos civiles cabildaron para que se pusiera fin a los debates y se procediera a la votación final. Por último, el 10 de junio de 1964, el Senado decidió concluir los debates, por votación de 71 contra



29, y aquella fue la primera ocasión en que se logró poner fin a las discusiones sobre un asunto de derechos civiles. Una semana después, el Senado aprobó su propia versión del proyecto de ley de derechos civiles. El 2 de julio de 1964, la Cámara de Representantes aceptó la versión del Senado y envió el proyecto a la Casa Blanca.

El presidente Johnson firmó el documento esa tarde y en el mensaje que envió por televisión a todo el país, dijo a la nación: “Estadounidenses de todas las razas y colores han muerto en combate para proteger nuestra libertad.” Y continuó así:

Estadounidenses de todas las razas y colores han trabajado para construir una nación cada vez más rica en oportunidades. Ahora nuestra generación de estadounidenses ha sido convocada para llevar adelante la interminable búsqueda de justicia dentro de nuestras fronteras.

Creemos que todos los hombres son creados iguales. No obstante, a muchos no se les trata en un plano de igualdad.

Creemos que todos los hombres tienen ciertos derechos inalienables. Sin embargo, muchos estadounidenses no gozan de esos derechos. Creemos que todos los hombres tienen derecho a disfrutar las bendiciones de la libertad. No obstante, millones de personas están privadas de esas bendiciones, no por sus propias faltas sino por el color de su piel.

“Esto no puede continuar ...”. El presidente Lyndon B. Johnson firma la Ley de Derechos Civiles de 1964, en presencia de líderes del Congreso y del ministro de Justicia Robert F. Kennedy (al fondo, exactamente detrás de Johnson).

Las razones de esto están profundamente incrustadas en la historia y la tradición, y en la naturaleza del hombre. Podemos entender —sin rencor ni odio— cómo ocurrió todo esto.

Pero esto no puede continuar. Nuestra Constitución, el fundamento de nuestra república, lo prohíbe. ... El propósito de la ley es sencillo.

Ella no restringe la libertad de ningún estadounidense mientras éste respete los derechos de los demás.

No concede un trato especial a ningún ciudadano.

Dispone que el único límite a las esperanzas de un hombre en materia de felicidad y del futuro de sus hijos debe ser su propia capacidad.

Señala que quienes son iguales delante de Dios también serán iguales ahora en las urnas de votación, en las aulas, en las fábricas ...

Queridos conciudadanos, ha llegado para nosotros el momento de la prueba. No debemos fallar.



En el sentido de las agujas del reloj, desde arriba: “Venceremos”. Una electora recién registrada en Selma, Alabama, en agosto de 1965.

Los manifestantes que defienden los derechos civiles se aproximan a Montgomery, Alabama, en el cuarto día de la marcha de Selma a Montgomery. Estadounidenses de todo el país se unieron a la campaña. Los cuatro manifestantes del frente venían de los siguientes lugares (de izq. a dcha.): Nueva York (los dos primeros), Michigan, y Selma, Alabama.

Marzo de 1965: Un jefe de la policía federal lee una orden judicial que prohíbe una marcha de protesta en apoyo del registro de votantes en Selma, Alabama. El Dr. King está a la derecha, Andrew Young, futuro embajador ante las Naciones Unidas y alcalde de Atlanta, Georgia, está a la izquierda con los brazos cruzados.

Clausuremos los manantiales del veneno racista. Oremos para que nuestros corazones sean sabios y comprensivos. Dejemos a un lado nuestras insignificantes diferencias y hagamos que nuestra nación sea una sola. Apresuremos la llegada del día en el que nuestra fortaleza incommensurable y nuestro espíritu sin límites sean libres.

Los efectos de la ley

Después de dos siglos de esclavitud, segregación y desigualdad jurídica, con la desventaja económica resultante, la Ley de Derechos Civiles de 1964 confirió al gobierno federal y a los individuos particulares la autoridad legal que necesitaban para combatir de frente la discriminación racial (y la de género, pues dicha ley prohíbe también que se discrimine a las personas a causa de su sexo).

Esa autoridad está contenida en amplias disposiciones, llamadas “títulos”. Sus puntos principales son:

- El Título I, por el cual se abolió la desigualdad en la aplicación de requisitos para el registro de votantes.
- El Título II, que prohibió la discriminación en los alojamientos públicos. El título autorizó a los individuos a presentar demandas judiciales para obtener desagravio por mandato judicial (una orden emitida por un tribunal para que alguien haga algo o se abstenga de hacerlo) y permitió que el ministro de Justicia de la

nación interviniera en los procesos judiciales que considerara “importantes para el público en general”.

- El Título III, que autorizó al ministro de Justicia de la nación para que entable un pleito, cuando la persona agraviada no esté en condiciones de llevarlo a cabo por su cuenta, si dicho proceso puede “favorecer de modo sustancial el progreso ordenado de la integración en las instalaciones públicas”.
- El Título IV, por el cual se autorizó al ministro de Justicia a entablar una demanda para obligar a las escuelas públicas a integrarse. Esta disposición tuvo el propósito de acelerar la integración, la cual había sido lenta en el decenio transcurrido desde el caso *Brown vs. Junta de Educación*.
- El Título VI, que amplió las disposiciones de la ley a “cualquier programa o actividad que reciba ayuda en fondos federales”. En ella se autorizó al gobierno federal a suspender la entrega de fondos federales a cualquier programa de ese tipo que aplicara la discriminación.
- El Título VII, por el cual se prohibía que cualquier empresa que tuviera más de 25 empleados ejerciera la discriminación en el empleo. Por ella se estableció la Comisión para la Igualdad de Oportunidades de Empleo a fin de atender las quejas por discriminación en el reclutamiento, la contratación, la remuneración y los ascensos de los empleados.

La Ley del Derecho al Voto de 1965: Antecedentes

Las decisiones de la Corte y los estatutos de derechos civiles fueron instrumentos decisivos para establecer, proteger y hacer efectivos los derechos civiles de los afroestadounidenses. Sin embargo, el medio más seguro para garantizar la permanencia de esos derechos consistía en dotar de poder político a los negros para que pudieran afirmarse y tener plena participación en el sistema democrático. En consecuencia, se podía decir que el derecho al voto era el más fundamental de todos y un derecho del cual los afroestadounidenses del Sur prácticamente no habían disfrutado desde el fracaso de la Reconstrucción.

Según se percibe en visión retrospectiva, desde que los ejércitos norteaños fueron retirados del Sur en 1877, las élites blancas sureñas reimpusieron su dominio político. La supresión del voto afroestadounidense era esencial para ese objetivo y se consiguió por diversos métodos. Al principio, la violencia descarada era el recurso preferido, pero después se idearon muchos mecanismos.

Uno de esos mecanismos fue el “impuesto per cápita,” un tributo especial que se imponía por igual a todos los miembros de una comunidad. Los ciudadanos que no pagaban ese impuesto no tenían derecho de votar. Muchos estados del Sur introdujeron impuestos per cápita entre 1889 y 1910. A causa de la considerable pobreza de los afroestadounidenses, el impuesto per cápita impidió el acceso a las urnas a un gran número de votantes negros y también de blancos pobres. La Vigésimacuarta Enmienda a la Constitución de EE.UU. (1964) prohibió que se negara a cualquier ciudadano el derecho de votar en una elección para cargos federales por no haber pagado un impuesto per cápita. Dos años después, un veredicto de la Corte Suprema amplió esa prohibición para incluir las elecciones estatales y locales.

Otra práctica restrictiva fue el “requisito de saber leer” para ser inscrito en el registro de votantes. Con ese propósito se aplicaban exámenes orales y escritos muy subjetivos que casi siempre eran más estrictos para los solicitantes afroestadounidenses. En algunos estados ni siquiera se permitía que el solicitante presentara el examen, a menos que otro votante ya registrado respondiera por su honorabilidad. Así, a muchos aspirantes negros les era casi imposible presentar el examen porque había muy escasos afroestadounidenses en las listas de votantes del Sur y pocos votantes sureños estaban dispuestos a arriesgarse al ostracismo social o algo peor por respaldar a un elector negro. El examen era a menudo descaradamente injusto. A veces consistía en que el solicitante escribiera un pasaje de la Constitución que el funcionario de registros del condado le dictaba, pero el funcionario dictaba con claridad si el aspirante era blanco y lo hacía en forma confusa si éste era negro.

Los funcionarios electorales del Sur se sirvieron de un sinnúmero de tácticas para impedir que los solicitantes negros fueran aceptados. En Alabama, por ejemplo, la decisión de si un aspirante era aceptable o no, se tomaba en secreto y no había recurso alguno para impugnar la decisión. No era extraño que por lo menos un consejo de registradores de Alabama considerara “calificados” a todos y cada uno de los solicitantes blancos y que no aceptara a ningún negro.

Cualquiera que fuese la táctica empleada, la amenaza de violencia siempre acechaba en el fondo. Los funcionarios electo-

rales podían publicar en los periódicos locales los nombres de los negros que solicitaban su registro como electores. Esto alertaba a los Consejos de Ciudadanos y a los grupos del Ku Klux Klan de la localidad sobre quiénes eran los negros a los que podía ser necesario “persuadir” para que retiraran sus solicitudes.

En este entorno de intimidación violenta, los activistas del Comité Coordinador Estudiantil por la No Violencia y del Congreso para la Igualdad Racial, entre otros, emprendieron campañas para el registro de votantes en las áreas rurales y en zonas del sureste del país densamente pobladas por negros, en 1961. Esa labor requirió un grado increíble de valor. Una de las primeras voluntarias, la trabajadora de una plantación Fannie Lou Hamer, lo explicó con estas palabras memorables: “Creo que si yo fuera sensata habría tenido miedo, ¿pero de qué sirve el miedo? Lo único que ellos [los blancos] podían hacer era matarme, y yo tenía la impresión de que siempre, desde que tengo memoria han estado tratando de hacerlo poco a poco.”

En 1964, la Conferencia del Liderazgo Cristiano del Sur, el Congreso para la Igualdad Racial, la Asociación Nacional para el Progreso de las Personas de Color y el Comité Coordinador Estudiantil por la No Violencia pusieron en marcha el “Verano de la Libertad.” Más de 1.000 blancos del Norte, en su mayoría estudiantes universitarios, se ofrecieron como voluntarios para viajar a Mississippi y colaborar en el registro de votantes negros. Su presencia tuvo también el propósito de atraer la atención del país hacia la violencia con que se privaba a los negros del derecho de voto.

El 21 de junio, el primer día del Verano de la Libertad, los voluntarios lograron su objetivo de manera trágica. Ese día se informó sobre la desaparición de tres trabajadores de los derechos civiles, el afroestadounidense James Chaney y dos judíos estadounidenses blancos, Michael Schwerner y Andrew Goodman. Poco después se averiguó que habían sido asesinados. Sus muertes obligaron a los estadounidenses a enfrentar con más franqueza los temas conexos del derecho de voto y la violencia. A pesar de que los valientes voluntarios convencieron a cerca de 17.000 afroestadounidenses igualmente valerosos de solicitar su registro como votantes, los funcionarios electorales aceptaron, a fin de cuentas, a menos del 10 por ciento de ellos. Cada vez fue mayor el número de estadounidenses que comprendieron entonces que los negros formaban casi la mitad de la población de Mississippi, pero representaban sólo el 5 por ciento de sus electores registrados.

Un domingo sangriento en Selma

Al año siguiente, varias organizaciones de derechos civiles emprendieron una campaña de registro en Selma, Alabama, una pequeña ciudad localizada 80 kilómetros al oeste de Montgomery. De los casi 15.000 residentes negros de Selma, sólo 350 habían logrado registrarse para votar. En un mitin sobre el derecho de voto, realizado en febrero de 1965 en la ciudad vecina de Marion, la policía disparó contra un joven negro de nombre Jimmie Lee Jackson y le causó la muerte.

La respuesta de los activistas consistió en convocar a una marcha el 7 de marzo para ir de Selma a Montgomery, la capital del estado de Alabama. Encabezados por John Lewis del SNCC y el reverendo Hosea Williams, asistente de Martin Luther King, unos 525 manifestantes fueron interceptados en el puente Pettus,



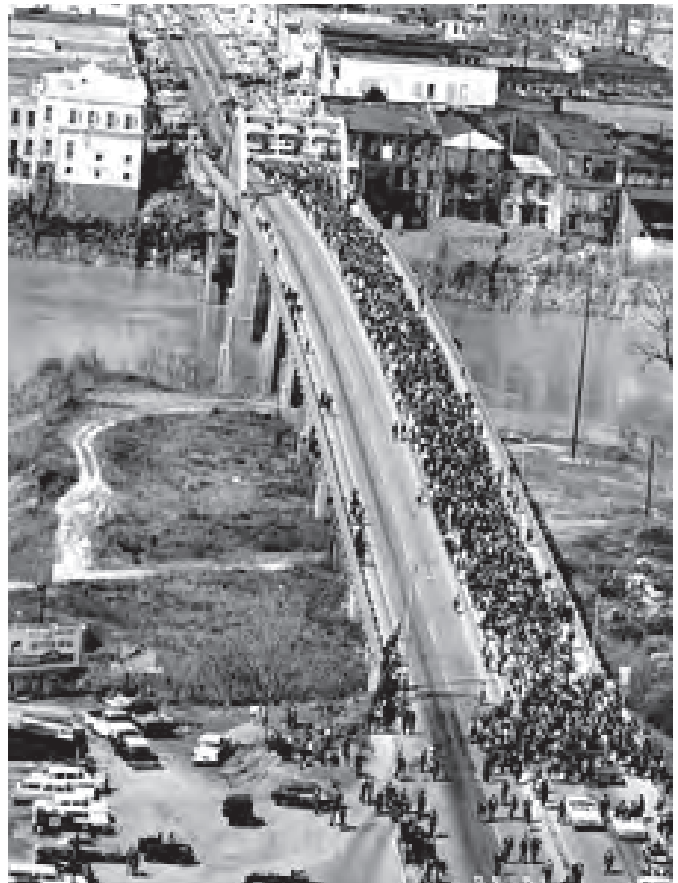
El “domingo sangriento” en Selma, Alabama, fue el 7 de marzo de 1965. La supresión de la primera marcha de Selma a Montgomery en defensa de los derechos civiles fue rápida y eficaz. “Vi la muerte de cerca”, dijo el futuro representante federal John Lewis.

sobre el río Alabama, por oficiales de policía y agentes del orden de Alabama. Estos últimos tenían máscaras antigás a la mano y llevaban sus porras listas para entrar en acción. El jefe de los agentes (comandante John Cloud) ordenó a los manifestantes que regresaran a su templo. El reverendo Williams respondió: “¿Puedo hablar un momento con el comandante?”. “No hay nada de qué hablar”, fue la respuesta.

La supresión de la marcha, informó *The New York Times*, “fue rápida y completa.” El periódico describió el asalto relámpago de la tropa y relató cómo “los primeros 10 o 20 negros fueron arrastrados por el suelo, gritando y agitando brazos y piernas en el aire.” En presencia de los medios de noticias, que registraban todos sus actos para comunicarlos a un público nacional horrorizado, los policías lanzaron gases lacrimógenos. Los agentes del orden de la localidad persiguieron con látigos y porras a los manifestantes en retirada. “Un agente de la policía estatal me golpeó la cabeza con una porra ... vi la muerte de cerca”, comentó Lewis, hospitalizado con conmoción cerebral.

Para millones de estadounidenses, el 7 de marzo de 1965 llegaría a ser conocido sencillamente como el domingo sangriento. La reacción de James G. O’Hara, representante federal de Michigan, fue característica pues calificó los sucesos de aquel día como “un acto de salvajismo al estilo de las tropas de asalto, bajo la dirección de un demagogo irresponsable [aludiendo al gobernador de Alabama, George Wallace].”

Desde Atlanta, Martin Luther King Jr. anunció que él y Ralph Abernathy encabezarían una segunda marcha de Selma a Mont-



Los manifestantes cruzan el puente Edmund Pettus, sobre el río Alabama, el 21 de marzo de 1965, con lo cual se inicia la tercera marcha de Selma a Montgomery.

gomery ese martes. Él exhortó “a los líderes religiosos de toda la nación a que se unan a nosotros el martes en nuestra marcha pacífica y no violenta por la libertad”. Antes que la marcha pudiera realizarse, un juez federal que no era opositor de los activistas, pero estaba decidido a efectuar audiencias antes de actuar, emitió una orden judicial por la cual se prohibió temporalmente la marcha.

King estaba bajo una intensa presión política en todos los frentes. Funcionarios federales lo conminaban a retrasar la marcha. Después de emitida la orden del juez, King y sus seguidores serían los que rompieran la ley si realizaban la marcha. No obstante, los activistas más jóvenes, muchos de ellos afiliados al SNCC, querían que las acciones se apresuraran. King se arriesgaba a perder su sitio como jefe del movimiento si no era capaz de satisfacer esas demandas.

El 9 de marzo, King y Abernathy condujeron a cerca de 3.000 manifestantes pacíficos —a sus seguidores negros se les unieron cientos de dirigentes religiosos blancos— en la segunda marcha de Selma a Montgomery. Los agentes de policía los interceptaron de nuevo en el puente Pettus. Los manifestantes se detuvieron y cantaron el himno del movimiento: “*We Shall Overcome*”. A continuación, el grupo oró y Abernathy dio gracias a Dios por los manifestantes que “han venido a presentar sus cuerpos como un sacrificio vivo.” Entonces King ordenó a sus seguidores que dieran media vuelta. “Como persona no violenta, no podía llevar a la gente a una situación que podía ser violenta,” declaró al *Washington Post*.

La decisión de King decepcionó a varios de los activistas más fervientes. Sin embargo, él ya había hablado discretamente con autoridades federales. Los acontecimientos del domingo sangriento fueron también un factor de presión muy considerable sobre el presidente Johnson, quien simpatizaba con el movimiento. Un número muy grande de estadounidenses consideraron que ya habían visto demasiado. La demanda de intervención de las autoridades federales iba en aumento, procedente tanto de grupos religiosos y de legislaturas estatales como de jóvenes manifestantes y de miembros del Congreso. Tal parece que los dos dirigentes llegaron a un acuerdo tácito: King no violaría la orden judicial y el gobierno de Johnson sugeriría con discreción que pronto fuera suspendida.

El 15 de marzo, Johnson presentó la legislación que había de convertirse en la Ley del Derecho al Voto. Esa noche, el Presidente habló a la nación y empleó el lenguaje más sencillo para proteger un valor estadounidense básico: el derecho al voto:

No hay un problema de los negros. Tampoco hay un problema del Sur ni hay un problema del Norte: sólo hay un problema estadounidense.

Y esta noche nos hemos reunido aquí como estadounidenses... para resolver ese problema.

Según la Constitución, a ninguna persona se le puede impedir que vote por ser de cierta raza o color. Todos hemos prometido ante Dios respetar y defender esa Constitución.

Ahora debemos actuar como lo ordena esa promesa. ...



“Hemos llegado aquí después de tres siglos de sufrimientos y penurias”. Los miembros de la marcha llegan a Montgomery.

Aquí no hay una discusión constitucional. Lo que ordena la Constitución está muy claro. Tampoco hay una discusión moral. Es malo —terriblemente malo— que en este país se niegue a cualquiera de nuestros compatriotas estadounidenses el derecho al voto. Ésta no es una discusión sobre los derechos de los estados o los derechos de la nación. Se trata únicamente de la lucha por los derechos humanos. ...

Lo que pasó en Selma forma parte de un movimiento mucho más vasto que llega a todas las regiones y a todos los estados del país. Es el esfuerzo de los negros estadounidenses para tener acceso a todas las ventajas de la vida estadounidense.

Su causa debe ser también la nuestra porque no sólo son los negros, sino en realidad todos nosotros los que debemos superar el legado paralizante de la intolerancia y la injusticia. Y todos venceremos.

Dos días después, el tribunal federal suspendió la orden emitida contra los manifestantes. El juez de distrito de la nación, Frank M. Johnson Jr., ordenó además que las autoridades del estado y del condado no interfirieran y, en cambio, tomaran medidas positivas para proteger a los activistas. “La ley dice con claridad,”

escribió el juez, “que el derecho de pedir a nuestro gobierno la reparación de agravios puede ser ejercido por grandes grupos ... y ese derecho se puede ejercer realizando marchas, incluso en carreteras públicas.”

La marcha de Selma a Montgomery

Para el 21 de marzo, millares de estadounidenses de todos los estratos empezaron a reunirse en Selma para la marcha a Montgomery. Los manifestantes planeaban cubrir los 80 kilómetros de la ruta en cinco días y cuatro noches, durmiendo a campo raso. La ruta que ellos siguieron es hoy un sendero histórico nacional.

Con el apoyo del gobierno de Johnson y del pueblo estadounidense que había despertado, la diferencia entre este acto de protesta y los anteriores no pudo ser más evidente. Dos semanas antes, el comandante de la policía estatal de Alabama, John Cloud, ordenó que sus hombres golpearan a los manifestantes y les lanzaran gases. Ahora se vio obligado a viajar en el primer vehículo de la caravana, acompañando a los manifestantes que cruzaban el puente Pettus. La policía militar federal estaba desplegada para brindarles protección y algunos elementos de la Guardia Nacional de Alabama fueron puestos temporalmente bajo el mando federal. Cuando más de 3.000 manifestantes iniciaron la primera etapa de su recorrido, Abernathy les dijo: “En cuanto lleguemos a Montgomery, iremos hasta la puerta de la casa del gobernador Wallace y diremos: ‘George, esto se acabó. Ya tenemos el sufragio.’”



“¿Cuánto tiempo? No mucho. Porque ninguna mentira puede sostenerse para siempre”, dijo Martin Luther King Jr. al final de la marcha de Selma a Montgomery. La foto muestra a King pronunciando un sermón en su templo bautista Ebenezer en Atlanta, Georgia.

“Caminen juntos, hijos”, les dijo King, “no desfallezcan y llegaremos a la Tierra Prometida.”

El *New York Times* publicó esta descripción de la multitud que se reunió a lo largo de la carretera federal 80:

Concurrieron líderes de los derechos civiles y rabinos, hermosas alumnas de escuelas integradas y representantes barbados de la izquierda estudiantil, estrellas de cine y bebés en sus cochecitos. Había también dos personas ciegas y un hombre con una sola pierna. Pero lo que más abundaba eran los negros, que tenían la convicción de que ya hacía demasiado tiempo que se les negaba el derecho al voto.

Los manifestantes avanzaron poco más de 11 kilómetros en ese primer día. Después montaron dos grandes tiendas, como de circo, y durmieron dentro de sus bolsas o envueltos en cobertores. A la mañana siguiente, King anunció: “Me complace decir que he dormido en una bolsa por primera vez en mi vida. Me siento bien.” Sin embargo, ya para el segundo día, las ampollas y las quemaduras de sol abundaban en el grupo.

En vista de que la carretera se estrechaba en las áreas rurales, el tribunal federal había dispuesto que sólo 300 manifestantes podrían participar en la marcha hasta el tramo donde la carretera se ampliaba de nuevo, en las afueras de Montgomery. No obstante, un buen número de “advenedizos” decidieron incorporarse al grupo, incluso en el tercer día, durante el cual tuvieron que soportar lluvias torrenciales. Los manifestantes respondieron cantando, entre otras tonadas, “*Ain’t Gonna Let Nobody Turn Me Round*” y “*We Shall Overcome*”.

King se separó brevemente de la marcha para pronunciar un discurso programado desde mucho tiempo antes en Cleveland, Ohio. Allí, hizo explícita su deuda con Mahatma Gandhi, cuya célebre marcha al mar prefiguró el recorrido de Selma a Montgomery. “Nuestro desafío consiste en unificar al mundo en el nombre de la fraternidad”, dijo King. “Debemos aprender a vivir juntos como hermanos o todos pereceremos como tontos.”

Cuando la marcha se aproximaba a Montgomery, el número de manifestantes aumentó a 25.000 o más. Llegaron en aviones fletados, en autobuses y en ferrocarril. Una delegación de historiadores estadounidenses destacados llegó también para participar en la etapa final. Ellos publicaron una declaración: “Creemos que ha llegado el momento en que las causas por las cuales se luchó en la Guerra Civil queden resueltas al fin.” El cantante y activista de los derechos civiles Harry Belafonte reunió un grupo de grandes estrellas de Hollywood.

Los activistas llegaron a Montgomery el 25 de marzo, encabezados por Martin Luther King. Marcharon por la avenida Dexter, recorriendo los mismos lugares por los que pasó un siglo antes el desfile inaugural de Jefferson Davis, el primero y único presidente de los Estados Confederados de América, aquel proyecto de nación cuya defensa de la esclavitud hizo que la Guerra Civil estallara. Ahora, un siglo después, los descendientes de los esclavos negros se aproximaban al edificio de la legislatura estatal para exigir los derechos de los que por largo tiempo habían sido merecedores y que siempre les fueron negados. El texto de su petición era:

Para llegar aquí no sólo hemos viajado cinco días y 50 millas [80 kilómetros]; hemos llegado aquí después de tres siglos de su-

frimientos y penurias. Hemos venido hasta usted, el gobernador de Alabama, para declarar que debemos obtener nuestra libertad AHORA. Debemos tener el derecho al voto; debemos tener la protección de la ley en un plano de igualdad, y se debe poner fin a la brutalidad policial.

Ya para entonces, el gobernador Wallace había huido del lugar. Pero eso no tuvo importancia.

King pronunció ese día uno de sus discursos más famosos, en el cual citó las palabras de una anciana septuagenaria que participó en el boicot a los autobuses de Montgomery. Cuando a la dama le preguntaron si no habría preferido viajar por algún medio de transporte en lugar de caminar, la madre Pollard respondió: "Mis pies están cansados, pero mi alma ha descansado".

La marcha que acaba de concluir, dijo King, fue "un momento resplandeciente en la conciencia humana." Calificó de honorable e inspiradora "la peregrinación de ministros y laicos de todas las razas y credos que afluyeron a Selma para encarar el peligro al lado de sus asediados negros." "Como una idea cuyo momento de realización ha llegado," continuó King, "ni los más poderosos ejércitos nos podrán detener. Estamos en marcha hacia la tierra de la libertad".

Debemos llegar a comprender que la meta que buscamos es una sociedad en paz consigo misma, una sociedad capaz de vivir de acuerdo a su conciencia. Ese día no será del hombre blanco ni será del hombre negro: será el día del hombre como hombre.

Ya sé lo que ustedes se preguntan hoy. "¿Cuánto tardará eso en llegar?" Esta tarde he venido a decirles que, por más difícil que sea el momento, por más frustrante que sea la hora, eso no tardará mucho en llegar, porque la verdad que yace en tierra se levantará de nuevo.

¿Cuánto tardará? No mucho, porque ninguna mentira puede sostenerse para siempre.

¿Cuánto tardará? No mucho, porque ustedes van a cosechar lo que sembraron.

¿Cuánto tardará? No mucho. Porque el brazo del universo de la moral es largo y se inclina hacia la justicia.

Promulgación de la Ley del Derecho al Voto

Cinco meses después, el Congreso aprobó y el presidente Johnson oficializó con su firma la Ley de los Derechos del Votante de 1965. Poco antes del mediodía del 6 de agosto de 1965, Johnson fue en automóvil hasta el Capitolio de EE.UU. Allí lo esperaban los líderes del Congreso y los del movimiento de derechos civiles. Martin Luther King Jr. y John Lewis estaban entre ellos. Al convertir en ley el proyecto legislativo, Johnson dijo a la nación:

El hecho fundamental de la civilización estadounidense... es que, para nosotros, la libertad y la justicia, y la dignidad del hombre no son sólo palabras. Creemos en ellas. En medio de todo el progreso y el tumulto y la abundancia, nosotros creemos. Por lo tanto, mientras algunos de nosotros se encuentren oprimidos y nosotros seamos parte de la opresión, ese hecho

tendrá que minar nuestra fe y menguar la fuerza de nuestros altos propósitos.

Así, esta es una victoria para la libertad de los negros estadounidenses, pero también es una victoria para la libertad de la nación norteamericana. Y todas las familias, en la extensión entera de esta gran tierra, viviremos más fuertes en la libertad, viviremos con expectativas de mayor esplendor y nos sentiremos más orgullosos de ser estadounidenses gracias al proyecto legislativo que ustedes han aprobado y en el que yo estamparé hoy mi firma.

¿Cuál es el efecto de esa ley?

Debido a que en la Decimaquinta Enmienda ya se había proscrito la discriminación racial en el rubro del derecho de voto, el problema no era que los afroestadounidenses carecieran del derecho jurídico de votar. Lo que pasaba era que algunos funcionarios estatales y locales los habían privado sistemáticamente de ese derecho. En consecuencia, la Ley de los Derechos del Votante autorizó al gobierno federal para asumir el control del proceso de registro de votantes en cualquiera de los estados y en los distritos electorales que aplicaron en 1964 un examen de alfabetización u otras pruebas de aptitudes para conceder el registro y en los que menos de la mitad de los residentes de edad apropiada hubieran logrado registrarse o votar. Así fueron "cubiertos" seis estados completos y un buen número de condados de otros estados. A las jurisdicciones cubiertas se les prohibió modificar sus reglas y reglamentos electorales antes que los funcionarios federales tuvieran oportunidad de verificar si el cambio propuesto tenía intenciones o efectos discriminatorios. En otras disposiciones se prohibió el uso futuro de exámenes de lectura y escritura con fines electorales y se ordenó al ministro de Justicia de la nación que emprendiera acción legal para erradicar la aplicación de impuestos per cápita en las elecciones estatales. (La prohibición del uso de dicho impuesto en las elecciones para cargos federales ya había sido establecida en la Vigésimacuarta Enmienda a la Constitución de EE.UU., ratificada en enero de 1964.)

Con la inclusión de "examinadores" federales se acabó la intimidación masiva contra los miembros de minorías que deseaban votar. Los resultados fueron espectaculares. Al final de 1965 ya había 160.000 nuevos electores afroestadounidenses tan solo en los cinco estados del Sureste. En el año 2000, los índices de registro de los blancos eran sólo 2 por ciento mayores que los de los afroestadounidenses. En el Sur, mientras que en 1965 únicamente dos afroestadounidenses eran miembros del Congreso de la nación o de alguna legislatura estatal, el número de esos funcionarios afroestadounidenses es hoy de 160.

La Ley de los Derechos del Votante fue promulgada inicialmente con cinco años de vigencia, pero después se prorrogó y amplió para incluir nuevos requisitos, como una disposición por la cual los materiales de la elección se deben imprimir en dos idiomas.

En 1982, el presidente Ronald Reagan firmó una prórroga de 25 años: "El derecho al voto es la joya de la corona de las libertades estadounidenses," dijo, "y no vamos a permitir que su brillo disminuya." El presidente George W. Bush firmó otra prórroga de 25 años en 2006.

REACCIONES DE LOS SUREÑOS BLANCOS ANTE EL MOVIMIENTO DE DERECHOS CIVILES

Los afroestadounidenses que libraron batallas épicas por los derechos civiles alteraron también el mundo de los sureños blancos. Algunos blancos vieron con agrado la perspectiva de una nueva tierra racialmente integrada, pero muchos más reaccionaron con hostilidad. Temían al cambio social y político y se resistieron incómodos al hecho de que su estilo de vida hubiera desaparecido para siempre.

El “estilo de vida sureño” era una mezcla distintiva de prácticas económicas, sociales y culturales simbolizada por una magnolia fragante, un ritmo de vida lento y un cóctel de whisky o brandy con menta dulce, una bebida alcohólica muy popular. Ese estilo tenía también implicaciones relacionadas con el orden racial de la región, en la cual los blancos detentaban el poder y los negros se adaptaban. Siglos de esclavitud y décadas de segregación consolidaron un sistema legal y político caracterizado por la supremacía blanca. En el siglo XX, el término “Jim Crow” se llegó a usar como un signo taquigráfico para referirse a la segregación legalizada. (Esa expresión provenía del nombre de un personaje de un espectáculo musical del siglo XIX en el que actores blancos se pintaban la cara de negro y caricaturizaban la cultura de los esclavos.) Enormes desigualdades campeaban en todas las facetas de la vida diaria. Los negros siempre se referían a los blancos como

“Sr. o “Sra.”, pero los blancos muy rara vez aplicaban estos títulos de cortesía a los afroestadounidenses. Las mujeres y los hombres de raza negra trabajaban en las casas de los blancos como niños, cocineros, criados y jardineros. Los blancos exigían docilidad; la oposición de un negro se consideraba un hecho inconcebible.

En los largos años de esclavitud y segregación, los sureños blancos crearon y asimilaron estereotipos crueles sobre los afroestadounidenses: se decía que los negros eran sucios y holgazanes, tontos y obsesivamente sexuales. Sólo podían ser payasos o salvajes, sin términos medios. Los blancos a menudo se definían a sí mismos —su condición social, su identidad, su vida diaria y su propia estima— en comparación con esos conceptos imaginarios sobre los afroestadounidenses. Si los negros eran sumisos e infantiles, los blancos eran fuertes y dignos. La negrura implicaba degradación; ser libre significaba ser blanco. Pero la lucha por los derechos civiles amenazaba con elevar a los afroestadounidenses y librarlos de ese “lugar” que los blancos habían creado para ellos en la sociedad. Así, los sureños blancos tendrían que alternar con negros en sus escuelas y vecindarios, en sus restaurantes y en sus centros electorales. Muchos blancos temían esta perspectiva futura para el Sur.

Muchos sureños blancos llegaron a creer que los afroestadounidenses aceptaban



Estos manifestantes protestan por la integración de una escuela pública elemental en Nueva Orleans, Luisiana, en 1960.

—e incluso disfrutaban— su papel como ciudadanos de segunda clase. Cuando el movimiento de derechos civiles se propagó en todo el Sur, en las décadas de 1950 y 1960, expuso la falsedad de esas creencias. Después de mucho tiempo, los afroestadounidenses manifestaron su descontento y exigieron un trato digno. La rebelión de los negros impactó con tal fuerza las percepciones de los blancos, que muchos de éstos no podían creer lo que veían. Y cuando los organizadores populares condujeron un movimiento de masas que exigía la igualdad para los negros, los blancos se levantaron para oponerse.

La Corte Suprema de la nación, con su veredicto en el caso *Brown vs. Junta de*

Educación, en 1954, hizo que los primeros campos de batalla fueran las escuelas del Sur. Ese tribunal dictaminó que las escuelas segregadas imponían en los niños negros un “estigma de inferioridad” y ordenó que los estados sureños integraran sus escuelas “con la más deliberada celeridad”.

Los políticos del Sur impugnaron el veredicto de la Corte. Con expresiones que proyectaban los temores raciales subyacentes de los blancos e implicaban un desacato al gobierno federal, senadores como Harry Byrd de Virginia afirmaron que la Corte había sobrepasado sus límites. Los sureños blancos trataron de evadir la orden y se organizaron para volver a imponer la segregación

punto por punto. Líderes locales y personas de negocios se organizaron en grupos, conocidos como consejos ciudadanos, que aplicaban represalias económicas a cualquier negro —o blanco— que se atreviera a defender la integración.

En 1957, un tribunal federal ordenó la integración racial de las escuelas públicas de Little Rock, Arkansas. Nueve jóvenes negros fueron seleccionados e inscritos en la Central High School de Little Rock, pero el gobernador Orval Faubus les impidió el paso en la puerta de la escuela. Después de cierta renuencia inicial, el presidente Dwight Eisenhower movilizó un grupo de combate de la 101 División Aerotransportada del Ejército de EE.UU. para que diera cumplimiento

a la orden judicial y escoltara a los “Nueve de Little Rock” a la escuela. Cuando varios adolescentes afroestadounidenses llegaron por fin a la Central, se encontraron con una turba de gente blanca enfurecida. Aquellos padres de familia abuchearon a los estudiantes que llegaban y a los agentes federales que los protegían. Indignados, los sureños blancos vieron con disgusto una escena que creían que había muerto junto con la Reconstrucción, es decir, que las tropas federales protegieran los derechos civiles de los negros en el Sur.

Una conflagración similar estalló en Nueva Orleans cuando esa ciudad se integró en el Sureste, antes que ninguna otra. En noviembre de 1960, la Escuela Elemental Frantz del noveno distrito de la ciudad

fue integrada con el ingreso de cuatro niñas afroestadounidenses. Ese barrio era uno de los más pobres del lugar. Además de agraviados por las acciones concertadas de los negros y un gobierno federal muy activo, los sureños blancos estaban también profundamente divididos en clases. Los residentes blancos del noveno distrito sintieron que los ricos y poderosos de la ciudad les habían endilgado a ellos —y sólo a ellos— la integración. En toda la región, los blancos pobres llevaron la “carga” de la integración. A diferencia de las clases altas, que tenían válvulas de seguridad de índole social en sus clubs campestres, escuelas privadas y suburbios exclusivos, los blancos pobres se enfrentaron al hecho de que sus escuelas públicas, sus piscinas y sus barrios solían ser los primeros en los que se aplicaba la integración racial.

Millones de blancos del Sur hallaron sus defensores en políticos como el gobernador de Alabama, George Wallace, quien cultivó y explotó con fines políticos el profundo resentimiento sureño contra los derechos civiles. Wallace declaró en su discurso inaugural, en 1963: “Segregación ahora, segregación mañana, segregación siempre.” Él llegó a ser la imagen misma de la resistencia blanca. Los miembros del Ku Klux Klan —una organización violenta, impulsada por el racismo, el antisemitismo y el nativismo— persistieron en una vana ilusión similar: que el derramamiento de sangre que ellos provocaban podía aplazar la llegada de la igualdad racial.

En 1963, en Birmingham, Alabama, miembros del Klan colocaron una bomba en un templo bautista y mataron a cuatro niñas. Al año siguiente, miembros de dicha organización en Filadelfia, Mississippi, asesinaron a tres activistas de los derechos civiles y los sepultaron en una represa de tierra. Aquella horripilante violencia asqueó a muchos sureños blancos y dio lugar a las primeras divisiones entre la población blanca del Sur. Sin embargo, la mayoría de los blancos tenían el mismo deseo: un retorno a los días nostálgicos en que los negros se quitaban el sombrero ante ellos y aceptaban su papel en el orden impuesto por la segregación legalizada.

El extremismo de uno de los bandos provocaba a menudo la victoria del otro. La pavorosa violencia del Klan sacudió la conciencia estadounidense y, a la postre, inclinó la opinión pública nacional a favor de la aprobación de una épica legislación sobre derechos civiles: la Ley de Derechos Civiles de 1964 y la Ley de los Derechos del Votante de 1965. Cuando el presidente Lyndon Johnson, quien nació en Texas, y por lo tanto era del Sur, ayudó a que la legislación fuera aprobada por el Congreso, los sureños blancos se sintieron traicionados.

La Ley de Derechos Civiles ordenó la integración de las empresas y las instalaciones públicas. De pronto resultó que los blancos tenían que servir a los negros en sus tiendas y debían comer junto a ellos en los restaurantes. Esos cambios destrozaron el ritmo de la vida



Los miembros del Ku Klux Klan, ocultos a menudo bajo capuchas, defendían la supremacía blanca y recurrían al terrorismo, la violencia y el linchamiento contra afroestadounidenses, judíos y católicos romanos, entre otros.

diaria de los blancos en el Sur. Muchos de ellos denostaron la “Carta de *Males Civiles*”, aduciendo que las leyes federales de ese tipo implicaban un peligro para sus propios derechos. Ellos se aferraron a la idea de que los derechos eran finitos y que, a medida que los negros ganaran libertad, los blancos perderían necesariamente algunas de sus propias libertades. En el precario subibaja de las relaciones raciales en el Sur, los blancos sentían que ellos bajarían si los negros ascendían.

En todas las regiones con mayoría negra, la Ley de los Derechos del Votante dio a los afroestadounidenses un poder nuevo y deslumbrante. En los baluartes del antiguo Sur esclavista donde los blancos eran una minoría de casi uno a cuatro, los negros

llevaron a personas de su raza a los puestos políticos por medio de sus votos. En varias localidades rurales, como los condados de Macon y de Greene en Alabama, los afroestadounidenses asumieron de pronto el poder político. Antes de aquellos años de derechos civiles, pocos blancos podían haber concebido tales transformaciones. Lo que antes era impensable se convirtió en la realidad política en la década de 1970.

El movimiento de derechos civiles alteró para siempre la vida diaria de los sureños blancos, destruyó sus actitudes tradicionales hacia los negros y, en algunas poblaciones, cambió el equilibrio del poder político. Además, despojó a los

afroestadounidenses de su aparente docilidad y les infundió una nueva dignidad. A muchos sureños blancos la vida les parecía irreconocible. Confrontados con una realidad que difícilmente habían previsto, algunos de ellos contraatacaron con todas las armas que tenían a su alcance. Otros intentaron evitar la subversión y trataron de mantener las formas de vida que tanto apreciaban, aun cuando el suelo se transformaba bajo sus pies. Al final, la evasión resultó ser imposible. Pese a que los blancos combatieron el movimiento de derechos civiles con diversas estrategias de resistencia, pocos de ellos lograron escapar de sus efectos de largo alcance.

A la postre, el movimiento de derechos civiles transformó al Sur y a toda la nación. Ante el cambio que esto implicó para la vida y la mentalidad de los sureños, algunos blancos sintieron que también ellos habían sido liberados, que estaban libres del imperativo de degradar y oprimir, libres del papel que desempeñaban en aquella jerarquía racial restrictiva. Sin embargo, aun en el siglo XXI, la desigualdad racial sigue rondando la vida estadounidense. Los negros del país todavía padecen en forma desproporcionada la pobreza, las condenas de prisión y la falta de educación, pero muchos fantasmas de aquel Sur de las leyes racistas se han disipado. A raíz del movimiento de derechos civiles, los afroestadounidenses pudieron concurrir a escuelas integradas, contender —y ganar— cargos políticos y hoy pueden vivir con la dignidad que la cultura del racismo les había negado. Estos cambios penetraron también la vida de los blancos sureños y le impartieron una nueva fisonomía. El movimiento de derechos civiles llevó a los sureños, negros y blancos por igual, por el camino de la igualdad racial.

Por **Jason Sokol**

Sokol es becario posdoctoral Mellon en la Universidad de Pensilvania y es autor de *There Goes My Everything: White Southerners in the Age of Civil Rights*.



La hora del almuerzo en una escuela pública integrada.

EPÍLOGO



El 21 de marzo de 1965, cuando los defensores de los derechos humanos y sus partidarios se reunieron en Selma, un líder local de la Conferencia del Liderazgo Cristiano del Sur advirtió a la prensa que la “irresponsabilidad” de los activistas más militantes podía causar un enorme daño al movimiento. El reverendo Jefferson P. Rogers se refería al Comité Coordinador Estudiantil por la No Violencia, cuyo liderazgo se mostraba cada día más impaciente por la estrategia gradualista de Martin Luther King y de la corriente principal del movimiento de los derechos civiles. Casi todos los movimientos sociales de amplia participación se enfrentan a tensiones similares, pero los años y los decenios que siguieron habrían de demostrar la prudencia de la estrategia aplicada por Thurgood Marshall, King y los

demás. Los grandes triunfos del movimiento de derechos civiles demostraron que, en una nación de leyes, la clave del progreso consiste en establecer la igualdad jurídica real y que ésta consiste en que los afroestadounidenses tengan acceso a las instalaciones públicas, a las instituciones de educación y, en primer lugar, a los centros de votación.

Sin embargo, esta verdad todavía no era evidente. Para mayo de 1966, Stokely Carmichael, el veterano de muchas campañas de registro de votantes, ya se había establecido como el nuevo jefe del SNCC. En un discurso que pronunció en Greenwood, Mississippi, Carmichael hizo un llamamiento al “poder negro.” Donde Thurgood Marshall y Martin Luther King Jr. habían buscado la integración, Carmichael preconizaba, en cambio, la separación. La integración,

dijo, “es un refugio insidioso para que la supremacía blanca se mantenga.” Entre tanto, el Partido Pantera Negra (según algunas versiones, el nombre alude a un emblema visual para electores analfabetos que se usó en una campaña de registro de votantes en Alabama), fundado en octubre de 1966 por los activistas Huey P. Newton y Bobby Seale en Oakland, California, contaba con algunos miembros armados —los “panteras”— cuya tarea consistía en seguir de cerca a los policías que, en su opinión, perseguían injustamente a los negros. Si bien el partido gozó de cierta popularidad por breve tiempo, sobre todo por sus programas de servicios sociales, los choques armados que tuvo con la policía local y que causaron la muerte o el encarcelamiento de panteras importantes, hicieron que muchos estadounidenses se opusieran a sus métodos

Más que en ningún otro momento en la historia de nuestra nación, hoy todos somos estadounidenses.

violentos y fragmentó el movimiento pantera. Finalmente éste se apagó en un laberinto de rivalidades y recriminaciones mutuas.

El año 1968 se caracterizó por la agitación política en gran parte del mundo occidental. Fue entonces cuando tuvo lugar en Estados Unidos el asesinato del senador Robert F. Kennedy, quien como ministro de Justicia prestó la ayuda oportuna que los activistas de los derechos civiles necesitaban. Además, la extraordinaria carrera de King llegaría también a su fin en ese año.

Una prueba de los logros del movimiento de derechos civiles en la lucha por la igualdad jurídica fue que King dedicara sus años postreros a luchar por la igualdad económica. El 3 de abril de 1968, él hizo una cam-

pañá en Memphis, Tennessee, a favor de los trabajadores de la salud, negros en su mayoría, que estaban en huelga. El último discurso de King se basó claramente en la Biblia, un texto que estudió toda su vida. Ese discurso sería profético:

No sé qué va a pasar ahora; nos esperan días difíciles. Pero en realidad eso no me importa porque ya he estado en la cima de la montaña. Y no me resisto. Igual que cualquiera, me gustaría vivir una larga vida: la longevidad tiene su sitio. Pero eso ahora no me preocupa. Sólo quiero que se cumpla la voluntad de Dios. Y Él me ha permitido subir a la montaña. He contemplado desde lo alto y he visto la Tierra Prometida. Tal vez yo no pueda entrar en ella con ustedes, pero quiero que sepan esta noche que nosotros, como pueblo, llegaremos a la Tierra Prometida. Por eso esta noche me siento feliz; nada me preocupa; no le temo a ningún hombre. Mis ojos han visto la gloria de la llegada del Señor.

Al día siguiente, la bala de un asesino segó la vida de King. El líder tenía 39 años de edad. Los examinadores médicos afirmaron que, a su muerte, King tenía el corazón de un hombre de 60 años, seguramente porque por largo tiempo llevó la carga de muchas personas. Cerca de 300.000 estadounidenses asistieron a su funeral.



El asesinato de Martin Luther King Jr. provocó disturbios en Washington, D.C. y en más de 100 ciudades estadounidenses. En ese momento, la gente corta de miras y débil de corazón pudo haber cuestionado la labor de la vida de King, pero la Tierra Prometida de la que él habló estaba, en muchos sentidos, mucho más cerca de lo que parecía en aquellas noches iracundas e incendiarias de abril de 1968.

Los triunfos del movimiento de derechos civiles

La experiencia histórica de los afroestadounidenses siempre será única, pero la importante intervención del gobierno federal para dar cumplimiento efectivo al derecho de voto les dio los mismos instrumentos que los inmigrantes y otros grupos minoritarios habían utilizado desde tiempo atrás para perseguir —y alcanzar— “el sueño americano”. En Estados Unidos,

Tener casa propia ha sido por largo tiempo una parte importante del “sueño americano”. Izq.: Cuarenta y dos años después de que su amiga Denise McNair fue asesinada por paramilitares racistas, Condoleezza Rice asumió el cargo de secretaria de Estado de la nación.

la gente que vota ejerce un poder político real. Gracias al voto —y con el paso del tiempo—, la igualdad jurídica y política lograda por los afroestadounidenses les ha redituado ganancias en casi todos los aspectos de la vida.

John R. Lewis, por ejemplo, fue uno de los viajeros por la libertad que sufrió sangrientas golpizas en 1961 a manos de la turba enfurecida en Montgomery. Hoy él ocupa un escaño por el quinto distrito de Georgia en la Cámara de Representantes de la nación. Casi 50 de sus colegas son afroestadounidenses y varios de ellos tienen un gran poder político como presidentes de importantes comités del Congreso.

En 1963, Denise McNair fue una de las niñas que mu-



El presidente electo Barack Obama habla ante la multitud en Chicago la noche de su elección a la presidencia.

electo presidente de los Estados Unidos. En uno de los discursos de su campaña presidencial en este país, Obama dijo que

la respuesta a la cuestión de la esclavitud ya estaba contenida en nuestra Constitución, una Constitución que tuvo en su esencia misma el ideal de la igualdad de los ciudadanos ante la ley; una Constitución que prometió a su pueblo libertad, justicia y una unión que se podía y se debía perfeccionar con el correr del tiempo.

Y, como el presidente electo dijo ante la nación en la noche de su victoria electoral,

Si hay alguien por ahí que todavía dude que Estados Unidos es un lugar en el que todo es posible, que todavía se pregunte si el sueño de nuestros próceres está vivo en el presente, que todavía cuestione el poder de nuestra democracia, esta noche habrá encontrado la respuesta.

La victoria de Obama es una muestra del progreso de la nación. Otra muestra, sin duda la más importante de todas, es que entre los estadounidenses, y de modo relevante entre los jóvenes que construirán el futuro de este país, ha surgido un vasto y profundo consenso acerca de que la vergonzosa historia de la esclavitud, la segregación y la presencia de sectores desfavorecidos debe quedar relegada al pasado.

rieron cuando unos racistas quisieron tomar la justicia en sus manos e hicieron estallar bombas en el templo bautista de la calle 16 en Birmingham. En 2005, su amiga Condoleezza Rice entró en funciones como secretaria de Estado de los Estados Unidos.

Los índices de terminación exitosa de la educación media entre los negros casi se han triplicado desde 1966, y el índice de pobreza entre ellos se redujo a casi la mitad en ese periodo. El surgimiento de una clase media negra es un adelanto social muy comentado, así como el gran número de afroestadounidenses que hoy tienen éxito como empresarios, académicos, literatos y artistas de mérito.

Desde luego, los estadounidenses siguen batallando con problemas raciales, pero éstos son muy diferentes de los que enfrentaron Thurgood Marshall, Martin Luther King y el movimiento de derechos civiles. Si bien las dificultades

que encuentran ahora no son menos reales, reflejan también los auténticos y legítimos progresos alcanzados en las décadas transcurridas desde entonces.

Consideremos la educación, el tema de la decisión *Brown vs. Junta de Educación*. En veredictos recientes de la Corte Suprema se exploran los límites permisibles de las políticas de “acción afirmativa” con las que se intentó reparar los agravios de la discriminación pretérita, y por las cuales se requirió o recomendó que las instituciones públicas reflejaran las proporciones demográficas de las comunidades a las que atienden.

Ahora se pide a los jueces que resuelvan casos en los que las necesidades compiten entre sí; por ejemplo, en un distrito escolar donde se permite que todos los padres elijan la escuela de su agrado para sus hijos. Si demasiados padres eligen la misma escuela, sólo algunos estudiantes podrán asistir a la institución que sus padres

prefieren. En ese caso, ¿puede el distrito cumplir su deseo de mantener un equilibrio racial, aunque sólo sea como criterio de “desempate”, en esa escuela tan codiciada y decidir qué solicitudes deben ser aceptadas?

¿Debe intervenir el gobierno cuando las escuelas quedan segregadas como resultado de la nueva distribución racial de la vivienda en la localidad y no porque millones de estudiantes afroestadounidenses sean segregados con toda deliberación y se les obligue a ir a escuelas destaraladas de calidad inferior, como ocurría en la época de Linda Brown?

Los estadounidenses de todas las tendencias políticas pueden discrepar, y así lo hacen, en torno a ese tipo de cuestiones. Además, pocos dirigentes estadounidenses tienen respuestas para esos dilemas.

Cuando este libro fue enviado a la imprenta, Barack Obama, el hijo de un varón negro de Kenya y una mujer blanca de Kansas, había sido

Editor ejecutivo: George Clack
Jefa de redacción: Mildred Solá Neely
Editor gerente: Michael Jay Friedman
Director de arte: Min-Chih Yao
Investigación fotográfica: Maggie Johnson Sliker
Traducción: Angel Carlos González Ruiz
Composición tipográfica: Leticia Fonseca Gallegos

Michael Jay Friedman, el autor del texto principal de este volumen, es jefe de la división de publicaciones impresas en la Oficina de Programas de Información Internacional del Departamento de Estado. Ostenta un doctorado en política e historia diplomática de Estados Unidos.
